SISTEMA_URBANO
MODO: NORMAL
FLUJO: OPTIMIZADO
INCIDENCIAS: 00
ZONA: CENTRO_07
LA
CIUDAD
RESTANTE
RUTA_ÓPTIMA
ACCESO_PERMITIDO
DESVIACIÓN
DETECTADA
RECALCULANDO
RUTA...
@urbandhit
albert ferrer jiménez

La ciudad restante

albert ferrer jiménez
@urbandhit

@urbandhit - © Albert Ferrer Jiménez
Primera edición, Mayo 2026.
Reservados todos los derechos.
ISBN: 978-84-09-86940-4
Depósito legal: AE-2026-26008776

Para mi hijo,

con la esperanza de que entender mejor las ciudades ayude a vivir mejor, a cuidarnos más y a construir una sociedad más humana.

Toda ciudad ordena también lo que está dispuesta a perder.

Parte 1

El día

Capítulo 1

La cuenta

Neira Sol vio el aviso cuando todavía estaba cruzando la plaza y pensó, con un cansancio casi supersticioso, que tenía que ser de otro caso.

No lo era.

La pulsera vibró dos veces sobre el hueso de la muñeca. Un rectángulo pálido se abrió en la lente, discreto, obediente, como si no tuviera ninguna prisa.

INCIDENCIA 14-77A

Acceso en revisión
Tiempo restante de resolución: 02:59

Neira dejó de andar.

La gente siguió moviéndose a su alrededor con esa concentración sin drama de última hora de la tarde, cuando nadie quiere llegar tarde pero todos aceptan ya una parte del retraso como si formara parte del clima. A su izquierda, una fila de bicicletas de alquiler esperaba con las luces encendidas. A su derecha, la marquesina de sombra parcial pulverizaba una niebla fina que no refrescaba de verdad, solo evitaba que el aire pareciera completamente muerto. Hacía años que el exterior ya no se gestionaba solo por calor. Muchas plantas seguían vivas y verdes, pero la ciudad había dejado de poder fiarse de lo que devolvían. El oxígeno no había desaparecido; lo que se había perdido era su regularidad. Desde entonces el aire se había convertido también en una cuestión de cupos, tiempos y exposición administrada.

Neira alzó la muñeca.

El caso venía marcado en amarillo, no en rojo. Eso era lo primero raro.

Si el sistema abría una cuenta atrás en amarillo, todavía había margen para corregir sin activar prioridad alta. Lo bastante urgente para contabilizarse. No lo bastante urgente para admitir que podía acabar mal.

Tocó la incidencia.

Usuario afectado: E. Vives
Nodo de acceso: 6B - Ronda Interior / Paso Este
Estado: validación pospuesta
Motivo: discrepancia contextual

Discrepancia contextual.

Neira leyó dos veces la expresión. Las frases del sistema llevaban años volviéndose más suaves cuanto menos ayudaban. Ahora una discrepancia contextual podía significar casi cualquier cosa, incluida dejar a alguien fuera. La cortesía del lenguaje ya formaba parte del filtro.

Se apartó de la línea principal de paso para no entorpecer. La banda luminosa del suelo cambió de blanco a ámbar bajo sus pies, aviso leve de permanencia superior a siete segundos. A los diez, habría emitido señal. A los quince, registro. Un hombre la rodeó sin mirarla.

Neira abrió la ficha completa.

Acceso programado a las 19:00.
Validación preliminar.
Confirmación final pendiente.
Tiempo restante: 02:31

Marcó derivación manual.

—Vamos —dijo en voz baja, no al sistema, sino a su idea todavía intacta de cómo debían funcionar las cosas.

La derivación tardó más de lo normal en abrirse. El retraso, por pequeño que fuera, tenía ya algo de amenaza administrativa: no gritaba, no prohibía, solo iba consumiendo margen antes de decidir. Durante un segundo apareció el reflejo de su propia cara en la lente: el pelo recogido mal, un pliegue vertical entre las cejas, la piel brillante por el calor retenido del día. Tenía treinta y seis años y una expresión que a esa hora se parecía demasiado a la de su madre los últimos veranos, cuando volvía diciendo que la ciudad no estaba hecha para llegar cansada a casa.

La ventana respondió.

Centro de mediación saturado
Tiempo estimado de espera: 11 min

Neira soltó aire por la nariz.

Once minutos. La cuenta estaba en dos.

Probó la ruta lateral, la que casi nunca hacía falta usar porque se suponía que existía para eso. Introdujo su identificador, el código de movilidad y la excepción por validación inconclusa.

La ciudad, delante de ella, siguió comportándose con una eficacia insultante. Un convoy silencioso cruzó por la vía elevada del corredor oeste. En la fachada de la torre de servicios las franjas fotovoltaicas giraron unos grados para capturar la luz que quedaba. En la acera opuesta, tres personas esperaban apoyo de cruce dentro de un recuadro verde que les prometía asistencia preferente en menos de cuatro minutos.

La asistencia llegó a dos. Una señal vertical se inclinó, proyectó sombra y una línea de guía brillante se encendió hacia el paso seguro. Todo limpio. Todo exacto. Todo a tiempo.

Su excepción seguía girando.

Procesando contexto

Neira sintió una punzada de irritación que no venía solo del retraso. Venía del lenguaje. Del tono. De la sensación de que todo estaba ocurriendo dentro de un sistema que ya ni se dignaba a fallar de forma nítida.

Miró otra vez el nombre.

E. Vives.

El pecho le hizo un ajuste mínimo. No dolor todavía. Otra cosa. Una tensión anticipada, vieja, reconocible en el cuerpo antes que en el pensamiento.

Abrió el canal de usuario.

No hay mensaje entrante.

Eso también era raro.

Quien se quedaba pendiente de validación final solía mandar algo. Una captura. Una nota de voz. Un no me deja pasar seco y mal escrito desde el borde mismo del acceso. Pero en el registro solo constaba la lectura inicial del terminal y luego nada, como si la persona afectada hubiera esperado demasiado en esa franja extraña entre dentro y fuera.

La cuenta bajó a 01:46.

Neira salió por fin de la plaza de paso y entró en una franja lateral junto al módulo de agua reciclada. Ahí el aire era peor, más tibio, y olía ligeramente a metal mojado. Por encima del muro técnico se veía el perfil de la ciudad desplazándose hacia la noche, no oscura del todo, nunca oscura del todo ya, con ese fondo lechoso que parecía impedir que las cosas descansaran.

Pulsó llamada asistida.

Tono. Nada. Segundo tono. Nada.

La interfaz redujo automáticamente el volumen del entorno para favorecer conexión. El mundo a su alrededor se volvió remoto, como si lo hubieran puesto detrás de un cristal.

Contestó una voz femenina que no era una persona.

—La persona consultada no está disponible para comunicación directa. Si desea dejar constancia de presencia vinculada, pulse uno.

Neira cortó antes del final.

Presencia vinculada.

Volvió a la ficha. Había una nota nueva.

Usuario localizado en área de transición

Área de transición.

Ni dentro ni fuera.

Neira levantó la cabeza casi por reflejo, como si pudiera ver desde allí el paso Este de la Ronda Interior. No podía. Pero conocía

la geometría exacta de la zona: el corredor estrecho, la doble puerta de membrana, la pantalla de control, lo que quedaba de un banco corto, donde antes dos personas aún podían esperar juntas y que ahora estaba diseñado para rotar cuerpos y no para sostenerlos . Había gestionado decenas de incidencias allí. Casi siempre se resolvían.

Casi siempre.

Abrió comunicación interna con Tomás.

Tardó tres segundos en aceptar. Tres segundos no eran nada y, sin embargo, con la cuenta en 01:12 fueron ofensivos.

—Dime.

La voz de Tomás llegó con el mismo tono de siempre, neutro, eficaz, levemente cansado, como si todos los problemas del mundo estuvieran ya clasificados en una carpeta de tamaño manejable.

—Tengo una 14-77A en Paso Este, validación pospuesta, usuario en transición y sin cierre. El canal manual no entra.

—¿Color?

—Amarillo.

Hubo una pausa breve.

—Entonces aún no ha escalado.

Neira cerró los ojos un instante.

—Ya lo sé. La cuenta está corriendo igual.

—¿Discrepancia contextual?

—Sí.

—Últimamente está saltando mucho con perfiles antiguos y combinaciones de acceso no frecuentes.

Perfiles antiguos.

Neira miró otra vez el nombre y no supo por qué le molestó tanto que Tomás lo dijera así, como si hablara de una versión vieja de un programa o de un cerramiento sin actualizar.

—Necesito cerrarlo antes de que venza.

—Si no ha escalado a rojo, deja que resuelva. Si metes mano demasiado pronto, puedes congelar la traza.

La palabra demasiado pronto la pinchó por dentro.

Como si el sistema pudiera decidir a qué velocidad debía alarmarse una persona y ella tuviera la obligación moral de ir por detrás.

—Tomás.

—Neira, escucha. Si ha quedado en transición y la lectura base fue correcta, lo más probable es que cierre sola. Están filtrando falsos cruces. Desde arriba pidieron no forzar manuales salvo pérdida efectiva de acceso.

—Estar en transición con la confirmación colgada es pérdida efectiva de acceso.

—No necesariamente.

La cuenta pasó a 00:49.

Neira sintió el cansancio de todo el día concentrado en la parte baja de la espalda. No era solo fatiga. Era la conciencia súbita del cuerpo, de lo mucho que costaba seguir haciendo de intermediaria entre tiempos incompatibles. El del sistema. El de la gente. El suyo.

—¿Dónde estás? —preguntó Tomás.

—En la plaza norte.

—Ni se te ocurra ir hasta allí. No llegas antes del cierre y solo te sacas del resto de cola.

Neira ya estaba andando.

—Neira.

Cortó.

La banda de circulación la recibió con una ráfaga de aire más frío y seco, programado para acelerar el paso en el corredor principal. Cruzó la plaza en diagonal, esquivó dos carros de reparto autónomo y bajó por la rampa de servicio que daba a la Ronda Interior. La ciudad, desde abajo, era otra cosa: más estrecha, más técnica, más decidida. Las pantallas laterales repetían mensajes de uso eficiente del espacio y de cooperación en picos térmicos. Una pareja se apartó para dejar pasar una camilla compacta. Nadie corría. Correr estaba mal visto desde que la mayor parte de la ciudad se había diseñado para no tolerar sobresaltos.

La cuenta: 00:31.

Neira activó el canal prioritario de operadora en movimiento. La interfaz protestó con una vibración seca.

Prioridad no concedida

Una voz automatizada añadió:

—Se recomienda mantener ruta actual y evitar duplicidades de resolución.

Neira soltó una risa breve, sin humor.

Duplicidades.

Como si presentarse donde estaba una persona esperando fuera duplicar algo.

Tomó el giro corto hacia Paso Este y lo vio antes de llegar del todo: el resto de banco, mínimo y sin hospitalidad, donde antes habría habido un asiento reconocible, la puerta de membrana, el panel lateral emitiendo una luz opaca de espera . Y allí, de pie, no sentada, con una mano apoyada en la barra táctil como si necesitara comprobar que seguía siendo real, estaba Elena.

Llevaba la chaqueta clara doblada sobre el antebrazo a pesar del calor, el pelo recogido mal en la nuca y una expresión inmóvil, concentrada, casi dócil, que Neira conocía demasiado bien. No era miedo. Era algo peor: la decisión de no molestar mientras algo importante ocurría a su alrededor sin contar con ella.

La cuenta bajó a 00:18.

—Elena.

Ella giró la cabeza.

Por un segundo, Neira tuvo la impresión absurda de que iba a sonreír aliviada, como haría cualquiera al ver llegar a alguien conocido en medio de una espera absurda.

Pero no sonrió.

Miró primero a Neira, luego al panel, luego otra vez a Neira, con una leve arruga de atención entre las cejas.

—Pensaba que todavía no podías pasar —dijo.

La frase cayó entre las dos con una limpieza fría.

Neira redujo el paso. No sabía si lo que acababa de oír era una confusión, una inversión, una frase mal encajada en otra cosa. Lo único claro era que no era la frase que esperaba.

—He venido por ti.

Elena volvió a tocar la barra táctil con las yemas, como si buscara confirmar una ruta que el panel se negaba a darle.

—No, ya lo sé —dijo con voz baja, distraída—. Pero si cambian el orden, luego cuesta más.

00:09.

Neira se plantó ante el terminal y forzó entrada manual con presencia física de operadora. El panel tardó medio segundo en reconocerla. Medio segundo bastó para que sintiera el pulso en la garganta.

Acceso no concluido
Reintento no recomendado
Resolver por reasignación contextual

—¿Qué orden? —preguntó Neira, sin apartar la vista de la pantalla.

No obtuvo respuesta.

Miró a Elena.

Ella estaba observando la doble puerta, no a Neira. La observaba con esa intensidad leve y obstinada de quien cree recordar algo importante de un lugar sin llegar a recuperar del todo qué era.

—Antes aquí se esperaba mejor —dijo.

00:04.

Neira abrió override de continuidad asistida.

La pantalla parpadeó.

Aceptó.

Pero lo que apareció no fue una apertura limpia, sino un mensaje blanco sobre gris, casi cortés.

Solicitud recibida fuera de ventana útil
Se conservará trazabilidad

La cuenta llegó a cero sin hacer ningún ruido.

Nada se bloqueó. Nada se abrió. Nada explotó.

La puerta siguió ahí. La luz siguió tibia. La ciudad siguió moviéndose al otro lado del corredor como si acabara de resolverse exactamente lo que tenía que resolverse.

Neira notó que apretaba demasiado la mandíbula.

—Vamos a salir de aquí —dijo.

Elena tardó un momento en mirarla.

Esta vez sí sonrió, pero con una tristeza tan ligera que casi no parecía tristeza, solo cansancio o cortesía.

—Si quieres —respondió—. Pero no era por aquí.

Neira sintió un hueco rápido, incómodo, en mitad del pecho.

—¿Qué no era por aquí?

Elena desvió la mirada hacia la membrana cerrada, luego hacia la banda de paso que corría más allá, luego hacia el banco corto donde no se podía esperar con nadie sin molestar a todo el mundo.

—La entrada —dijo—. O la ciudad. No me acuerdo.

Detrás de ellas, una voz amable recordó que las zonas de transición debían mantenerse despejadas para no perjudicar el flujo

general.

Neira alzó la vista.

Sobre el panel recién vencido, donde ya no quedaba rastro de la cuenta atrás, se había encendido una nueva línea informativa:

INCIDENCIA CERRADA
Estado: resuelta

Se quedó mirándola varios segundos, como si la pura duración de la mirada pudiera obligar a la frase a avergonzarse.

Elena seguía junto a la puerta, con la chaqueta doblada en el brazo y el cuerpo ligeramente vencido hacia un lugar que ya no existía del todo.

Entonces Neira entendió algo pequeño y atroz: no le daba más miedo que Elena se desorientara allí que la posibilidad de que esa frase acabara teniendo razón. Que aquello pudiera empezar a parecer, incluso para ella, una incidencia cerrada. Un desvío menor. Una rareza absorbible.

Alargó la mano hacia Elena, y Elena tardó apenas un segundo en dársela. Fue un segundo suficiente.

Detrás de la piel tibia, de la presión leve de esos dedos conocidos, Neira sintió por primera vez la forma exacta del capítulo siguiente del desastre: no una caída, no un golpe, sino algo mucho más limpio. La sensación de que una parte íntima de su vida acababa de empezar a quedarse fuera del sistema, y que la ciudad, al hacerlo, ni siquiera había tenido que detenerse.

Capítulo 2

El ajuste

A la mañana siguiente, la incidencia seguía constando como resuelta.

Neira la abrió en el ascensor, con el café todavía demasiado caliente en la mano y la sensación de haber dormido por turnos dentro de una habitación que no había terminado de apagarse. La pantalla ocupó un rincón de la lente con su limpieza habitual, impecable hasta la insolencia.

INCIDENCIA 14-77A
Estado final: resuelta
Tiempo de intervención: 03:00
Usuario redirigido por criterio contextual

Redirigido.

No constaba a qué sitio. No constaba quién había completado la reasignación. No constaba por qué Elena había acabado fuera, de pie, frente a una puerta que no se abrió. Solo una cadena correcta de marcas horarias, todas dentro de los márgenes de cumplimiento, como si la noche anterior alguien hubiera recogido los restos y los hubiera ordenado para que parecieran una secuencia razonable.

El ascensor se abrió en la planta de mediación cotidiana. El aire olía a filtro nuevo y a ropa que entra húmeda y se seca mal. Dos personas salieron al mismo tiempo mirando sus lentes. Un repartidor de suministros dejó pasar primero al carro autónomo de archivo y después pasó él, ya sin prisa. Neira guardó el café en la repisa de carga, colgó la chaqueta y se sentó antes de que el sistema le recordara que llevaba tres minutos sin validar inicio.

Las mesas de la sala no eran exactamente mesas. Eran superficies claras con borde táctil y separadores de luz que subían o bajaban según el ruido general del turno. A esa hora todavía no estaban del todo altos. Se oían carraspeos, ruedas blandas, un par de saludos secos, la tos breve de alguien al fondo. En la pared principal, el mapa de presión urbana amanecía en tonos suaves, casi tranquilizadores. Corredores con fluidez estable. Nudos escolares en descenso. Un aviso amarillo sobre la red este, tan discreto que parecía una nota de estilo.

Tomás levantó la mano desde su puesto sin levantarse.

—¿Dormiste algo?

Neira dejó el bolso bajo el asiento.

—Lo justo para arrepentirme de venir.

Tomás sonrió con una simpatía fatigada que en otra persona habría resultado sincera del todo. En él siempre quedaba un margen de administración, como si incluso la cordialidad tuviera para él un protocolo de uso razonable.

—Miré lo de anoche —dijo—. Cerró por redirección a nodo compatible.

—Ya lo he visto.

—Entonces no hubo pérdida de acceso.

Neira encendió la superficie de trabajo.

—¿Compatible con qué?

Tomás giró un poco el cuerpo, sin abandonar del todo su propio panel.

—Con el perfil de uso.

—Eso no significa nada.

—Significa que el sistema detectó una discordancia menor y propuso una ruta alternativa.

Neira lo miró.

—Elena estuvo dieciocho minutos en tránsito.

—Doce, si cuentas desde validación conflictiva.

—La vi allí.

Tomás apoyó los antebrazos en la mesa, paciente.

—Neira, te entiendo. Pero una cosa es la percepción de espera y otra la secuencia técnica.

La frase quedó unos segundos entre los dos.

Alrededor, el turno terminaba de arrancar. En la mesa contigua, Gael ajustaba una plantilla de incidencias con una rapidez automática, casi alegre. Llevaba los auriculares puestos sin sonido, solo por costumbre o por defensa. Más allá, alguien pedía revisión de cupo para una cadena de reparto nocturno. En la pared, el aviso amarillo de la red este se duplicó y después volvió a una sola línea, como si dudara de sí mismo.

Neira abrió el histórico de Elena. Lo hizo sin decir nada, aunque sabía que Tomás podía verlo si quería. No aparecían incidencias graves. Dos retardos menores en seis meses. Una actualización de biometría pendiente que no había llegado a completarse. Una nota sobre incompatibilidad intermitente en accesos de paso estrecho. Otra sobre preferencia de acompañamiento no vinculante.

No vinculante.

—¿Quién puso esto? —preguntó.

Tomás inclinó la cabeza.

—¿El qué?

Neira le proyectó la línea.

—Preferencia de acompañamiento no vinculante.

Él tardó menos de un segundo en responder.

—Eso sale solo cuando no hay acreditación formal de vínculo.

—Sí la hay para comunicaciones básicas.

—No es lo mismo.

Neira cerró el histórico con un gesto demasiado seco.

—Ya.

No era lo mismo. Nunca era exactamente lo mismo. Habían pasado años afinando esas diferencias hasta volverlas casi indiscutibles. Cada palabra resolvía algo y soltaba otra cosa. El sistema lograba repartir la intemperie con una limpieza difícil de discutir.

Le entró el primer paquete de incidencias del día. Un apoyo de cruce que no se desplegó a tiempo. Dos validaciones escolares duplicadas. Un corte de sombra parcial en una zona de espera que no debía ser zona de espera. Lo normal. Lo arreglable.

Intentó concentrarse.

Durante cuarenta minutos respondió, derivó, confirmó, cerró. Su cuerpo conocía tan bien ese ritmo que a veces podía sostenerlo sin pensar. Abrir caso. Detectar punto de fricción. Elegir si compensar, si escalar, si dejar respirar el sistema tres minutos más. Había algo casi artesanal en decidir cuándo una demora era un retraso y cuándo empezaba a ser otra cosa. Antes confiaba en ese criterio. Últimamente le daba la impresión de que pasaba la jornada entera recolocando objetos dentro de un armario que ya no cerraba igual.

A las nueve y doce, una incidencia menor en el corredor de mercados le pidió verificación presencial reducida. A las nueve y catorce, el aviso amarillo de la red este cambió de zona. A las nueve y dieciséis, el sistema le recordó que tenía pendiente la confirmación de una visita aplazada la tarde anterior.

Visita a E. Vives.

Neira no recordaba haberla dejado en pendiente, pero ahí estaba.

Nueva ventana sugerida: 13:40 - 14:00
Se recomienda reprogramar por optimización de trayecto

Se quedó mirando la sugerencia. A las trece cuarenta ella solía seguir en oficina o saliendo tarde, según la carga. Elena comía a las dos menos cuarto si el día iba bien y a cualquier hora si el día se enredaba. La visita prevista para hoy era corta. Llevarle una medicación de ajuste, revisar dos cosas de la nevera, confirmar una cita del jueves. Antes esas tareas pequeñas todavía parecían compatibles con un trabajo normal.

Tomás la vio detenida.

—Reprográmala y ya.

Neira no apartó la mirada del aviso.

—Si la paso a esa ventana, llego justa.

—Pues la pasas a la siguiente.

—La siguiente es a las diecinueve diez.

Tomás se encogió de hombros.

—Entonces a las diecinueve diez.

Neira giró la silla hacia él.

—Ayer salió a las siete y algo de una zona de transición donde no debería haber pasado un minuto.

—Y aun así salió.

La tranquilidad con que lo dijo la dejó unos segundos sin respuesta.

Tomás hizo un gesto con la mano, no agresivo, casi conciliador.

—Neira, no te lo digo a malas. Solo que no puedes convertir cada ajuste en una emergencia. Si lo haces, te comes tú la diferencia entre el sistema ideal y el real.

—Alguien se la come igual.

Tomás la sostuvo la mirada solo un instante, lo justo para dejar claro que no iba a discutir ética a esa hora.

—Todos nos la comemos —dijo—. La cuestión es cómo no dejar que te desmonte el día.

A las nueve y veintisiete, Leila dejó una carpeta de revisión sobre su mesa y se inclinó apenas, como si no quisiera que el gesto pareciera confidencial.

—Te han movido tres visitas de distrito sur a norte desde la actualización nocturna.

Neira abrió la agenda. Era verdad. No solo la de Elena. También una comprobación rutinaria en Vallseca y una entrega de clave temporal en un bloque de Sant Rafel. Nada grave por separado. Un

cuarto de hora aquí, ocho minutos allí, una sugerencia nueva de paso sombreado porque la ruta directa quedaba en uso intensivo. El conjunto ocupaba lo bastante poco como para quejarse sonara ridículo y lo bastante bien distribuido como para arruinarle la jornada entera.

—¿Te ha pasado a ti? —preguntó.

Leila negó con la cabeza.

—A mí me han recortado pausas. Más elegante.

Neira soltó una risa breve.

—Qué suerte.

Leila señaló la agenda.

—Desde hace dos semanas está recolocando acompañamientos blandos.

—¿Acompañamientos blandos?

—Así los llaman algunos. Los que no caen en categoría dura, sanitaria, dependencia alta o custodia formal. Hijas no convivientes, vecinas estables, gente que hace de puente sin título. Cosas así.

Neira notó un tirón pequeño en el estómago.

—No somos cosas así.

Leila la miró con su franqueza cansada.

—No te hablo de lo que sois. Te hablo de cómo entra en la tabla.

Se fue antes de que Neira respondiera.

La mañana empezó a apretarse de verdad a partir de las once. Una avería leve en el eje fresco desplazó flujos peatonales. Los tiempos de apoyo subieron dos minutos y medio. Los carros de reposición ocuparon más carril del previsto. Una escuela pidió excepción de acceso para cuatro menores y una cuidadora que había quedado bloqueada por actualización de tramo. Todo seguía dentro de parámetros, pero la sala perdió esa falsa serenidad del arranque y empezó a llenarse de microurgencias, el verdadero ruido de la ciudad cuando funciona a costa de que nadie se detenga demasiado.

Neira mantuvo la visita a las trece cuarenta.

Si la pasaba a la noche, Elena comería cualquier cosa o nada, la medicación volvería a moverse y la cita del jueves quedaría sin revisar hasta el último momento. Si la mantenía, tendría que salir en una ventana mal calculada, cruzar medio distrito con calor de rebote y volver rezando para que nada importante estallara en su

ausencia.

A las doce y cincuenta y ocho cerró la última incidencia y se levantó.

—Vuelvo en cuarenta minutos.

Tomás alzó la vista.

—No vas a llegar en cuarenta.

—Ya.

—Entonces no digas cuarenta.

Neira cogió la bolsa con la medicación y la botella pequeña de agua que se había olvidado de meter en frío.

—Vuelvo cuando vuelva.

El recorrido hasta casa de Elena antes era directo. Dos bandas de paso, una rampa, el corredor de sombra vieja junto al antiguo mercado y el ascensor exterior que casi nunca fallaba. Ahora el ascensor estaba en revisión prolongada y la banda norte, según la lente, tenía prioridad logística hasta las quince treinta. El sistema le propuso una alternativa de doce minutos más mediante pasarela de intercambio y descenso por módulo lateral.

Doce minutos.

Neira aceptó sin querer mirar demasiado el cálculo completo. Salió a la calle y el aire le golpeó la cara con una tibieza sucia, de calor guardado entre fachadas claras. La ciudad a esa hora tenía una eficiencia exhausta: toldos semitransparentes desplegados, sombras recortadas con precisión, surtidores bajos para rellenar botellas, mensajes amables de prevención térmica que sonaban a recomendación y a mandato al mismo tiempo. Primero había sido una anomalía botánica. Luego, una emergencia atmosférica. Después, la razón con la que los gobiernos aprendieron a racionalizar el afuera hasta volverlo una franja medible.

La pasarela de intercambio estaba diseñada para no retener a nadie. Larga, blanca, levemente curva, con apoyos mínimos cada veinte metros y una vista abierta sobre carriles de tránsito. En teoría facilitaba el flujo entre barrios altos y bajos. En la práctica, si ibas con prisa o con alguien lento, convertía cada tramo en una decisión sobre cuánto parar y cuánta culpa estabas dispuesto a sentir por molestar.

A mitad de camino, la lente vibró.

Ajuste de ruta recomendado
Densidad alta en módulo lateral
Nueva estimación de llegada: 14:01

Neira siguió andando.

El aviso volvió a los treinta segundos, más discreto.

Confirmación de visita
en riesgo de caducidad

Le entraron ganas de parar y arrancarse la lente con dos dedos. En vez de eso apretó la mandíbula y aceleró lo que pudo sin echar a correr. Un hombre mayor se apartó apenas al verla venir. Una chica con dos bolsas térmicas la miró con esa hostilidad instantánea de los espacios donde todo el mundo siente que llega justo. Más abajo, el módulo lateral escupía gente en pequeñas tandas, ordenadas, exasperadas, silenciosas.

Cuando por fin llegó al edificio de Elena eran las trece cincuenta y ocho.

La fachada seguía igual de limpia y mal agradecida que siempre. Un edificio intermedio, ni nuevo ni viejo, actualizado por capas. Acceso sin banco. Sombra escasa. Una jardinera estrecha donde antes había habido un escalón ancho en el que, según Elena, se sentaban las vecinas por la tarde a tomar fresco cuando fresco todavía quería decir algo.

Neira apoyó la muñeca en el lector.

Luz ámbar.

Acceso comunitario en verificación

Parpadeó una vez, incrédula.

Volvió a apoyar la muñeca.

Ámbar otra vez.

No bloqueo. No rojo. No error. Solo una demora nueva, tan correcta como todas.

Sacó el comunicador y llamó a Elena desde abajo. Un tono. Dos. Tres.

Respondió al cuarto.

—¿Sí?

La voz llegó baja, como si estuviera hablando desde una habitación distinta de la casa o desde dentro de un sueño corto.

—Soy yo. Estoy abajo.

—¿Abajo de dónde?

Neira cerró los ojos un instante.

—De tu portal.

Al otro lado hubo una pausa suave, sin alarma.

—Ah.

Se oyó un roce, quizá una silla, quizá tela.

—Creía que hoy no venías.

—Sí vengo. El acceso está verificando.

—Pues espera un poco —dijo Elena, con una tranquilidad casi tierna—. Aquí siempre esperan un poco.

La línea se cortó antes de que Neira pudiera contestar.

Levantó la vista hacia la fachada. No vio a Elena en ninguna ventana. El acceso seguía en ámbar.

A su alrededor, la calle funcionaba. Un dron de reparto dejó una caja blanda en el módulo vecino. Dos adolescentes cruzaron sin detenerse bajo la sombra dosificada del pasaje. La pantalla de información del cruce anunció hidratación recomendada y tiempo estimado de servicio para la línea de apoyo peatonal. Todo medido. Todo suficiente para alguien. Nunca terminaba de quedar claro para quién.

La verificación se resolvió al cabo de dos minutos y trece segundos.

Entrada permitida

Cuando el cristal cedió, Neira ya llegaba tarde a la visita que había luchado por no perder. Y lo peor fue notar, mientras atravesaba el umbral frío y demasiado pulcro del portal, que empezaba a resultarle normal calcular a quién tendría que quitarle tiempo para compensar aquellos dos minutos.

Capítulo 3

La visita

El portal olía a piedra enfriada demasiado rápido y a detergente sin perfume.

Neira subió por la escalera en vez de esperar el ascensor interior, que en aquel edificio tenía la costumbre de detenerse un piso más arriba, pensar unos segundos y después decidir si merecía la pena bajar a recogerte. El tramo entre el segundo y el tercero estaba más oscuro que de costumbre. Una tira de luz de ahorro se había quedado a media intensidad y hacía que la barandilla proyectara una sombra doblada sobre la pared. Mientras subía, Neira oyó una radio en alguna vivienda, una voz de concurso, cubiertos, agua corriendo dentro de una cocina. La vida normal de la hora de comer. Le tranquilizó y la irritó al mismo tiempo.

Elena abrió antes de que llamara dos veces.

Llevaba una blusa azul abotonada un poco torcida y las gafas colgadas del cuello por una cinta vieja que Neira le había dicho cien veces que cambiara. Tenía el pelo más suelto que la noche anterior. El gesto de abrir, en cambio, conservaba algo de la espera del paso Este, una atención inmóvil, como si cada umbral exigiera ahora una pequeña negociación privada.

—Has subido andando —dijo.

No sonaba a reproche. Sonaba a constatación de algo que solo ella parecía considerar importante.

—Sí.

Elena se hizo a un lado.

—El ascensor sube peor cuando hace calor.

Neira entró y dejó la bolsa sobre la consola estrecha del recibidor.

La casa estaba fresca de una manera antigua, no porque el sistema térmico funcionara mejor que en otros sitios, sino porque Elena seguía cerrando persianas a medias a la hora exacta en que empezaba a entrar el sol malo. Había una penumbra amarilla en el pasillo y ese olor leve a comida ya hecha, jabón de manos y madera guardada que siempre le hacía sentir que llegaba un poco tarde a algo que, sin embargo, la estaba esperando.

—¿Has comido? —preguntó.

—No todavía.

—¿Por qué?

Elena se encogió de hombros con una elegancia mínima.

—No me apetecía empezar sola.

La frase le cayó a Neira con más peso del que Elena pareció darle.

Fue hacia la cocina sin responder. Sobre la encimera había un plato cubierto con otro plato, una ensalada ya aliñada y un vaso de agua con una rodaja de limón dentro, casi transparente. Todo preparado. Todo a medias.

—Te dije que comieras si me retrasaba.

—No te retrasabas.

—He llegado a las dos.

—Por eso.

Neira abrió el armario de la medicación antes de seguir la discusión, por puro instinto de tarea. Sacó el blíster nuevo, comprobó dosis, dejó el viejo aparte. En el estante inferior había cuatro yogures, dos botes de compota y una taza pequeña con dos sobres de azúcar dentro, aunque Elena ya casi no tomaba azúcar. Miró la fecha del pescado cocinado. Esa noche ya no servía. Lo anotó mentalmente, una cosa más para resolver luego.

Elena se había quedado en la puerta de la cocina con una mano apoyada en el marco.

—Ayer te enfadaste —dijo.

Neira levantó la cabeza.

—No contigo.

—Ya.

Elena sonrió apenas, con esa mezcla de indulgencia y distracción que a veces la hacía parecer más joven y más vieja al mismo tiempo.

—Pero estabas allí por mí.

Neira no supo qué responder a eso sin abrir algo que no quería abrir en quince minutos de visita mal calculada. Sacó el vaso limpio del escurreplatos, llenó agua, dejó la pastilla preparada.

—Ven, te lo tomas ahora y comemos.

Elena no se movió enseguida.

—No era la puerta de siempre —dijo.

—¿La de ayer?

Asintió.

—La pusieron como más atrás. O yo llegué por donde no era.

Neira dejó el vaso con demasiado cuidado sobre la mesa.

—Elena, lo de ayer fue una incidencia.

—No.

La respuesta llegó tan tranquila que resultó más difícil discutirla.

—Quiero decir, sí, ya sé que eso te sale escrito. Pero no era una incidencia. Era otra cosa.

—¿Qué cosa?

Elena frunció apenas el ceño. No buscando palabras, sino evaluando si valía la pena traerlas.

—Antes, cuando tenías que esperar, todavía estabas entrando. Ayer no.

En la calle pasó un vehículo de limpieza silenciosa. La vibración subió un momento por la ventana cerrada y desapareció. Neira miró a Elena, al vaso, a la mesa estrecha bajo la luz tamizada. Quiso decirle que no hablara como si entendiera una lógica general de la ciudad a partir de un mal rato junto a una puerta. Quiso decirle que el sistema no estaba pensado contra ella, que solo estaba mal ajustado, que era distinto. Pero la noche anterior había visto la línea final de INCIDENCIA CERRADA encima de una mujer que se había quedado fuera, y no le salieron esas frases.

—Tómate la pastilla —dijo.

Elena obedeció sin protestar. Se sentó frente a la mesa, tragó con una sola mueca pequeña y después apartó el vaso a la izquierda, no a la derecha, como llevaba haciendo años. Neira lo notó y no dijo nada. Había aprendido que corregir cada desplazamiento no ordenaba nada; solo iba dejando una costra de vigilancia entre las dos.

Comieron en la cocina. Elena despacio, pero sin verdadera torpeza. Neira más rápido de lo que quería, mirando de vez en cuando la esquina de la lente donde la agenda seguía respirando en silencio. Tenía un mensaje de Tomás que no abrió. Dos incidencias derivables. Una sugerencia de descanso que parecía una broma.

—¿Hoy viene Diego? —preguntó.

Elena tardó en responder lo justo para que la pregunta se deformara dentro de Neira.

—No lo sé.

—¿No te llamó?

—Puede.

—¿Puede qué?

Elena dejó el tenedor.

—Puede que llamara y no me apeteciera hablar. O puede que no fuera él.

—Elena.

—No pasa nada.

Volvió a pinchar tomate con una precisión delicada, como si la respuesta bastara.

—Siempre creéis que si no respondo enseguida pasa algo.

El plural la hizo alzar la vista.

—¿Siempre quiénes?

Elena siguió masticando antes de contestar.

—Vosotros.

No añadió nombres. No hacía falta. Diego aparecía según el momento como hijo, visita u obligación administrativa con cara de parentesco. En los últimos meses entre los dos se había instalado una cortesía llena de aristas, una forma de repartirse a Elena que parecía cooperación desde fuera y contabilidad desde dentro.

—Te llamé tres veces ayer por la noche —dijo Neira.

—Lo sé.

—¿Y?

Elena bebió agua.

—No quería que volvieras a salir.

La respuesta fue tan inmediata que Neira dejó el cubierto.

—¿Salir adónde?

Elena tardó un segundo en contestar.

—A donde te mandan cuando ya es tarde y todo sigue funcionando, pero peor. Por la noche empiezan a decir que lo mejor es no moverse, no insistir, esperar a mañana. Y si a alguien se le acaba el tiempo fuera, pues se le acaba fuera. No porque el aire desaparezca de golpe, sino porque ya no alcanza con la misma fiabilidad para todos, y lo que antes era calle ahora también es una administración de cuánto rato puedes seguir ahí.

La frase cayó entre las dos con una sobriedad que daba más miedo que cualquier exageración.

—¿Por qué iba a volver a salir?

Elena la miró por fin de frente. Sus ojos seguían teniendo esa claridad extraña que a ratos parecía distraída y a ratos veía demasiado.

—Porque estabas enfadada de las de moverte.

Neira sintió una punzada de vergüenza, no por haber querido volver, sino porque Elena la había leído antes incluso de que ella misma terminara de admitirlo.

—No habría servido de nada.

—Por eso no contesté.

La cocina se quedó quieta un instante.

En el patio interior sonó una silla arrastrándose. Un niño dijo algo que ninguna de las dos entendió. Más arriba, una persiana bajó de golpe. Todo el edificio parecía sostener su pequeña coreografía de mediodía sin necesidad de ellas. Eso era quizá lo peor: que el daño no interrumpía nada, solo se integraba.

Cuando recogieron la mesa, Elena fue al salón y se detuvo junto a la estantería baja donde guardaba papeles viejos, mapas plegados, fotografías sin marco y guías de barrio de cuando todavía se imprimían recorridos para hacer a pie. Había dejado uno de los cajones abierto.

—Ven —dijo.

Neira llevó los platos al fregadero y fue.

Elena tenía en las manos un plano antiguo del distrito, de papel grueso, descolorido en los dobleces. No era tan antiguo en realidad. Tendría quince o veinte años. Lo bastante para que algunas cosas siguieran ahí y otras no.

—Lo encontré esta mañana.

Extendió el plano sobre la mesa auxiliar del salón. La superficie quedó ocupada por calles todavía reconocibles, plazas renombradas, corredores peatonales que entonces eran simples aceras anchas, zonas verdes que no tenían el perfil exacto de ahora. Elena apoyó el índice en un punto cercano a la Ronda Interior.

—Mira.

Neira se inclinó.

—Aquí había una sala de espera.

—¿En el paso Este?

—Antes. Cuando todavía no se llamaba así.

El dedo avanzó con seguridad por el papel.

—Entrabas por aquí, girabas, y había un sitio con bancos de madera. Ventiladores malos. Una señora con una mesa. Si alguien se mareaba, te daban agua sin preguntarte por qué estabas allí.

Neira miró el plano, luego a Elena.

—Eso debió de ser hace muchísimo.

—No tanto.

Elena sonrió de lado.

—Lo que pasa es que ahora parece que todo lo que no corre fue hace muchísimo.

La frase le dejó un residuo extraño.

Neira se sentó en el brazo del sofá, sin quitarse aún la sensación de ir tarde. Elena siguió recorriendo el mapa con el dedo. No dudaba al trazar calles. No vacilaba en los cambios de esquina. Cuando llegaba a nombres concretos, a veces se detenía; cuando se trataba del espacio, fluía.

—Aquí estaba la sombra larga del mercado viejo. Aquí te podías apartar. Aquí había un bar con dos baños, no uno, y el hombre de la barra te dejaba pasar aunque no pidieras nada si ibas con alguien mayor. Aquí... —calló un segundo, buscando—. Aquí nos perdimos una vez.

Neira la miró.

—¿Nos perdimos?

Elena levantó la cabeza, desconcertada apenas.

—Tú eras pequeña.

Neira notó un movimiento interno rápido, una mezcla de ternura y alerta.

—No me acuerdo.

—Llovía.

Elena lo dijo con una certeza desnuda.

—Y tú llevabas una bota sí y otra no porque querías cruzar un charco. Acabamos en un pasaje que daba a una ferretería. Yo no sabía salir y tú dijiste que daba igual porque allí olía bien.

Neira sintió cómo algo se desplazaba en ella. No tanto por la anécdota, que podía ser cierta o inventada o mezclada, sino por la materialidad con que Elena la recordaba: el olor, el charco, la asimetría absurda de las botas. Era más detalle del que había encontrado en muchas conversaciones enteras de los últimos meses.

—¿Yo dije eso?

—Sí.

Elena sonrió ahora con una calidez breve, limpia.

—Dijiste: si huele bien no estamos perdidas.

Neira quiso devolverle la sonrisa y no le salió del todo. Se quedó mirando el mapa, el dedo de Elena detenido sobre una calle que ya no tenía ese nombre, la luz amarilla pegada al borde de la persiana.

En la esquina de la lente apareció un aviso tenue.

> Salida recomendada en 06 min
> para mantener agenda posterior

Lo ignoró.

—¿Te acuerdas del nombre de la ferretería? —preguntó.

Elena frunció el ceño.

—No.

La claridad de antes se replegó un poco.

—Pero la puerta era verde.

Neira asintió, aunque no sabía si a la puerta o al recuerdo. Elena dobló despacio el plano, pero en vez de guardarlo en el cajón lo dejó encima de la mesa, al alcance de la mano, como si todavía pudiera necesitarlo para volver de algún sitio.

—¿Sabes qué pasa? —dijo de pronto.

Neira alzó la vista.

—Que ahora os hacen llegar por donde no se puede acompañar.

El plural volvió a aparecer, más ancho esta vez. No vosotros como familia. Vosotros como gente que cruza, espera, ayuda, lleva bolsas, recuerda horarios ajenos. Neira abrió la boca para preguntar a quiénes se refería exactamente, pero en ese momento el comunicador vibró con llamada entrante.

Diego .

La pantalla mostró su nombre con la neutralidad burocrática de los contactos usados demasiadas veces para reajustar algo. Neira dejó sonar una vez, dos. Elena lo vio.

—Coge.

—Luego le llamo.

—Coge.

Había algo firme en la manera de decirlo. Neira aceptó.

Diego apareció sin imagen, solo voz.

—Estoy fuera.

Neira se incorporó.

—¿Fuera dónde?

—Abajo. El acceso no me lee la vinculación temporal.

Cerró los ojos un segundo.

—¿Qué vinculación temporal?

—La de la compra asistida. La que me mandasteis la semana pasada.

La semana pasada. Tenía que seguir activa cuarenta y ocho horas más.

—Espera.

Diego soltó aire al otro lado.

—Eso hago.

Neira cortó y miró a Elena. Ella no parecía sorprendida. Casi parecía cansada de que la escena confirmara algo que llevaba rato intentando explicar.

—¿Ves? —dijo con una suavidad insoportable—. Llegamos por distintos sitios y luego nadie puede entrar bien.

Neira cogió las llaves de la consola y el comunicador casi al mismo tiempo.

—Voy a bajar.

—No corras —dijo Elena.

Ya estaba yendo al recibidor.

—No corro.

—Eso decís siempre justo antes.

Bajó la escalera más deprisa de lo que quería admitir. En el tramo oscuro entre el tercero y el segundo se cruzó con una vecina que subía con una bolsa térmica y tuvo que pegarse a la pared para dejarla pasar. La mujer sonrió sin verdadero interés. Abajo, el portal volvió a abrir con una pausa de más.

Diego esperaba fuera con dos bolsas de compra apoyadas en el suelo. Llevaba la camisa pegada a la espalda por el calor y esa expresión de persona que ha aprendido a enfadarse sin subir la voz para no perder del todo la superioridad moral del cansancio.

—No me reconoce —dijo, levantando la muñeca.

—Pásamela.

Neira revisó la autorización. Seguía activa, sí, pero había sido

reclasificada como acceso de apoyo no concurrente. Solo una persona vinculada por ventana. Elena arriba. Diego abajo. Ella en medio.

—Te han cambiado la categoría.

Diego soltó una risa sin alegría.

—Qué alivio ponerle nombre.

Neira intentó forzar la lectura manual. El sistema tardó lo suficiente para humillarlos un poco a los dos antes de conceder paso provisional.

—Tienes siete minutos —dijo ella.

Diego recogió las bolsas.

—Generosísimo.

La puerta cedió al fin. Entraron. El portal los tragó con ese frescor impersonal de los edificios que ya no distinguen entre visita, vecino o incidencia.

Mientras subían, Neira pensó que en menos de veinticuatro horas había visto tres accesos correctos volverse hostiles sin llegar a fallar del todo.

No era una catástrofe. Era una secuencia.

Capítulo 4
El desvío

A partir del jueves, el trayecto dejó de ser un trayecto y se convirtió en una negociación.

Neira lo notó antes de formularlo. En el cuerpo primero. En la forma nueva de salir de cualquier sitio con una reserva de cálculo en vez de con una intención simple. No iba ya de ir a casa de Elena, o al trabajo, o de una punta a otra del distrito. Iba de anticipar qué banda estaría priorizada, qué sombra aparecería recortada por mantenimiento térmico, qué lector aceptaría un acompañamiento y cuál lo devolvería a categoría blanda, esa palabra que Leila no había dicho del todo en broma y que desde entonces se le quedaba pegada a todo.

El jueves amaneció con aviso naranja de calor retenido.

No era una alerta grave. Solo uno de esos grados administrativos que no cambian la ciudad de golpe, pero van ajustando cómo puede usarla un cuerpo normal. Los aspersores de las marquesinas funcionaban a intervalos más cortos. Se recomendaba limitar recorridos no esenciales. La ciudad se volvía más eficiente justo en las horas en que alguien podía necesitarla con menos eficiencia y más humanidad.

Neira salió de la oficina a las seis y cuarto con una lista de compras corta, dos bolsas plegadas y la decisión de pasar por Elena antes de volver a casa. Diego había mandado a media tarde un mensaje seco.

Hoy no llego. Tiene fruta pero no cena.

Sin saludo. Sin despedida. Sin mala educación explícita. La clase de mensaje que parece cooperación hasta que una relee el espacio que deja alrededor.

Neira contestó que pasaría ella.

La respuesta del sistema fue casi inmediata.

Ruta habitual con densidad alta
Se recomienda acceso por corredor sur
Diferencia estimada: +08 min

Ocho minutos.

Se quedó mirando la sugerencia en la salida del edificio mientras la gente pasaba a su alrededor con ese cansancio civil que iguala un poco todas las edades al final del día. Un chico arrastraba un patinete descargado. Dos mujeres comparaban en voz baja las horas de sombra de sus calles como si hablaran del precio del gas o del estado de salud de un pariente común. Más allá, un grupo de

adolescentes ocupaba sin darse cuenta casi todo el borde fresco de la fachada norte. Un dron municipal dejó caer tres paquetes isotérmicos en una taquilla y emitió un pitido de cortesía antes de irse.

Neira podía elegir.

La ruta habitual seguía abierta. Solo aparecía marcada con recomendación de evitarla si se transportaba peso o se acompañaba a personas con baja tolerancia térmica. El corredor sur, en cambio, tenía más sombra y más paso logístico. Ocho minutos extra. Ocho minutos, pensó, no eran nada hasta que empezaban a reemplazar otros ocho y otros doce y otros dos y trece y una acababa cenando a las diez por una suma de decisiones técnicamente razonables.

Tomó la ruta habitual.

Duró bien los primeros siete minutos. La banda principal seguía ventilada. Los paneles de orientación reducían el brillo para ahorrar rebote. En la esquina del antiguo intercambiador, una línea de agua fina corría al nivel del suelo y dejaba una humedad agradable durante dos metros escasos. Después empezó la parte peor: el tramo sin sombra fija junto a la fachada blanca de oficinas recicladas, donde el calor subía desde las baldosas con una paciencia sucia y el aire parecía haber sido usado ya por demasiada gente.

Neira cambió la bolsa de mano tres veces antes de llegar al cruce escalonado.

La lente vibró.

Congestión puntual en tramo siguiente
Redirigir ahora reduce exposición

Ignoró el aviso y siguió. Lo que encontró al doblar la esquina no era exactamente congestión. Era una cola civilizada. Una de las puertas del pasaje central estaba en mantenimiento y el flujo se comprimía en un carril estrecho entre jardineras técnicas. La gente avanzaba sin quejarse, una persona detrás de otra, como si ese tipo de obediencia hubiera existido siempre. Una mujer llevaba a un niño medio dormido sobre el hombro. Un hombre con traje ligero se abanicaba con la tapa de un archivador. Nadie hablaba. Todos miraban hacia delante con la concentración de quien ya no espera solo turno, sino margen respirable.

A la derecha, justo al otro lado del cerramiento temporal, el corredor sur seguía corriendo con una sombra azulada y casi vacía.

Neira tardó menos de un segundo en odiar el sistema por haber

tenido razón.

Cuando por fin cruzó el estrechamiento ya había perdido once minutos. No ocho. Once. En esa ciudad once minutos ya no eran una demora: empezaban a ser una forma de selección. Abrió la agenda mientras andaba y recalculó mentalmente: compra rápida, subir a casa de Elena, dejar cena montada, revisar la cita de mañana, volver. Si no aparecía otro ajuste. Si Elena estaba bien. Si el acceso no volvía a hacer alguna cortesía hostil.

En el mercado compacto de la plaza Mestral todo era luz fría, orden y prisa bien educada. Los pasillos estaban pensados para recorridos limpios, no para detenerse a pensar qué necesitaba de verdad otra persona. Neira cogió sopa, pan blando, yogures, dos piezas de fruta, una tortilla envasada que sabía que Elena fingiría no notar que era comprada y un paquete pequeño de café molido, aunque Elena llevaba semanas diciendo que ya casi no tomaba por la tarde. Lo metió igual. Era una de esas compras que una hace para conservar un dibujo de la vida, no por su utilidad estricta.

Pagó en autoservicio. La máquina le pidió validar trazabilidad alimentaria y motivo d e compra asistida. Marcó apoyo doméstico puntual. La pantalla respondió con un verde cortés.

La máquina le pidió validar trazabilidad alimentaria y motivo de compra asistida. Marcó apoyo doméstico puntual. La pantalla respondió con un verde cortés.

> Gracias por contribuir a una
> logística compartida más eficiente

Salió con ganas de tirar la bolsa a una fuente.

El camino hasta el edificio de Elena estaba cortado por microobras de pavimento fresco. Nada grande. Solo una franja vallada que obligaba a rodear por detrás del centro cívico nuevo, un edificio bonito y severo que a Neira siempre le había parecido diseñado para encuentros sin tiempo muerto. La ruta alternativa bordeaba una plaza dura, casi vacía a esa hora, y desembocaba en un paso peatonal largo sin bancos intermedios.

Allí la vio.

No a Elena. A Mara Solé.

Estaba al otro lado del paso, junto a un módulo de sombra mínima, con un bolso cruzado y una carpeta del servicio de apoyo vecinal bajo el brazo. Llevaba el pelo recogido alto y el cuerpo quieto con esa firmeza de la gente que ha pasado demasiado tiempo

esperando a otros sin romantizarlo.

Neira levantó la mano. Mara la reconoció al segundo y esperó a que cruzara.

—No sabía que estabas por esta zona.

Mara se secó la frente con el dorso de la mano.

—Han movido dos coberturas. Me toca media tarde aquí y media en Riera Alta.

Su voz seguía teniendo un grano bajo, casi áspero, que a Neira siempre le producía una mezcla de confianza y prevención. Mara no adornaba nada. Ni siquiera el consuelo.

—¿Cómo va Elena? —preguntó.

Neira ajustó la bolsa en la muñeca.

—Depende de la hora a la que preguntes.

Mara asintió como si esa fuera una respuesta completa.

—Eso suele querer decir que vais tarde todos.

Neira soltó una risa sin alegría.

—Un poco.

Mara miró el paso largo a sus espaldas.

—Antes había un banco en mitad.

La frase la sorprendió.

—¿Aquí?

—Uno feo. De hormigón. Daba igual, porque la gente se podía partir el trayecto.

Señaló con la barbilla la plaza dura, el centro cívico, la línea blanca del pavimento que devolvía calor.

—Ahora todo está mejor pensado y, sin embargo, acompaña peor.

Neira pensó en Elena diciendo casi lo mismo de otra manera. Le subió una inquietud rara, no por la coincidencia en sí, sino porque empezaba a parecer menos una nostalgia privada y más una lectura compartida por gente que llevaba años viendo cómo envejecían los trayectos.

—Voy a casa de Elena —dijo.

Mara la miró directamente.

—No la hagas bajar mañana sola.

—¿Por la cita?

—Han cambiado el acceso de la unidad provisional. Lo están

canalizando por lateral técnica mientras arreglan la fachada este.

Neira se quedó quieta.

—No me ha llegado ningún aviso.

—Llegará.

Mara apoyó la carpeta contra el muslo.

—O no. A veces están priorizando la comunicación al tutor registrado y no a todas las personas de apoyo.

Tutor registrado.

Diego .

Neira notó un calor distinto al del ambiente, más rápido, más localizado.

—Ella no va con Diego mañana.

—Entonces asegúrate de que el acceso lo sepa antes de llegar.

—¿Cómo?

Mara hizo una media mueca.

—Si lo supiera, no estaría aquí esperando cuarenta minutos a que una señora decida si puede cruzar sin desmayarse.

La crudeza no tenía crueldad. Solo cansancio acumulado. Neira miró otra vez el paso largo. Al otro lado, una anciana dudaba en la línea de salida, quizá calculando si el tramo de sol le compensaba. No había dónde refugiarse en medio.

—Gracias —dijo.

Mara se encogió de hombros.

—Llega antes de que empiece el calor de interior.

Neira siguió andando más deprisa. El edificio de Elena apareció por fin tras el lateral del centro cívico con su portal estrecho y su sombra corta. Esta vez el acceso abrió sin demora. Aquello, en vez de tranquilizarla, le produjo una especie de resentimiento supersticioso. La facilidad ya no era garantía de nada. Solo una tregua.

Subió. Elena estaba en el salón, sentada al borde del sofá, con la televisión encendida sin sonido y una libreta abierta en las rodillas. No escribió nada cuando Neira entró. Se limitó a levantar la vista con una seriedad casi infantil.

—Pensaba que hoy venías por el otro lado.

Neira dejó las bolsas en el suelo.

—¿Qué otro lado?

Elena señaló vagamente hacia la pared exterior, como si la ciudad entera pudiera resumirse en una orientación de la muñeca.

—Por donde sube menos.

—He venido por donde he podido.

La frase salió peor de lo que quería. Elena la recibió sin herirse del todo, pero cerró la libreta.

—Ya.

Neira respiró hondo y empezó a sacar la compra. Pan. Yogures. Fruta. Sopa. La cocina recuperó por un momento la lógica salvable de las tareas simples. Colocar. Tirar lo que ya no sirve. Revisar fechas. Dejar una cena posible. En eso sí era buena. En eso todavía podía creer que no llegaba siempre tarde.

—Mañana han cambiado la entrada de la unidad —dijo sin girarse.

—No quiero ir mañana.

Neira se volvió.

Elena había dejado la libreta sobre la mesa baja. La tapa estaba marcada con una línea de sudor de los dedos.

—Hay que ir —dijo Neira.

—No por ahí.

—No sabemos por dónde todavía.

—Sí.

Elena levantó un poco la barbilla hacia la ventana entornada.

—Por detrás. Por donde no sabe esperar nadie.

Neira se quedó mirándola. No sabía si estaba confundiendo edificios, anticipando desde una memoria vieja o acertando con una lucidez que la irritaba precisamente porque podía ser verdad.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La calle.

Neira cerró los ojos un segundo.

—Elena.

—No me hables así.

La respuesta llegó baja, pero firme. No ofendida. Cansada de una corrección demasiado conocida.

Neira apoyó las manos en la encimera. Sintió el sudor seco en la espalda, el peso leve de la compra en los antebrazos, la presión de la cita de mañana creciendo sin haber empezado todavía.

—Perdón.

Elena bajó la mirada a la libreta.

—He intentado escribirlo antes de que se me fuera.

—¿El qué?

No contestó enseguida. Abrió la libreta y la giró hacia ella.

En la página había un dibujo torpe, pero reconocible: una planta esquemática de calles, una flecha, dos cruces, un cuadrado sombreado y, al lado, una frase escrita con letra desigual.

por aquí te dejan sola antes

Neira no pensó primero en la cita. Pensó en todas las veces que había aceptado un rodeo, una cola, una puerta lateral, como si fueran molestias sueltas y no una pedagogía.

No era un mapa exacto. Ni siquiera estaba claro qué tramo pretendía fijar Elena. Pero la frase sí. La frase no dudaba. Nombraba el punto exacto donde el cuidado dejaba de contar.

Miró a Elena.

—¿Esto es de mañana?

Elena se encogió apenas de hombros.

—Es de ahora.

En la calle, bajo la ventana, pasó una brigada de limpieza con luces suaves y ruedas silenciosas. El edificio no se movió. La ciudad tampoco. Todo seguía en orden.

Y, sin embargo, mientras guardaba la sopa en la nevera y dejaba el pan sobre la tabla, Neira sintió que el desvío ya no era solo una ruta más larga.

Era una forma de entrenamiento.

Ir empujándolas, paso a paso, hacia zonas donde esperar cansaba más, orientarse costaba más y acompañar valía menos.

Hasta que un día el sistema pudiera decir que Neira no había llegado a tiempo, o no había entrado bastante, o no figuraba donde tocaba, y la mentira ya viniera preparada por el propio recorrido.

Capítulo 5

El margen

El aviso llegó a las 08:17, cuando Neira todavía intentaba que el café dejara de saber a noche mal dormida.

No fue una llamada. Ni una alarma. Ni siquiera un mensaje de prioridad media. Solo una notificación plana en la esquina de la lente, con el mismo tono con que el sistema anunciaba una mejora de sombra o la disponibilidad de puntos de agua.

> Unidad de evaluación reubicada
> Acceso asistido confirmado
> Credencial vinculada activa: I. Vives

Neira dejó la taza sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

La cocina de su piso tenía esa funcionalidad cansada de los lugares que siempre piden una hora de atención y nunca la reciben: dos fogones, mesa abatible, una ventana al patio por donde entraba una luz gris que no parecía pertenecer del todo a la mañana. El ventilador de techo emitía un clic leve cada siete vueltas. Sobre una silla seguía la ropa doblada de la noche anterior.

Abrió el detalle de la notificación.

La unidad seguía siendo la misma. Cambiaba el acceso: lateral técnica, entrada provisional y acompañamiento por tramos. Tiempo máximo de permanencia en umbral: seis minutos. Para incidencias, acudir a tutor vinculado principal.

Tutor vinculado principal.

Diego .

Llamó sin pensarlo.

Él tardó lo justo para que el café se enfriara y la irritación encontrara una forma útil.

—¿Qué?

—Te han puesto como vínculo principal para la entrada de hoy.

—Me acaba de llegar.

—¿Y?

Hubo un silencio breve.

—Y qué.

Neira se pasó una mano por la frente.

—Que no puedes ir.

—No he dicho que no pueda.

—Ayer dijiste que no llegabas a por la compra. Hoy entras a las nueve en Sant Adrià.

—Puedo mover una hora.

La respuesta la descolocó más que una negativa.

—¿La vas a mover?

Diego soltó aire, protegiéndose ya de una discusión que todavía no había empezado del todo.

—Neira, no empecemos.

—No estoy empezando nada. Necesito saber quién va a entrar con ella.

—Si quieres, entro yo.

El ofrecimiento no la alivió. Casi la enfadó más. No por él exactamente, sino por la facilidad con que el sistema convertía un problema de reconocimiento en una disputa de logística familiar.

—No es cuestión de querer.

—Pues parece mucho cuestión de querer.

La frase quedó ahí, seca y desagradable. Neira miró la ventana del patio. Una camiseta roja colgaba del tendedero del cuarto piso y apenas se movía.

—La llevo yo —dijo al final.

—Entonces resuélvelo.

Y colgó.

Abrió la agenda con la sensación física de haber perdido ya una parte del día. Tenía dos incidencias de primera franja, una reunión corta de redistribución y la visita a la unidad a las once y veinte. Podía pedir salida previa. Podía activar coincidencia de vínculo. Podía intentar reclasificar el acceso de Diego a tutor remoto y el suyo a operadora presente sin anular la ventana clínica. Todo cabía técnicamente. Todo iba a costarle tiempo.

Salió de casa a las ocho y cuarenta y dos con el café a medio beber en un vaso térmico y una presión fina en el estómago, no todavía ansiedad, pero sí la certeza de que el día ya venía masticado por otros criterios.

En la oficina, Leila la vio entrar y señaló la sala lateral con dos dedos.

—Tomás te busca.

Neira dejó el bolso sin sentarse siquiera y entró.

La sala lateral era una caja de vidrio translúcido donde todo el mundo parecía más correcto y más cansado. Tomás tenía proyectado en pequeño formato el mapa de accesos sanitarios del distrito. No levantó la vista enseguida.

—Lo de Vives te va a dar guerra.

—Gracias por la novedad.

Tomás aceptó la acidez sin comentario.

—Han cambiado la unidad a régimen de entrada modulada. Validan un vínculo fuerte por tramo.

—No hay vínculo fuerte en el registro.

—Para ellos sí. Tutor principal, tutor alterno, apoyo operativo.

—Yo figuro como apoyo operativo.

—Exacto.

Neira lo miró.

—¿Exacto qué?

Tomás alzó por fin la vista.

—Que el acceso te deja acompañar hasta el umbral de cesión. Después necesita confirmación del tutor principal o del personal interno.

Tardó un instante en entender. No porque la frase fuera compleja, sino porque estaba redactada para retrasar el golpe.

—¿Ceder qué?

—La presencia.

Neira soltó una risa breve, áspera.

—Claro.

Tomás apoyó una mano en la mesa.

—No lo han montado contra ti.

—Ya. Lo han montado sin pensar en mí, que es peor.

—Lo han montado para filtrar saturación.

—¿Y la saturación quién la absorbe?

Tomás no respondió. Los dos sabían la respuesta.

—Puedo intentar una validación paralela —dijo—. Pero si meto dos vínculos en una franja así, quizá os dejen fuera más tiempo.

Neira apretó el vaso térmico hasta notar el plástico ceder un poco.

—No necesito dos vínculos. Necesito que me reconozcan a mí.

—En ese circuito no funciona así.

Como si el cuidado fuera una línea distinta de montaje.

—Haz la paralela —dijo.

—Te acabo de decir que puede empeorar el acceso.

—Y si no la haces, ¿qué pasa?

Tomás miró otra vez la proyección.

—Que dependes de que Diego llegue, de que lo lea bien y de que nadie os reclasifique en mostrador.

Neira cerró los ojos un instante.

—Hazla.

Tomás asintió sin convicción. Mientras tecleaba, habló con el tono práctico de quien intenta que los hechos sustituyan a la irritación.

—Están migrando muchos acompañamientos a tabla familiar estricta. No eres la única.

—Eso me ayuda muchísimo.

—No intentaba ayudarte. Intentaba que no lo vivas como algo personal.

Neira lo miró.

—¿Y tú por qué crees que lo vivo como algo personal?

Tomás sostuvo el silencio un segundo de más.

—Porque lo es.

La respuesta la dejó desarmada. Lo personal no anulaba lo estructural. Lo empeoraba.

A las diez y media recogió a Elena.

Había dormido mal. Se le veía en la forma de vestirse: una rebeca fina sobre una blusa demasiado ligera, zapatos bien puestos pero sin la costumbre de apretar del todo los cordones, la sensación general de haberse preparado para salir sin terminar de creer que el exterior fuera a recibirla bien.

—No hacía falta ir tan pronto —dijo mientras cerraba la puerta.

—Sí hacía falta.

—Siempre dices eso.

Bajaron despacio. En el portal, Elena se detuvo un segundo antes del lector.

—Hoy no es aquí —murmuró.

—No. Hoy es en la unidad.

Elena tocó con dos dedos el cristal de salida.

—Quiero decir que hoy la puerta no es aquí. Ya sales torcida desde casa.

Neira respiró antes de contestar.

—Vamos a coger sombra primero.

El recorrido hasta la unidad provisional no era largo en distancia. En condiciones limpias, diecisiete minutos. Con Elena, con el calor en ascenso y el nuevo acceso por lateral técnica, la estimación subía a veintiséis. Había pedido un vehículo de apoyo corto, pero la respuesta había sido la misma de los últimos meses: servicio disponible con espera estimada de cuarenta y tres minutos. Demasiado tarde para la cita, lo bastante cerca para que rechazarlo pareciera un capricho.

Caminaron.

Las primeras calles aún conservaban una sombra usable. Elena llevaba bien el paso mientras podía orientarse por referencias conocidas: la panadería cerrada, la farmacia de esquina, una balconada con plantas quemadas por el verano prematuro. Las pocas hojas sanas tenían ese brillo duro de las variedades nuevas: seguían absorbiendo, seguían creciendo, pero ya no prometían un aire mejor. Cuando entraron en la zona remodelada junto a la unidad, todo empezó a apretar más.

La fachada este estaba tapada por una malla reflectante. El acceso principal, el que Elena conocía de otras visitas, había desaparecido detrás de paneles blancos y cinta de circulación. Unas flechas discretas conducían hacia un lateral estrecho, entre contenedores de material y una galería técnica donde el aire no corría.

—Por aquí no —dijo Elena en voz baja.

—Es lo que han marcado.

—Por aquí no puedes pararte.

Tenía razón. El corredor era un paso puro: pared a un lado, valla al otro, poca sombra, ningún banco, ningún ensanche. Solo una línea azul pintada en el suelo y la promesa de que al final habría una recepción modulada que, en teoría, ordenaría mejor las llegadas.

Llegaron con seis minutos de adelanto. Los gastaron enteros de pie. Seis minutos podían parecer nada hasta que el cuerpo empezaba a descontarlos como si ya formaran parte de lo que luego iba a faltar.

Había tres personas delante. Un hombre con bastón y una mujer mucho más joven que no dejaba de vigilarlo sin tocarlo. Una pareja discutiendo en susurros sobre quién figuraba en el registro. Una auxiliar interna que salía y entraba por una puerta ligera repitiendo que iban con retraso corto y que en seguida revisarían vinculaciones.

El calor allí tenía una cualidad pegajosa, de tubo mal ventilado. Elena empezó a apoyarse más en la pared. Neira la vio calcular, sin decirlo, cuánta energía podía seguir gastando sin ponerse en manos de nadie.

—Siéntate un momento.

—¿Dónde?

No había dónde.

Neira sacó agua. Elena dio dos sorbos pequeños y devolvió la botella.

—No quiero entrar por aquí —dijo.

La auxiliar salió otra vez.

—Elena Vives.

Neira avanzó con un alivio casi ridículo.

—Aquí.

La mujer alzó la tableta.

—Vínculo principal.

—Está solicitada validación paralela.

—No me sale.

—La ha metido central esta mañana.

La auxiliar revisó sin verdadera urgencia. Elena seguía apoyada en la pared. Una gota de sudor le bajó desde la sien hasta el cuello y se perdió bajo la rebeca.

—Me consta Diego Vives como tutor principal —dijo la auxiliar —. Usted figura como apoyo operativo.

—Soy quien la acompaña hoy.

—Necesito confirmación de cesión o presencia del tutor principal para tramo interno.

La frase cayó con la perfección de algo repetido muchas veces.

—Está aquí conmigo.

—Sí, hasta umbral.

—No puede esperar sola ahí dentro.

La auxiliar miró un segundo a Elena y después la pantalla. No era indiferencia. Era fidelidad al procedimiento con una pena pequeña, impotente, incapaz de cambiar nada.

—Puedo hacer una consulta —dijo—, pero ahora mismo las entradas están muy ajustadas.

—Hazla.

La mujer desapareció por la puerta ligera.

Neira sintió que todo el cuerpo se le concentraba en la nuca. A su lado, Elena cerró los ojos un momento.

—¿Llamo a Diego ? —preguntó Neira.

—Si lo llamas, viene enfadado.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

Abrió los ojos y la miró con una lucidez agotada.

—Luego habláis de mí como si yo no hubiera estado.

La frase la atravesó con una precisión sucia. Quiso negarla. No pudo hacerlo del todo.

La puerta ligera volvió a abrirse.

La auxiliar traía esa media sonrisa profesional que anuncia ayuda y recorte al mismo tiempo.

—Podemos autorizar un acceso extraordinario de acompañamiento hasta sala previa.

Neira sintió un alivio tan rápido que casi dolió.

—Bien.

—Pero la espera de evaluación supera ahora los cincuenta minutos. Y la sala previa está sin climatización completa por la obra.

El alivio se deshizo antes de acabar la frase.

—¿Cincuenta?

—Cincuenta y cuatro, ahora mismo.

La auxiliar bajó un poco la voz, como si eso humanizara el dato.

—Si prefieren, podemos reprogramar con garantía de acceso fuerte para el tutor principal mañana a primera hora.

Garantía de acceso fuerte.

Elena estaba pálida. No al borde del desmayo, pero sí en esa zona donde el cansancio empieza a vaciar a una persona antes de que el cuerpo ceda. Neira imaginó la sala previa: sillas plásticas, aire parado, reloj avanzando a destiempo con el cuerpo de Elena.

Imaginó irse sin hacer la evaluación, volver mañana, coordinar otra vez a Diego , mover otra vez el trabajo, otra vez todo.

—Si entramos ahora, ¿la atienden hoy seguro?

La auxiliar dudó lo justo para no mentir abiertamente.

—Hoy queda registrada.

Queda registrada.

Neira miró a Elena. Elena no la miraba a ella. Miraba la línea azul del suelo, como si estuviera calculando una distancia que nadie más veía.

—No quiero quedarme aquí tanto —dijo, muy bajo.

Eso decidió por las dos.

—Reprograma.

La auxiliar asintió con un alivio mínimo y tecleó rápido.

—Mañana, 08:40. Entrada principal restablecida para tutor principal.

—¿Y para mí?

La mujer levantó la vista con una honestidad casi dolorosa.

—Para usted no me sale garantía.

La cita quedó confirmada en pantalla con un borde verde impecable.

Reasignación completada
Nueva ventana asegurada

Neira la miró unos segundos, como había mirado la palabra resuelta dos noches antes. El sistema acababa de ofrecer ayuda. Correcta. Legible. Legal. Mañana, mejor. Con el vínculo adecuado.

Y, sin embargo, allí estaba el coste real, pegado a la rebeca de Elena, al tiempo que acababa de quemar, a la necesidad de volver a empezar.

Al salir del corredor técnico, el aire exterior les pareció casi amable. Elena caminó unos metros en silencio. Luego, al llegar a una sombra estrecha, se detuvo.

—¿Sabes qué han hecho? —preguntó.

—¿Qué?

Elena señaló con la barbilla hacia el lateral por el que acababan de salir.

—Te han dejado venir.

—He venido.

—No.

Negó despacio.

—Te han dejado traerme hasta donde ya no servía que fueras tú.

La frase abrió algo en ella que no sabía defenderse con argumentos. Se quedó quieta, con la botella tibia en la mano y la notificación verde todavía encendida en un rincón de la lente.

Mientras retomaban la marcha hacia casa, Neira comprendió que empezaba a gastar margen propio no para resolver excepciones, sino para tapar la distancia cada vez mayor entre lo que el sistema aceptaba como acompañamiento y lo que hacía falta de verdad.

Capítulo 6
La espera

A las 07:58 ya estaban fuera del edificio y, aun así, Neira tenía la sensación de llegar tarde a un sitio que todavía no había empezado.

El calor de primera hora no era fuerte, pero sí pegajoso, como si la noche no hubiera acabado de soltar la piel de las fachadas. Elena bajó el portal con la rebeca en el brazo y una lentitud digna, sin pedir ayuda hasta el último escalón. Neira llevaba una botella de agua, la carpeta con la cita reprogramada y una irritación ordenada por haber aceptado que la solución consistiera en volver al día

siguiente como si el anterior no hubiera costado nada.

—Hoy sí es por la puerta de siempre —dijo, más para fijarlo que para tranquilizar.

Elena miró la calle antes de echar a andar.

—No. Hoy es peor porque parece la de siempre.

Neira no respondió.

La ciudad estaba entrando en su hora limpia. Todavía quedaban persianas a medio subir, pantallas en modo amable y un resto de barrio que hacía el trayecto casi soportable. Pero desde que el acceso de la unidad se había vuelto una combinatoria de laterales, tutores y umbrales, cada esquina le llegaba ya contaminada por la siguiente.

Había conseguido una confirmación de tutor principal remoto a las 07:31. No de Diego , que seguía sin responder más que con un visto seco al mensaje de la noche. De central. Tomás había movido una validación mínima que, según él, debía bastar para que la presencia de Neira se leyera como acompañamiento suficiente durante todo el tramo.

—No es elegante, pero debería entrar —le había dicho por canal interno.

Debería.

Neira llevaba esa palabra pegada a la nuca mientras avanzaban.

El acceso principal de la unidad volvía a estar abierto, sí, pero no completo. Dos paneles de obra seguían tapando media fachada y obligaban a serpentear entre jardineras provisionales y vallas bajas de guiado. Era mejor que el lateral técnico del día anterior, aunque solo en el sentido en que una torcedura es mejor que una caída.

Cuando llegaron, la puerta exterior todavía no había empezado a absorber la fila. La fachada conservaba restos del edificio anterior bajo la reforma: una moldura de piedra amputada, dos anclajes ciegos donde antaño debió de haber un rótulo físico, la huella rectangular de una marquesina más baja. Nada de eso servía ya para orientarse, pero seguía allí.

Había siete personas delante.

No muchas. Las suficientes.

Un hombre alto sujetando del codo a una mujer que no paraba de tocarse la clavícula como si comprobara que seguía allí. Una pareja joven con una silla plegable que no sabían si sacar. Una chica con uniforme de limpieza sostenía una carpeta transparente y

miraba el reloj del vestíbulo a través del cristal. Un señor con camisa de verano bien planchada llevaba el papel de la cita doblado en cuatro, como si aún estuviera pasando de una ventanilla a otra. Nadie protestaba. Eso era lo peor: la calma obediente que convertía la espera en una parte natural del acceso.

—Nos quedamos aquí —dijo Neira.

Elena miró alrededor.

—Aquí no te puedes quedar. Aquí solo haces cola.

Tenía razón otra vez. La franja de entrada era una banda lisa de suelo claro, con dos apoyos mínimos que nadie ocupaba porque no servían realmente para descansar, solo para señalar dónde no debían detenerse demasiado los cuerpos. El banco antiguo que recordaba Elena no estaba. En su lugar había una superficie inclinada, bonita y hostil, pensada para apoyarse medio minuto, no para sostener unas piernas viejas quince.

La fila avanzó dos pasos y se detuvo.

En la lente de Neira apareció el registro verde de cita confirmada. Debajo, en letra más pequeña, una nota nueva.

> Acompañamiento validado hasta admisión
> Tramo clínico sujeto a capacidad de sala

Leyó la segunda línea dos veces.

—No me gusta esa frase —murmuró.

—¿Qué frase? —preguntó Elena.

Neira guardó la lente con un parpadeo.

—Ninguna.

La primera puerta abrió a las 08:11.

Solo entraron tres.

La chica del uniforme pasó primero. Luego la pareja con la silla, porque al final la habían abierto y una auxiliar, con una amabilidad casi culpable, había reconocido que allí fuera no podían esperar más. Después el hombre alto. Neira calculó mentalmente. Si mantenían ese ritmo, tardarían al menos veinte minutos en cruzar la admisión básica. Si dentro la capacidad de sala estaba ya ajustada, podían quedarse clavadas en el punto exacto donde todo parecía resuelto y, sin embargo, no lo estaba.

Elena se llevó una mano al antebrazo de Neira.

—No aprietes tanto.

—¿Qué?

—La carpeta.

Neira bajó la vista. Tenía los dedos marcados en el plástico azul.

Aflojó.

La fila avanzó otros dos pasos. Un mensaje sonó detrás de ellas. Alguien pidió perdón por voz alta sin saber bien por qué. Desde la calle llegaba un olor a pan reciente mezclado con desinfectante frío cada vez que se abría el acceso automático. La ciudad, alrededor, seguía encendiendo sus mecanismos con puntualidad perfecta. Un convoy pasó al fondo. Dos bicicletas de reparto cruzaron la plaza lateral. En la cornisa, los difusores de sombra empezaron a girar despacio para buscar la luz del día. Todo ocurría a tiempo, excepto aquello.

A las 08:19 Elena pidió agua.

Bebió poco. Luego miró el interior a través del vidrio.

—Han cambiado la sala.

Neira siguió la dirección de sus ojos. Se veía una pared nueva, una línea de sillas plásticas y un tótem de admisión que antes no estaba en ese ángulo.

—La han movido.

—No.

Elena negó con suavidad.

—La han cortado.

La diferencia era pequeña, pero en su boca sonó decisiva.

A las 08:24 entraron en el primer vestíbulo.

Un panel informaba de tiempos estimados con frases tranquilizadoras y cifras variables que no podían tocarse con el cuerpo.

> Tiempo actual de tramitación: 18 min
> Gracias por facilitar los flujos de acceso

Neira se acercó al lector.

—Cita de Elena Vives. Acompañamiento validado.

La auxiliar del mostrador ni siquiera levantó del todo la vista antes de extender la mano.

—Documento de tutoría.

Neira enseñó la confirmación.

La mujer la leyó rápido.

—Sí, hasta admisión.

—Eso ya lo sé.

—Dentro tenemos capacidad reducida.

—La cita es de las ocho cuarenta.

—Sí.

La neutralidad de la respuesta le raspó por dentro.

—Entonces que pase.

La auxiliar por fin alzó la vista completa. No era joven. Tenía unas ojeras planas de turno temprano y el gesto de quien lleva demasiadas mañanas diciendo lo mismo a demasiada gente.

—No depende solo de hora. Depende de sala, movilidad y presencia reconocida en tramo interno.

—Mi presencia está reconocida.

—Hasta admisión.

Detrás, Elena había encontrado una de las sillas y se había sentado con esa cautela con que se sientan las personas que no quieren parecer más cansadas de lo que están.

Neira bajó la voz.

—No puede esperar mucho más.

La auxiliar también la bajó, quizá por costumbre, quizá por compasión.

—Nadie puede. Por eso hay cola.

La frase no llevaba crueldad. Llevaba una forma de justicia agotada que no servía para nadie en concreto.

—¿Cuánto?

La mujer consultó la pantalla.

—Si no hay bloqueo en exploración, quince minutos.

—¿Y si lo hay?

—No le sabría decir.

Neira miró a Elena. Elena no las observaba. Miraba la línea de sillas, el suelo, la puerta interior donde cada tanto aparecía una bata y desaparecía otra. Tenía las manos juntas sobre el bolso. Neira sintió de pronto la obscenidad de que toda la mañana dependiera de esa postura tranquila, de esa paciencia que parecía colaborar con un daño que nadie se atrevía a nombrar.

Se sentó a su lado.

—Enseguida.

Elena no la miró.

—Eso aquí quiere decir muchas cosas.

Pasaron nueve minutos.

Luego doce.

A las 08:41 llamaron a un hombre que había llegado después.

Neira se levantó antes de decidirlo.

—Perdona. Íbamos antes.

La auxiliar del fondo consultó una tableta sin acercarse.

—Prioridad de movilidad interna.

—Ella también tiene movilidad reducida.

—No me consta en tramo clínico.

Elena alzó la cabeza, no ofendida, solo extrañada de verse convertida en una línea mal rellenada.

—Estoy aquí —dijo.

No lo dijo alto. Ni siquiera firme. Pero la frase dejó un pequeño hueco de silencio alrededor.

La auxiliar se acercó por primera vez.

—Lo sé, señora.

—Entonces no pongas que no consto.

La mujer parpadeó, descolocada apenas un segundo. Fue suficiente para que Neira la odiara menos y más al mismo tiempo.

—Voy a revisar el tramo —dijo.

Desapareció tras la puerta interior.

Elena se volvió despacio hacia Neira.

—No quiero entrar sola.

—No vas a entrar sola.

—No quiero que me dejes donde ya no sirves.

La frase del día anterior regresó con otra forma, más baja y por eso más insoportable.

Neira se inclinó hacia ella.

—Escúchame. Si te hacen pasar y yo no puedo, yo entro detrás. Lo arreglo.

Elena la observó unos segundos.

—Siempre dices lo mismo cuando no mandas tú.

La vergüenza le subió tan rápida que tuvo que apartar la vista. No por la frase en sí. Por la exactitud.

La auxiliar volvió con una hoja impresa.

—Podemos ofrecer acceso con permanencia limitada de acompañante en sala previa. Diez minutos máximos. Después tendrá que salir hasta llamada clínica.

Neira sintió que la solución se parecía demasiado a una broma larga.

—Diez minutos no arreglan nada.

—Es lo disponible.

—¿Y luego?

—Luego la paciente espera dentro.

Elena negó antes incluso de que Neira se girara hacia ella.

—No.

No fue capricho. Fue miedo limpio, administrado con educación.

La auxiliar sostuvo el papel en el aire.

—Si no aceptan esta opción, la demora siguiente puede ser alta.

—¿Alta cuánto?

—Treinta y dos minutos estimados.

Neira cerró los ojos un segundo. Treinta y dos más el tiempo ya gastado. Treinta y dos sobre ese frío seco, esas sillas, esa incertidumbre. Treinta y dos para sostener una calma que ya estaba hecha de cansancio y defensa.

Se agachó frente a Elena.

—Si entro contigo diez minutos y luego espero al lado de la puerta, ¿puedes aguantar?

Elena tardó tanto en responder que la pregunta empezó a pudrirse.

—No lo sé.

Era la respuesta más honesta de la mañana.

Neira apoyó una mano sobre sus rodillas, muy suave.

—Yo tampoco.

Elena la miró entonces con una tristeza curiosa, casi atenta.

—Antes sí lo sabías.

Neira no encontró nada que no sonara falso.

Aceptó.

La condujeron a una sala previa rectangular, de paredes claras y techo algo más bajo que el pasillo. Había seis sillas, tres ocupadas, una máquina de agua apagada y un monitor sin sonido donde se sucedían consejos de autocuidado. El aire era aún más frío que

fuera, pero no corría. Solo caía.

Durante los diez minutos, Neira hizo todo lo inútil que puede hacerse con precisión. Colocó el bolso de Elena a su alcance. Le humedeció la nuca con un pañuelo. Le recordó el orden de la evaluación. Le dijo dos veces que saldría solo un momento y que estaría cerca. Había en esos gestos una cortesía antigua, casi doméstica, heredada de otras salas de espera donde al menos seguía estando claro quién acompañaba a quién. Cada frase empeoraba un poco la siguiente, como si el lenguaje se vaciara al contacto con aquella sala.

En la silla de enfrente, una mujer joven intentaba no llorar delante de un hombre mucho mayor que mantenía los ojos cerrados y la boca apretada. A la derecha, una cuidadora con uniforme revisaba mensajes sin leerlos. Nadie hablaba. Solo el zumbido del climatizador y, cada pocos minutos, una puerta abriéndose para llamar a otra persona con una voz amable de tan gastada.

A los diez minutos exactos, apareció un celador.

—Acompañante fuera, por favor.

Neira se levantó despacio.

—Voy a estar aquí.

Elena le sujetó los dedos un segundo más de lo necesario.

—No tardes si me llaman por otro nombre.

Neira la miró.

—¿Por otro nombre?

—A veces prueban.

Quiso preguntar qué quería decir, pero el celador ya esperaba en la puerta con esa paciencia sin margen del personal que cumple una regla ajena.

Salió.

La puerta se cerró con un clic mínimo que a Neira le sonó obsceno.

El pasillo exterior tenía una hilera de apoyos verticales y ninguna silla. No era un olvido de diseño, pensó Neira. Era una manera de impedir que la espera pareciera habitable. Se quedó de pie primero. Luego, cuando las piernas empezaron a protestar, se apoyó en la pared. El reloj de la lente avanzó cuatro minutos. Después siete. En el mostrador, la auxiliar cambió de turno sin cambiar de gesto. Una mujer discutió en voz baja por una

autorización pediátrica. Un repartidor dejó dos cajas de material junto al ascensor interno. El mundo siguió funcionando con una serenidad completa, como si ninguna escena individual pudiera reclamar demasiada importancia.

A los trece minutos, oyó su nombre.

No el de Elena.

El suyo.

—¿Neira Sol?

Era otra auxiliar, esta vez con un tono menos neutro.

—Sí.

—La paciente ha interrumpido la espera. Dice que si usted no está dentro no entiende cuándo le toca.

El alivio y la rabia le subieron juntos, sin orden.

—Pues déjeme entrar.

La mujer hizo una mueca impotente.

—Tengo que reiniciar el tramo.

—Reinícielo.

—Eso la devuelve al final de capacidad de sala.

Neira tardó un segundo en comprender. Cuando lo hizo, sintió un vacío físico, como si alguien le hubiera retirado una tabla del suelo.

—¿Al final de qué?

—De la secuencia actual.

—Pero ya estaba esperando.

—Sí. Y ha salido de posición clínica al interrumpir.

Neira miró la puerta cerrada. Al otro lado estaba Elena, asustada lo suficiente para levantarse, salir o preguntar hasta romper el orden que la contenía. No había gritado. No había hecho nada extraordinario. Solo no había sabido quedarse quieta en la forma exacta que exigían.

La auxiliar bajó la voz.

—Lo siento. Si quiere, podemos recolocarla en acceso prioritario suave para final de mañana.

Prioritario suave.

Neira se llevó una mano a la cara, notando el frío seco de la sala todavía pegado a la piel.

—Sáquela.

—¿Perdón?

—Sáquela ya.

Cuando Elena volvió a salir, lo hizo caminando despacio, con una hoja doblada en la mano y la expresión exhausta de quien ha entendido una norma sin compartirla. No lloraba. No temblaba. Eso empeoraba todo.

—He preguntado la hora dos veces —dijo en cuanto estuvo cerca —. La segunda ya no les ha gustado.

Neira quiso abrazarla allí mismo. No lo hizo. El pasillo no estaba hecho para abrazos. Apenas para las personas.

Cogió la hoja. Era una nueva cita para las 12:10, con una nota impecable en el margen.

> Interrupción de secuencia
> por desorientación en espera
> Reentrada autorizada

Desorientación en espera.

Como si la espera no fuera precisamente lo que estaba desorientando.

Salieron al exterior a las 09:17.

La calle ya había subido medio grado y la plaza devolvía una luz más dura. Elena se detuvo apenas cruzaron el umbral principal.

—Necesito sentarme.

Ahora sí había un banco, pero estaba al otro lado de la explanada. Un banco bonito, estrecho, sin respaldo, bajo una sombra insuficiente. Neira la condujo hasta allí con una mano en el codo y otra sosteniendo la carpeta, la botella y la rabia.

Se sentaron.

Ninguna habló durante un rato.

Al fondo, un grupo de trabajadores accedía por la puerta lateral con sus tarjetas visibles y un ritmo de mañana normal, café en vaso de cartón, conversación a medias, la prisa conocida de quien empieza turno sin pensar todavía en la forma material de su edificio. La puerta los reconocía a tiempo. La ciudad les abría sin drama el día. Neira miró esa facilidad como si perteneciera a otra especie de vínculo.

Elena apoyó la cabeza unos segundos en su hombro.

—No era dentro —dijo.

Neira la oyó respirar antes de continuar.

—La espera era el sitio.

La frase dejó el banco, la plaza y la mañana entera bajo una luz nueva y desagradable. No habían fallado solo una sala ni una validación. El daño estaba en el tramo mismo donde se suponía que aún no pasaba nada. En el tiempo muerto que ya decidía quién podía seguir siendo acompañado y quién empezaba a quedarse solo antes de tiempo.

Neira miró la hoja de reentrada, el borde verde, la educación perfecta de la nueva oportunidad.

Comprendió entonces que la consecuencia irreversible de aquella mañana no era perder una cita.

Era haber aceptado entrar en un sistema donde esperar ya contaba como una forma de separación.

Capítulo 7

Los criterios

La nueva cita quedó a las 12:10 y convirtió la mañana en una superficie rota.

Neira acompañó a Elena de vuelta a casa despacio, con el sol ya más alto y la sensación de que el día se había dividido en dos mitades inútiles: la que habían gastado esperando y la que ahora

quedaba hipotecada por la necesidad de volver a empezar. En la calle aún circulaba esa compostura vieja de las mañanas laborables: tenderos sacando el segundo cajón de fruta, persianas metálicas a media altura, un hombre regando la acera delante de su bar. Todo seguía teniendo aspecto de normalidad usada.

Elena subió el portal en silencio. En el rellano del segundo piso se detuvo para recuperar aire junto a la ventana alta donde antes, cuando Neira era más joven, solía haber un tiesto enorme con cintas colgando. Ahora quedaba solo el círculo pálido de humedad vieja en el alféizar.

—No vuelvas a bajar sola —dijo Neira.

Elena no la miró.

—No he bajado sola.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí.

Ese sí no concedía nada.

Dentro de casa, la penumbra de persianas a medias tenía un espesor de hora suspendida. La sopa de la noche anterior seguía en una olla pequeña, el vaso con la rodaja de limón de ayer estaba ya vacío junto al fregadero y sobre la mesa del salón seguía abierta la libreta del mapa con la frase escrita a mano.

por aquí te dejan sola antes

Neira la vio de reojo mientras dejaba a Elena en el sillón y le acercaba agua. Le produjo la incomodidad precisa de las frases que todavía parecen observación íntima y empiezan a revelar una ley.

—Descansa un rato —dijo.

—No quiero dormir.

—No he dicho dormir.

Elena giró la cara hacia la ventana. Fuera, una brigada municipal estaba cambiando una placa de orientación peatonal. Dos operarios sostenían el poste mientras una chica más joven, con chaleco claro, comprobaba en una tableta la correspondencia del código. La escena tenía algo antiguo y nuevo a la vez, como si una ciudad de mantenimiento manual hubiera aprendido a obedecer mejor sin dejar por eso de cargar tornillos, sudor y mala postura.

—Antes ponían los carteles donde hacía falta mirar —dijo Elena.

Neira estaba ya recogiéndose el pelo otra vez.

—Ahora también.

—No.

Elena señaló con la barbilla el exterior.

—Ahora los ponen donde hace falta que no te pares.

Neira no quiso discutir. Le dejó la botella cerca, abrió un poco más una persiana lateral para que entrara claridad sin calor y salió al rellano a llamar a Tomás.

Contestó al tercer tono.

—¿Cómo ha ido la reentrada?

Neira miró la escalera, la pintura desconchada en el ángulo del descansillo, el latiguillo viejo del ascensor interior recorriendo la pared como una vena externa.

—No ha habido reentrada.

Silencio corto.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que pasa cuando dejas a alguien diez minutos en una sala sin saber si va a ser llamada con su nombre o con otro. Ha interrumpido la secuencia. La han devuelto al final.

Tomás soltó aire.

—Joder.

No era habitual oírle esa clase de palabras. Precisamente por eso no alivió nada.

—Necesito saber qué criterio están usando —dijo Neira.

—¿Para qué?

—Para que no vuelva a pasar.

—No te lo van a dar así.

—Entonces dímelo tú.

—No lo sé exacto.

Neira cerró los ojos un segundo.

—Tomás.

—Sé partes.

—Pues partes.

Él tardó demasiado en decidir si convenía seguir hablando. Cuando lo hizo, bajó la voz, aunque no había nadie con él que Neira pudiera oír.

—No hay un criterio único. Hay una tabla de priorización compuesta.

—Eso ya lo imaginaba.

—Movilidad dura, presencia tutelar fuerte, riesgo clínico inmediato, capacidad de espera autónoma, densidad de sala, trazabilidad del vínculo, continuidad previa con el circuito.

La lista sonó razonable durante un instante.

—Capacidad de espera autónoma —repitió Neira.

—Sí.

—¿Cómo se mide eso?

—Con histórico, observación de admisión, perfil de interrupción, tipo de acompañamiento…

—Perfil de interrupción.

—Neira.

—No, sigue.

Tomás volvió a suspirar.

—No lo han inventado para Elena. Lo están aplicando en varias unidades porque dicen que si no las salas se colapsan. Si alguien no puede sostener una espera sin mediación constante, intentan que entre en otra categoría de acceso o que vaya con tutor reconocido fuerte.

Neira apoyó la frente en la pared fría del rellano.

—Yo soy mediación constante.

—Para ti sí.

—¿Y para ellos?

No hizo falta que respondiera.

Abajo, el portal se abrió y se cerró. Una vecina empezó a subir despacio cargando una bolsa de tela con cebollas asomando por arriba. Saludó con un gesto de mentón que Neira devolvió casi sin verla.

—¿Qué es vínculo fuerte? —preguntó.

Tomás contestó enseguida, como si esa definición sí la tuviera muy ensayada.

—Convivencia acreditada, tutela formal, autorización sanitaria completa o delegado clínico en activo.

—Filiación operativa.

—Ya sé cómo suena.

—No, no lo sabes.

Hubo una pausa.

—Lo suficiente.

Neira miró la ventana del rellano. Desde allí se veía un trozo mínimo de calle, una lona verde encima del ultramarinos viejo, dos macetas en una cornisa, el reflejo blanco de una pantalla pública donde ahora mismo quizá alguien consultaba tiempos de paso o temperatura. Una ciudad entera podía reducirse a ese rectángulo si una se cansaba bastante.

—Entonces dime otra cosa —dijo—. ¿Qué criterio permite que alguien espere más por venir con la persona que de hecho la acompaña?

Tomás tardó en responder.

—El de optimización de recursos vinculados.

Neira se echó a reír, muy bajo.

—Perfecto.

—No digo que esté bien.

—No. Solo dices el nombre correcto.

—Es mi trabajo.

La frase la irritó menos de lo que esperaba. Quizá porque también era el suyo. O había sido el suyo hasta hacía poco, antes de notar que nombrar bien una degradación no la hacía más habitable.

—A las doce vuelvo —dijo.

—Yo puedo moverte una nota de presencia estable.

—¿Sirve?

—Hoy quizá no. A medio plazo, puede ayudar.

—Hazlo.

—Tarda.

—Claro que tarda.

Cortó antes de escuchar la despedida.

Dentro, Elena seguía sin dormir. Tenía la libreta cerrada sobre el regazo y miraba la televisión apagada como si esperara que el reflejo le devolviera otra habitación.

—¿Te han dicho algo útil? —preguntó.

Neira fue directa a la cocina. Sacó pan, un trozo de queso fresco, dos melocotones. Necesitaba usar las manos para no seguir oyendo la lista de Tomás dentro de la cabeza.

—Que tienen criterios.

—Eso ya lo sabíamos.

La serenidad de Elena la desarmó.

—Sí.

—¿Y cuáles son?

Neira dejó el cuchillo sobre la tabla.

—No todos. Pero algunos.

Elena esperó.

—Les gusta la gente que sabe esperar sola —dijo Neira al final.

Elena la observó con una expresión rarísima, medio compasiva, medio cansada de que ciertas obviedades llegaran tan tarde.

—A las ciudades también.

Comieron poco.

A las once y veinte, mientras Elena se cambiaba la blusa por otra más ligera, sonó por fin Diego . No llamada. Mensaje.

He visto lo de la cita. Si queréis voy yo a la de las 12:10.

Neira leyó dos veces el si queréis.

Contestó sin pensar demasiado.

Ya estamos encima. Si vas, llegas a sostener el criterio, no a acompañarla.

Diego respondió casi al momento.

No empieces. Solo intento ayudar.

No contestó.

Volvieron a salir a las once y treinta y siete.

La calle había cambiado de época en tres horas. La mañana civil se había endurecido en una luz más blanca, más enemiga de la pausa. Los toldos del comercio antiguo seguían allí, descoloridos, algunos cosidos dos veces, pero ya no bastaban para producir un fresco real. Las sombras útiles pertenecían a los dispositivos municipales, no a las fachadas.

Neira decidió no ir por la ruta más corta.

Eligió una más larga, con soportales viejos, tiendas pequeñas, un tramo de baldosas rotas que la ciudad llevaba años prometiendo rehacer y una plaza donde todavía quedaban tres bancos de hierro de los de antes, con respaldo y sombra natural a media mañana. Perdían siete minutos. Ganaban respiro.

Elena no comentó la elección hasta la segunda esquina.

—Has cogido la calle de las mercerías.

Neira miró alrededor. Ya no quedaban mercerías. Quedaba una tienda de arreglos con el rótulo antiguo despintado, una papelería

cerrada desde hacía meses y un local de llaves y mandos donde antes había habido una casa de botones. Pero el nombre seguía teniendo sentido, al menos en boca de Elena.

—Sí.

—Aquí me traías de pequeña.

Neira la miró.

—¿Yo?

Elena sonrió apenas.

—No. Tú no. La otra yo.

La frase habría podido herirla si no hubiera llegado con tanta naturalidad. En vez de eso le produjo un cansancio más fino, casi tierno.

—¿Tu madre?

—Mi madre y luego yo sola. Había una señora que guardaba cremalleras por colores en cajones bajos. Si no encontraba una, decía espera, que seguro que queda una del fondo. Y siempre quedaba.

Caminaron unos metros más en silencio.

A Neira le impresionó la nitidez con que Elena podía recordar la economía moral de una mercería desaparecida y, al mismo tiempo, perder la secuencia de una cita de esa misma mañana. No era solo memoria. Era una jerarquía de lo que el tiempo había dejado accesible.

Al girar hacia la plaza de los bancos, Elena se detuvo sola y se sentó sin pedir permiso. Neira no protestó. Agradeció la pausa también para sí.

En la plaza había un quiosco cerrado convertido en punto de recarga, dos jubilados jugando una partida lenta de cartas sobre una mesa plegable y una fuente pequeña que ya no daba agua, aunque conservaba la taza de piedra con las marcas del uso. En las fachadas quedaban balcones con cañizo, tubos viejos de gas anulados, manchas cuadradas donde antes habían colgado aires domésticos. Era una ciudad de capas amputadas y remiendos, recodificada por encima sin borrar del todo los gestos anteriores.

—Aquí sí se podía esperar —dijo Elena.

Neira se sentó a su lado.

—Cinco minutos.

—No te pido diez.

La corrección la hizo bajar la cabeza.

A las doce y seis llegaron de nuevo a la unidad.

Esta vez la fila era más corta, pero el interior estaba más lleno. La luz del vestíbulo tenía ya un desgaste de media mañana y las caras de la gente también. Un niño dormía atravesado sobre dos sillas. Una mujer abanicaba con un impreso doblado a otra más mayor que mantenía los ojos cerrados. En el monitor, las frases de agradecimiento seguían impecables.

Neira se acercó al mostrador con la cita nueva abierta.

La auxiliar de antes ya no estaba. En su lugar había un hombre de unos cincuenta, gafas sin montura y una corrección de funcionario antiguo reciclada en interfaz contemporánea. No miraba deprisa. Tampoco lento. Miraba como si aún creyera que observar bien las cosas las volvía más justas.

—Elena Vives. Reentrada autorizada.

El hombre leyó la hoja, luego la pantalla, luego a Elena.

—Sí. Hubo interrupción de secuencia.

El modo limpio en que pronunciaba la frase resultaba casi insoportable.

—Sí —dijo Neira—. Porque no puede esperar sola sin saber cuándo la llaman.

—Comprendo.

—¿De verdad?

Él sostuvo su mirada sin ofenderse.

—Comprendo el problema. No siempre puedo corregir el marco.

Aquello la desconcertó un instante.

—Entonces al menos explíqueme el marco.

El hombre apoyó dos dedos sobre el borde del mostrador.

—Se lo explico si me deja ser corto.

—Sea corto.

—Tenemos capacidad limitada y demanda creciente. Si una persona requiere acompañamiento constante pero ese acompañamiento no entra en categoría de presencia fuerte, el sistema la trata como caso mixto. Son los casos más inestables: consumen más tiempo, generan más incidencias y penalizan la sala si se interrumpen.

—Penalizan la sala.

—En términos operativos.

—Claro.

El hombre asintió apenas, aceptando la violencia del lenguaje sin intentar maquillarla.

—Por eso el circuito premia dos cosas —siguió—. O autonomía de espera. O vínculo formal robusto.

Neira notó un frío raro bajo el esternón. No por la novedad. Por la claridad.

—Y todo lo que queda entre medias.

—Se congestiona.

No había ironía en él. Solo exactitud.

Detrás, Elena había apoyado una mano en el mostrador.

—Yo no congestiono nada —dijo.

El hombre la miró entonces con una atención distinta, más humana y más triste porque no iba a cambiar nada.

—No, señora. Usted no.

—Entonces no lo diga así.

Durante un segundo nadie habló.

A Neira le sorprendió la vergüenza leve que pareció cruzarle la cara. Lo justo para dejar claro que no era un monstruo, solo alguien que llevaba demasiado tiempo viviendo dentro del nombre correcto de las cosas.

Revisó otra vez la pantalla.

—Puedo hacer una excepción de permanencia ampliada —dijo —. No completa. Pero ampliada.

Neira se quedó quieta.

—¿Cuánto?

—Hasta llamada clínica, si no hay saturación súbita.

—¿Por qué ahora sí?

Él tardó en responder.

—Porque la nota de reentrada deja constancia de desorientación en espera. Y porque ahora mismo tengo margen.

Margen.

La palabra la golpeó más que las otras. Porque era la única verdadera.

—¿Y si hubiéramos venido con Diego ?

El hombre no respondió enseguida.

—Habría entrado mejor desde el inicio.

Neira asintió despacio.

Ya no necesitaba más explicación. Los criterios, por fin, tenían una forma legible. No eran errores. Ni maldad. Ni simple torpeza. Eran una gramática entera de clasificación sobre qué cuerpos, qué parentescos y qué modos de sostener a alguien merecían fluidez, qué otros merecían demora y cuáles quedaban atrapados en la zona mixta donde todo seguía siendo posible pero cada vez más caro.

Pasaron.

Esta vez Neira se quedó junto a Elena en una sala lateral más pequeña, con dos ventanas altas opacadas por lamas viejas que alguna reforma había conservado por ahorro o por pereza. Entre las rendijas se colaba una luz amarilla, casi de edificio anterior, y durante unos segundos la habitación dejó de parecer una pieza estándar del presente. Elena la siguió con la vista.

—Esto antes era otra cosa.

—¿Qué?

—Administración. O archivo. Algo donde la gente venía con carpetas y se sentaba bien.

Neira miró las lamas, la pintura rehecha a medias, la marca rectangular más oscura en la pared donde quizá había colgado un mueble. Pensó en cuántos edificios de la ciudad seguían funcionando por dentro con capas de otros usos, otras normas, otras velocidades ya comidas por encima.

Cuando por fin llamaron a Elena, Neira pudo acompañarla hasta la antesala de exploración. No mucho más. Pero lo suficiente para que Elena no se despegara de la secuencia. Lo suficiente para que esta vez el sistema no la arrojara fuera por no saber esperar como debía.

Salieron a las 12:53.

No había pasado nada espectacular. Una evaluación, dos recomendaciones, otra revisión en quince días, el mismo edificio, la misma luz dura en la plaza. Y, sin embargo, algo se había desplazado de manera irreversible.

En la sombra estrecha de un plátano, mientras Elena bebía agua a pequeños sorbos y un camión de reparto pasaba sin poder doblar bien la esquina por culpa de unas jardineras nuevas, Neira entendió por fin lo que la estaba desgastando tanto.

No era solo acompañar a Elena.

Era vivir dentro de una ciudad que ya no distinguía entre cuidar

y congestionar.

Y una vez visto eso, ya no podía seguir llamando incidencia a lo que en realidad eran criterios.

Capítulo 8

La rutina

A la mañana siguiente, Neira se despertó antes de que sonara nada.

No por disciplina. Por cálculo.

Abrió los ojos con la lista ya formada, como si hubiera pasado la noche copiándose sola en algún lugar del cuerpo: revisar la pauta nueva de Elena, confirmar la compra que no había llegado, bajar a por pan blando, llamar al servicio de apoyo domiciliario para reprogramar la franja, comprobar si el filtro del grifo seguía marcando cambio pendiente, recoger la ropa tendida antes de que diera el sol al patio, responder a dos mensajes atrasados del trabajo, mirar si Diego había vuelto a escribir, decidir si convenía contárselo a Tomás con menos rabia, encontrar un hueco para ducharse.

La lista no tenía nada heroico. Ese era precisamente el problema.

La cocina olía a café recalentado, a detergente barato y a una humedad persistente que venía del patio interior. Desde la ventana

entraba una luz gris de hora temprana y el zumbido del primer camión de limpieza. Abajo, alguien arrastraba un cubo con ruedas. En el tercero izquierda sonó una radio muy baja, un boletín local con voz masculina y ceremoniosa.

Neira puso agua a hervir y abrió la libreta de la mesa.

La había dejado allí Elena la noche anterior, cerrada por la mitad de un bolígrafo. En la página nueva había tres palabras escritas con una letra más insegura que la de otros días.

comprar gasas blandas

Neira apoyó la mano en el borde de la mesa.

Gasas blandas.

No era una gran revelación. No era una escena trágica. Era una de esas instrucciones diminutas que sostenían el mundo real con más eficacia que cualquier declaración de vínculo. Elena seguía sabiendo lo que hacía falta comprar. Seguía detectando el tipo exacto de gasa que no irritaba la piel. Seguía dejando notas como quien ata discretamente una esquina del día para que no se deshilache.

El agua empezó a temblar en el cazo.

Antes, pensó Neira, todo esto no parecía una rutina. Parecía la vida.

Puso dos tazas. Sacó las pastillas de la mañana y las alineó sobre el plato pequeño de loza desportillada que Elena usaba para no tragárselas directamente de la mano. Cogió el pan de ayer, todavía suficiente para hacer tostadas si se humedecía un poco antes. Abrió la nevera y vio en seguida lo que faltaba: yogures suaves, fruta de morder fácil, la crema de verduras que a Elena le gustaba tomar tibia, no caliente. También faltaban cosas suyas, pero el ojo iba primero a las otras.

Del salón llegó el ruido del sillón al incorporarse.

—¿Qué hora es? —preguntó Elena.

La voz venía todavía espesa de sueño, pero no desorientada.

—Las siete y ocho.

—Es pronto.

—Sí.

Elena apareció en la puerta con la bata abrochada un botón mal y el pelo aplastado por un lado. Se quedó un momento mirando la cocina como si comprobara que el lugar seguía donde debía. Luego

señaló la libreta.

—No te olvides de eso.

—No.

—Las otras raspan.

—Lo sé.

Elena asintió, satisfecha no tanto por ser obedecida como por haber confirmado que alguna parte de su criterio seguía operativa en el mundo.

Se sentó despacio.

Neira le acercó el café con leche, la taza más pesada para que no volcara fácil, y esperó a que tomara la primera pastilla.

Había una coreografía entera en esos minutos. La distancia justa del vaso. El orden correcto para no mezclar sabores. El tiempo que convenía dejar entre una cápsula y otra. La cuchara pequeña a la derecha por si el temblor aparecía. El cojín detrás de la espalda antes de que lo pidiera. La servilleta doblada en cuatro, no en dos, porque así Elena la manejaba mejor.

Todo eso se había aprendido a base de días. De repeticiones minúsculas. De irritaciones. De correcciones mutuas. De haber vivido suficiente como para que el cuidado dejara de parecer un conjunto de gestos nobles y adquiriera, por fin, la forma exacta de una técnica doméstica.

—Hoy no salgas dos veces —dijo Elena.

Neira estaba untando aceite en las tostadas.

—¿Cómo?

—Si bajas, baja para todo.

—Sí.

—Y no vayas a la tienda nueva.

—¿La de la esquina?

—No saben cortar bien el fiambre.

Neira casi sonrió.

—No voy a comprar fiambre.

—Ya.

Elena la miró por encima de la taza.

—Pero luego compras otra cosa y te dejas otra y acabas bajando dos veces.

La claridad del diagnóstico la dejó quieta un momento.

—Puede ser.

—Haz lista.

Neira levantó la libreta.

—Estoy en ello.

Elena tomó un sorbo, satisfecha otra vez. Había en eso un modesto orgullo profesional, como el de quien sigue sabiendo hacer su trabajo aunque el puesto ya no exista del todo.

Cuando volvió al salón, Neira se quedó sola en la cocina con la libreta abierta y la sensación, no nueva pero sí más visible, de que la mañana ya estaba organizada por una inteligencia compartida cuya distribución se había vuelto inestable. Ella hacía. Elena todavía veía cosas. Entre ambas seguían sosteniendo una rutina que desde fuera podía parecer simple. Desde dentro era una máquina delicadísima.

A las ocho menos cuarto llamó al servicio de apoyo.

Una música de espera breve, luego una voz educada.

—Unidad de acompañamiento ligero, buenos días.

Ligero.

Neira apoyó la cadera en la encimera.

—Buenos días. Quería reprogramar la franja de hoy para Elena Vives. Ayer salimos de la revisión con nueva pauta y necesito cubrir la tarde.

Tecleo.

—Un momento, por favor.

Esperó de pie, mirando el patio. Una vecina joven tendía bodis de bebé en un alambre. En la azotea de enfrente un hombre golpeaba una alfombra doblada sobre la barandilla con una paciencia de otra época. Más arriba, un dron de reparto cruzó el rectángulo de cielo sin ruido suficiente para imponerse al resto.

—Gracias por esperar. Tengo disponible una ventana de apoyo entre 17:40 y 18:10.

Neira cerró los ojos.

—Treinta minutos.

—Es lo disponible en su zona.

—Necesito ayudarla con aseo, medicación y preparación de cena ligera. Treinta minutos no me cubren ni el traslado interno.

—Puedo dejar nota de necesidad ampliada.

—¿Y de qué sirve?

Silencio profesional.

—Deja constancia para revisión de intensidad.

Otra vez el mismo idioma de siempre: constancia, revisión, intensidad. Como si la vida se sostuviera a base de nombres correctos puestos a la escasez.

—Déjela —dijo.

—Hecho. ¿Confirma la ventana?

Neira miró la hora. Pensó en su propia reunión desplazada de las cinco. En el supermercado. En las gasas. En el filtro del grifo. En la ducha.

—Confirma.

Colgó.

A continuación abrió la aplicación de compra. Cuatro artículos aparecían marcados como no disponibles. Dos como reemplazados por equivalentes peores. La fruta había subido otra vez. La leche sin lactosa de Elena solo permitía entrega al día siguiente.

Canceló.

Iría en persona.

Esa decisión, tan pequeña, movió varias piezas a la vez. Si bajaba a comprar, tenía que dejar a Elena con la pauta ya tomada y el móvil cargando junto al sillón. Si iba al mercado de abajo, tardaría menos, pero las gasas blandas no las tenían. Si ampliaba hasta la farmacia del paseo, encontraría las gasas y seguramente mejor pan, pero llegaría tarde al bloque de trabajo. Si aprovechaba para pasar por la droguería antigua, podría preguntar por el filtro compatible del grifo, porque allí todavía había un hombre que sabía mirar una rosca sin pedir código.

La ciudad seguía funcionando así, pensó. No por la supuesta integración de servicios, sino por la suma imprevisible de personas que aún sabían cosas concretas.

A las ocho y media salió con el carro de tela azul y la lista doblada en el bolsillo.

En la calle ya se había encendido la rutina general. Los bares de desayuno estaban a medio llenar de obreros, personal de limpieza, administrativos tempranos y jubilados con periódico compartido. Los toldos proyectaban sombras breves sobre aceras demasiado estrechas para todo lo que se pretendía hacer en ellas. Una motocicleta de mantenimiento municipal dormía atravesada junto a una maceta inteligente que pedía recarga de agua. Desde un balcón

alguien sacudía una manta. Desde otro, una mujer regaba geranios con una botella reutilizada de detergente. La ciudad tenía aspecto de haber aprendido a sobrevivirse a sí misma por acumulación de apaños.

Neira bajó primero a la panadería vieja.

Allí sí había cola, pero de la que obedecía a otro tiempo. Tres personas. Una dependienta que conocía demasiadas caras. El olor a harina caliente y mantequilla como una forma no digital de orientación. En la pared seguía el calendario de un taller mecánico del año anterior, porque nadie había tenido energía suficiente para cambiarlo y en el fondo eso daba igual.

—¿Lo de siempre? —preguntó la panadera.

Neira pensó en contestar que lo de siempre ya no existía, pero solo dijo que sí.

Pan blando, dos ensaimadas pequeñas, una barra fina para ella si luego le quedaba hambre.

—Tu madre no baja estos días.

Neira tardó una décima en corregir internamente la palabra.

No era su madre.

Tampoco iba a explicarlo.

—Está más cansada.

La panadera asintió con esa mezcla de curiosidad y pudor aprendido que todavía sobrevivía en los comercios de barrio: preguntar lo suficiente para cuidar, no tanto como para invadir.

—Dale recuerdos.

Siguió.

En la farmacia del paseo no estaba la auxiliar joven que intentaba vender siempre la alternativa homologada de la plataforma. Estaba Marta, que debía de rondar los sesenta, con pelo muy corto y una manera de leer los prospectos como si hubiera convivido con cada uno.

—Necesito gasas blandas, de las que no raspan.

Marta ni sonrió.

—Ya sé cuáles dices.

Sacó dos paquetes de un cajón bajo sin consultar pantalla.

—Estas todavía vienen bien. Las otras han cambiado el tejido.

Neira se quedó mirándola.

—¿Todavía vienen bien?

—Hasta que dejen de venir bien.

Añadió una crema barrera que Elena no había pedido pero usaría, y le explicó en dos frases cuándo convenía más que la estándar. Luego bajó la voz.

—Las pautas nuevas de la unidad están dando guerra, ¿eh?

Neira alzó la vista.

—¿Se nota tanto?

—Se nota en quién viene con prisa, en quién vuelve dos veces, en quién compra más de una cosa para prevenir.

Pagó sintiendo otra vez esa extraña mezcla de consuelo y rabia: la ciudad sabía. La ciudad entera estaba llena de gente que detectaba el deterioro en síntomas de detalle. Solo que ese saber circulaba lateralmente, en mostradores, filas y cocinas, sin capacidad de corregir el marco.

Salió cargada con más peso del previsto.

En la droguería, el hombre de la rosca efectivamente siguió allí. Le pidió una foto del filtro, miró la medida a ojo y le vendió una pieza compatible envuelta en un papel amarillento donde aún se leía, impreso en azul, el nombre antiguo del local. Droguería industrial y doméstica. Debajo, una dirección que ya no existía con esa numeración.

De vuelta a casa el carro pesaba, el sol ya daba en la esquina mala y Neira sintió por primera vez en días un enfado limpio, no disperso. No estaba cansada solo de acompañar. Estaba cansada de gestionar los huecos entre sistemas parciales, de hacer de interfaz humana entre tiempos mal acoplados, de convertir cada mañana en una pequeña operación logística para que otra persona pudiera vivirla sin humillación.

Subió despacio.

Elena estaba en el salón con el cuaderno de tapas verdes abierto sobre las rodillas y unas gafas viejas puestas demasiado abajo. No leía. Revisaba una lista antigua.

—Has tardado —dijo.

—Había cola.

—¿Has ido a la farmacia buena?

—Sí.

—Bien.

Neira dejó las bolsas encima de la mesa y empezó a sacar cosas.

El gesto tenía algo de inventario y algo de prueba de amor. Pan. Yogures. Melocotones. Gasas. Crema. El filtro. Un bote pequeño de aceitunas que había cogido sin pensar porque Elena antes siempre decía que la nevera vacía se notaba primero en los caprichos.

—Esto no hacía falta —dijo Elena, señalando las aceitunas.

—Ya.

—Pero está bien.

Neira siguió ordenando.

—He llamado al apoyo.

—¿Y?

—Treinta minutos.

Elena soltó un sonido seco, casi una risa sin humor.

—Treinta minutos para ayudar a vivir.

—Entre 17:40 y 18:10.

—Hora perfecta para no llegar a nada.

La precisión del comentario la dejó de nuevo sin defensa.

Durante el resto de la mañana la rutina se desplegó con una nitidez brutal. Lavar la taza que Elena prefería usar dos veces. Revisar si había suficiente jabón suave en el baño. Cortar la fruta de una manera concreta para que no se escurriera. Comprobar que la funda del cojín no le rozara el cuello. Recargar la batería del lector de temperatura. Llamar a la empresa del ascensor para preguntar por el tirón del último tramo. Escuchar medio minuto a la vecina del cuarto hablar de su hermano ingresado y asentir sin prisa porque también eso formaba parte de la infraestructura real de una casa.

A la una y media, cuando por fin se sentó a abrir el portátil, el día ya parecía usado.

Tenía cuatro correos urgentes, una reunión recolocada y dos avisos del sistema interno pidiendo regularización de franjas. Miró la pantalla, luego el pasillo, luego la puerta del baño donde Elena tardaba un poco más de la cuenta.

Se levantó antes de leer el primer correo.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. No entres.

Esperó fuera oyendo el ruido pequeño del grifo, el roce de una toalla, el golpecito del cepillo contra el vaso. Minucias. Todo estaba hecho de minucias. Y cada una exigía estar pendiente no porque

ocurriera una catástrofe, sino para evitar la suma diaria de pequeñas derrotas.

A las tres, mientras Elena dormía por fin media siesta oblicua en el sillón, Neira se hizo una tortilla francesa de pie, casi sin hambre. Miró la cocina. El pan ya guardado. La compra colocada. Las pastillas de tarde preparadas. La gasa nueva al alcance. Parecía que nada hubiera costado demasiado. Ese era el engaño central de la rutina bien hecha: suprimir las huellas de su propio esfuerzo.

Pensó entonces, con una claridad que le dio vergüenza, que ella también estaba siendo sostenida.

No solo por el afecto. Por la pericia.

La mañana no se había salvado gracias a un sistema de apoyos. Se había salvado porque Elena seguía sabiendo qué gasa no raspaba, qué tienda cortaba mejor, cuánto pan convenía subir para no obligar a bajar otra vez, cuándo una persiana debía cerrarse antes de que el patio devolviera el calor. Incluso cansada, incluso perdiendo cosas, seguía corrigiendo el mundo desde dentro de su desgaste.

A las 17:52 llamó el timbre.

La trabajadora de apoyo llegó con doce minutos de retraso, una mochila vencida sobre un hombro y la cara de quien ya había pedido perdón tres veces en otros pisos antes de llegar a ese.

—Lo siento muchísimo. Se me ha encadenado un retorno y luego el ascensor de la finca de Canuda estaba bloqueado.

Neira miró la hora y apartó.

—Pasa.

No sentía fastidio. Sentía una lucidez inmóvil.

Aquello no era ayuda. Era un relevo exhausto dentro de una cadena exhausta.

Y, si esa rutina se rompía del todo, no se vendría abajo solo Elena.

Se vendría abajo también la parte de Neira que llevaba demasiado tiempo viviendo dentro de ese andamiaje sin reconocerlo.

Capítulo 9

La confusión

La primera vez que Elena la llamó Clara, Neira creyó que había oído mal.

No fue una escena grande. Ni una caída. Ni una frase rota en mitad del aire. Fue en la cocina, al final de una tarde pegajosa, mientras Neira escurría unas gasas recién humedecidas y Elena, sentada a la mesa con los dedos apoyados en el borde del mantel, observaba cómo la luz se iba retirando de la pared.

—Clara, no las dejes tan mojadas —dijo.

Neira tardó un segundo en girarse.

—¿Qué?

Elena parpadeó, como si también ella hubiera oído a otra persona hablar por su boca.

—Que luego enfrían demasiado.

Neira dejó la gasa sobre el plato.

—Me has llamado Clara.

Elena la miró sin sobresalto. No había vergüenza en su cara. Tampoco desafío. Solo una atención cansada, la de quien intenta decidir si merece la pena discutir con algo que todavía no se ha terminado de formar.

—Puede.

—¿Quién es Clara?

Elena desvió la vista hacia la ventana de la cocina, donde la persiana a medio bajar dibujaba una escalera de luz pálida sobre el suelo.

—Una mujer que esperaba bien.

La frase cayó con una rareza limpia, sin pedir explicación.

Neira sintió un tirón mínimo en el estómago.

—Eso no responde.

Elena sonrió apenas, no con ironía, sino con una especie de ternura agotada.

—Ya. Pero es lo que me ha salido.

Afuera, en el patio interior, alguien sacudía una alfombra y una radio dejaba escapar una canción vieja que Neira reconoció sin poder nombrarla. Llevaban dos días sin incidencias visibles. Dos días casi buenos, si se aceptaba esa clase de bondad: medicación a tiempo, apoyo corto pero suficiente, una noche sin llamadas de Diego , una mañana en que Elena había recordado sola dónde estaba la camiseta de manga fina que no le rozaba el cuello. Precisamente por eso la confusión resultó más cruel. No venía como consecuencia lógica del cansancio ni del estrés ni de una mala espera. Venía en medio de la rutina recompuesta, como si el deterioro eligiera a propósito los momentos en que una baja la guardia.

—No conozco a ninguna Clara —dijo Neira.

Elena apoyó la palma sobre el mantel, siguiendo con el dedo una vieja mancha de café que no terminaba de salir.

—Yo tampoco del todo.

—Entonces por qué me llamas así.

Elena tardó en responder. Después levantó un poco la barbilla hacia la encimera.

—Porque tú haces las cosas en el orden correcto cuando estás nerviosa.

Neira la miró.

—Eso tampoco significa nada.

—Significa algo.

No discutió más. Terminó de preparar las gasas, limpió la mesa, dejó la cena casi montada y procuró hablar de otras cosas. Del filtro del grifo, que seguía goteando un poco. De la llamada pendiente de la unidad. Del calor retenido del edificio. Elena contestó con normalidad incompleta, entrando y saliendo de la conversación como quien atraviesa habitaciones conocidas a las que de pronto les faltan puertas. No volvió a llamarla Clara en toda la tarde. Eso no

tranquilizó nada. Solo dejó la palabra flotando en un rincón de la casa, como si perteneciera ya al mobiliario.

Esa noche Neira buscó en los cajones del salón.

No lo hizo enseguida. Esperó a que Elena se durmiera en el sillón con la cabeza doblada hacia el lado izquierdo, la forma en que dormía cuando no quería admitir que tenía sueño. Le subió una sábana ligera por las piernas, apagó la televisión sin sonido y se sentó en el suelo frente a la estantería baja de los papeles viejos.

Había planos del distrito, recibos guardados por costumbre, dos carpetas con garantías de electrodomésticos que ya no existían, fotografías sin fecha detrás y una guía de transporte de hacía años. En el tercer cajón encontró un sobre marrón con fotos pequeñas reveladas en papel malo. Familias delante de fachadas, fiestas de barrio, una mesa larga bajo bombillas de verano, niñas con calcetines blancos en una plaza todavía sin pavimentar del todo.

En una de las fotos aparecía Elena, mucho más joven, con un vestido claro, el pelo sujeto atrás y una expresión seria, casi distraída, mientras colocaba algo sobre un banco de madera. A su lado había otra mujer de perfil, delgada, con una chaqueta de punto anudada a la cintura. No se le veía bien la cara. Detrás de ambas, medio borrado por un pliegue del papel, había un rótulo que decía SALA DE ESPERA VECINAL.

Neira acercó la foto a la lámpara.

La mujer del perfil podía tener cuarenta años o cincuenta. Llevaba una bolsa de tela en una mano y la otra apoyada sobre el respaldo del banco, como si lo estuviera probando antes de sentarse. En el borde blanco de la foto, escrita con bolígrafo azul ya casi gastado, aparecía una fecha incompleta y dos palabras legibles.

Clara. Julio.

Neira notó un frío mínimo en los brazos.

Volvió a mirar a Elena dormida. La boca entreabierta apenas. Las manos recogidas sobre el vientre. La cabeza ladeada hacia una luz que ya no estaba.

No supo si lo peor era descubrir que Clara había existido o comprobar que la foto no aclaraba nada. Podía haber sido una hermana, una vecina, una prima, una compañera de algo. Podía haber sostenido una parte importante de la vida de Elena o apenas una tarde de verano. El problema no era no saber quién era. El problema era que Elena la había convocado desde un lugar al que

Neira no tenía acceso.

Durmió mal.

Soñó con salas de espera encajadas unas dentro de otras, con bancos de madera que se estrechaban hasta volverse barras de apoyo y con Elena avanzando por un pasillo donde todas las puertas parecían correctas hasta abrirse demasiado tarde.

A la mañana siguiente, Elena no recordó haber dicho el nombre.

—No sé quién es Clara —dijo mientras untaba mermelada en una tostada con concentración excesiva—. ¿Te lo he dicho yo?

—Sí.

—Entonces por algo será.

La tranquilidad de la respuesta la exasperó más que una negación.

—No te preocupa.

Elena levantó la vista.

—Me preocupa más no saber por qué te preocupa a ti.

Neira dejó la taza sobre la mesa.

—Porque me llamaste así. Porque luego encontré una foto. Porque no sé qué parte de lo que recuerdas me incluye y qué parte no.

Elena escuchó sin apartarse. Cuando terminó, recogió con la yema del dedo una migaja del mantel.

—Eso nunca lo has sabido del todo.

La frase era cierta y por eso dolió más.

No siguieron por ahí. A media mañana tocaba pasar por el antiguo eje del mercado para recoger una autorización de suministro doméstico que central seguía negándose a enviar en formato limpio. Neira podía haberlo delegado. No quiso. Necesitaba salir con Elena a un espacio menos estrecho que la casa, comprobar si el aire exterior ordenaba algo o lo empeoraba.

Tomaron la calle de las mercerías y luego la bajada hacia la plaza vieja del mercado.

El calor todavía no se había puesto cruel, pero ya empezaba a subir desde las baldosas con esa insistencia gris de los días que prometen agotarte antes del mediodía. Elena caminaba bien los primeros metros, apoyándose apenas en el brazo de Neira. En las fachadas quedaban toldos descoloridos, rótulos dobles, restos de cable visto y balcones donde todavía sobrevivían sillas plegables

que nadie usaba ya.

Al llegar al antiguo mercado, Elena se detuvo sola.

El edificio había sido reformado por capas hasta parecer otra cosa. La cubierta metálica nueva sobresalía sobre los muros viejos como una prótesis demasiado limpia. Donde antes hubo puestos abiertos, conversación detenida y olor a hielo derretido, ahora había un centro de abastecimiento de proximidad con entradas separadas, taquillas térmicas y una zona de recogida rápida donde nadie debía demorarse más de noventa segundos.

Elena soltó el brazo de Neira y miró el lateral oeste.

—Aquí había un banco largo.

Neira siguió su mirada.

Ahora solo había una jardinera estrecha, demasiado alta para sentarse, y una banda de circulación con flechas blancas que obligaban a bordear el edificio sin detenerse.

—Puede.

—No puede. Había.

Elena dio dos pasos más, segura de pronto, como si el espacio le devolviera una ruta escrita dentro del cuerpo.

—Y aquí estaba la mujer del hielo. Y ahí, donde han puesto esa puerta, se dejaban los carros mientras subías a buscar a alguien. Nadie te decía que no esperaras porque esperar era parte de venir.

Neira sintió que se le tensaba algo en la garganta.

No era solo la lucidez. Era la precisión material con que Elena entraba en el lugar. No dudaba. No tanteaba. Caminaba dentro de una ciudad anterior con más firmeza de la que a veces caminaba dentro de la actual.

—¿Y Clara? —preguntó antes de decidir si convenía hacerlo.

Elena se quedó quieta.

La palabra no produjo rechazo ni vacío inmediato. Produjo otra cosa. Un ajuste.

—Clara se sentaba al final —dijo despacio—. Donde daba menos el sol de las cinco.

Neira notó cómo el cuerpo le iba por delante del pensamiento.

—¿Quién era?

Elena frunció un poco el ceño. No por confusión. Más bien por esfuerzo de enfoque, como quien intenta leer una línea escrita al dorso de un cristal.

—Venía con una niña.

—¿Qué niña?

—Una que siempre llegaba sin una cosa.

La frase le cayó a Neira con una violencia muda.

—¿Sin una cosa?

Elena sonrió levemente, casi ausente.

—Sin un zapato. O sin una manga. O sin paciencia. Nunca me acuerdo de cuál faltaba, pero faltaba una.

Neira se quedó inmóvil bajo la sombra recortada de la cubierta. Oyó detrás el pitido de una taquilla térmica abriéndose, el ruido sordo de un carro automático, el aviso municipal pidiendo despejar la franja de carga. El presente seguía operando a su alrededor con una eficacia que volvía casi obsceno aquel hilo de memoria.

—Esa niña era yo —dijo en voz baja.

Elena la miró. Durante un instante no hubo duda en sus ojos. Ni ternura teatral. Ni dramatismo. Solo un reconocimiento sobrio, casi sorprendido de encontrar por fin la palabra en su sitio.

—Sí —respondió—. Tú eras la que llegaba incompleta.

Neira no supo si reír, llorar o enfadarse.

—Y Clara.

Elena tardó en contestar.

—Clara esperaba conmigo cuando tu madre no llegaba a tiempo.

La plaza se estrechó a su alrededor sin moverse.

Neira sintió primero la vergüenza, luego algo peor: una relectura súbita de muchos años vividos con el relato demasiado simple. Siempre había pensado en Elena como la mujer que la había recogido varias temporadas difíciles, la pariente imprecisa que se volvió estructura, la persona que más había estado cuando otros no podían o no sabían. Pero no había imaginado del todo la red concreta, el banco, la otra mujer, la espera compartida, la niña llegando a trozos.

—Nunca me hablaste de ella.

Elena se apoyó la mano en el pecho, no por dolor, sino como si buscara guardar una hoja que el aire podía llevarse.

—Tampoco hablábamos de casi nada de lo que se hacía para llegar a fin de día.

La frase le abrió por dentro una cavidad antigua.

Porque era verdad. Habían vivido años enteros sosteniéndose a

base de gestos, horarios, trayectos, comidas rehechas, llaves dejadas en sitios fijos y frases útiles, sin convertir ese sostén en relato. Como si nombrarlo demasiado lo volviera frágil. Como si aguantar bastara.

Neira se acercó un paso.

—Y ayer me llamaste Clara.

—Porque tú estabas esperando por mí como ella esperaba contigo.

Elena dijo la frase sin solemnidad. Como si señalara una coincidencia práctica entre dos sillas o dos horas de sombra.

—Pero no era lo mismo.

—No —dijo Elena—. Ahora esperáis peor.

La brutalidad tranquila de la frase las dejó en silencio.

Un repartidor pidió paso con un gesto automático y las obligó a apartarse de la franja. Neira tomó el brazo de Elena para moverla hacia un ensanche mínimo junto al muro lateral. Allí el aire estaba más quieto y olía a piedra caliente. Elena apoyó la espalda un momento.

—La autorización —dijo Neira, como si aún importara.

—Sí. Pero no por esta puerta.

—No hay otra.

Elena levantó la cabeza y miró la cubierta nueva, la puerta rápida, la banda blanca donde nadie debía detenerse.

—Por eso.

Entraron igual.

Dentro tardaron nueve minutos en recoger un documento que, según el sistema, estaba disponible desde primera hora. Nueve minutos de fila corta, lector lento y una dependienta amable que se disculpó dos veces sin poder acelerar nada. Elena no protestó. Se quedó mirando un punto fijo de la pared. Neira la observó desde el lado y sintió una pena sucia, no porque Elena pareciera perdida, sino porque parecía estar comparando en silencio dos ciudades y ninguna le ofrecía ya un sitio limpio donde quedarse.

Al salir, se sentaron cinco minutos en el único banco útil de la plaza, lejos del edificio.

No dijeron nada al principio. El sol había ganado ya la mitad del respaldo y una capa de polvo fino se pegaba al metal verde. Frente a ellas, una mujer repartía bolsas de compra entre dos carros y un

niño pedía agua con esa impaciencia sin culpa de quien todavía cree que el mundo debe responderle rápido.

—Clara murió pronto —dijo Elena de pronto.

Neira giró la cabeza.

—¿Pronto cuándo?

—Antes de que arreglaran la parada. Antes de que te salieran los dientes de delante.

La información llegó torcida, incompleta, y aun así bastó.

—No me acuerdo de ella.

Elena asintió.

—No hacía falta que te acordaras. Hacía falta que alguien estuviera.

El banco crujió levemente cuando Neira cambió de postura.

Sintió una gratitud tan mezclada con rabia que no supo dónde poner las manos.

—Y tú estabas.

Elena la miró con una especie de cansancio luminoso.

—A veces. Otras no. Por eso había bancos.

La frase se quedó entre las dos como una pieza exacta que faltaba desde el principio.

Cuando reanudaron la marcha, Neira ya no sentía la herida del nombre del mismo modo.

Seguía doliendo, pero la confusión había cambiado de sitio. Quizá, durante años, había leído su propia historia con demasiada limpieza. Había pensado el vínculo como una línea entre dos personas cuando en realidad estaba hecho de relevos, umbrales, vecinas, bancos y mujeres que esperaban bien.

Al doblar la última esquina antes de casa, Elena se detuvo y señaló un hueco estrecho entre dos edificios nuevos.

—Por ahí estaba el pasaje de la ferretería.

Neira siguió la dirección.

Solo vio un cerramiento técnico y una salida de climatización.

—Ya no está.

—No.

Elena sonrió apenas.

—Pero olía bien.

Neira quiso responder algo ligero y no pudo. Sintió, en cambio,

una certeza nueva.

Si Elena empezaba a perder nombres, fechas o secuencias, todavía retenía otra cosa más difícil de clasificar: la memoria de las condiciones materiales que habían permitido sostenerse. Quizá estaba recordando mejor que nadie lo que la ciudad había ido retirando.

Esa noche, cuando Elena se fue a dormir, Neira dejó la foto de Clara sobre la mesa del salón, sin guardarla otra vez en el cajón.

No como prueba.

Como aviso.

Alguien había esperado por ella antes de que pudiera nombrarlo. Alguien más, además de Elena, había ocupado el margen que la ciudad todavía ofrecía para que una niña llegara incompleta y no se perdiera del todo.

Y ahora, mientras el sistema afinaba criterios para reconocer solo los vínculos más legibles, Neira entendió con una punzada lenta que el daño ya no estaba solo en la memoria que se confundía.

Estaba en que casi nada de aquello que las había sostenido sabría ya dónde registrarse.

Capítulo 10

El acceso

El aviso llegó a las 19:14, cuando Neira estaba en su cocina cortando una manzana en trozos pequeños para llevárselos luego a Elena si todavía seguía despierta.

No fue Elena quien llamó.

Fue el administrador residencial de su edificio, una voz masculina demasiado joven y demasiado entrenada para sonar tranquila cuando no lo estaba.

—¿Neira Sol?

—Sí.

—Le llamo desde el módulo de convivencia de Carrer Llebeig 18. Hemos activado protocolo de verificación por desorientación en zona no autorizada. La usuaria Elena Vives solicita su presencia, pero ahora mismo el acceso de acompañamiento está restringido.

Neira dejó el cuchillo sobre la tabla.

—¿Qué significa zona no autorizada?

—Cubierta técnica intermedia.

El aire de la cocina cambió de densidad.

La cubierta técnica intermedia no era una azotea. Era el rellano superior entre el cuarto y la terraza de mantenimiento, una franja de paso cerrada normalmente para residentes porque no tenía sombra, ni bancos, ni nada que hacer allí salvo atravesarla deprisa para revisar antenas o depósitos.

—¿Está bien?

—Está localizada y estable.

Localizada.

La palabra le produjo un asco inmediato.

—Voy para allá.

—Le recomiendo que espere confirmación.

—No voy a esperar confirmación.

Cortó.

El trayecto hasta casa de Elena le llevó once minutos que sintió como una forma de castigo. Bajó la escalera de dos en dos, cruzó la calle mal, cerrándose la camisa por el camino, y pidió prioridad de paso en la banda norte sin que el sistema se la concediera. Una pareja se apartó tarde. Un carro logístico le cortó el giro de la esquina del mercado. Todo en la ciudad parecía saber ya lo que había ocurrido menos la única persona que necesitaba haberlo sabido antes.

Cuando llegó, la calle estaba limpia y normal. No había ambulancia. Ni policía. Ni escándalo. Solo la puerta del edificio abierta en modo supervisado y dos vecinos quietos a un lado con esa tensión social de los portales donde algo ha pasado sin legitimarse todavía como emergencia.

Uno de ellos la reconoció.

—Está arriba.

Neira no perdió tiempo en preguntar cómo sabían quién era.

Subió.

En el descansillo del cuarto estaba el administrador residencial, un chico de unos treinta años con polo gris, tableta en mano y la cara ya gastada de quien ha tenido que repetir varias veces la misma frase. Detrás de él, cortando el paso a la escalera final, una puerta ligera de seguridad se había cerrado. A través del vidrio translúcido se veía una luz blanca demasiado fuerte.

—Soy Neira.

El chico asintió, aliviado y tenso a la vez.

—Sí. Gracias por venir rápido.

—Ábreme.

No se movió.

—Necesito validar primero.

Neira lo miró como si no hubiera entendido el idioma.

—Está ahí arriba.

—Sí. Pero desde la actualización de protección residencial, cuando un residente vulnerable accede a zona técnica se activa contención con vínculo principal.

Neira sintió el cuerpo entero cerrarse por dentro.

—Yo soy quien viene siempre.

—En ficha no consta como vínculo de contención principal.

—¿Quién consta?

El chico consultó la tableta aunque ya sabía la respuesta.

— Diego Vives.

Claro.

—Llámalo mientras me abres.

—Ya está avisado.

—Entonces me abres.

El administrador bajó un poco la voz.

—Puedo autorizar contacto visual. No acceso completo.

Neira tardó una décima en comprender hasta qué punto aquello era real. Después se acercó al cristal.

La cubierta técnica intermedia era peor de lo que recordaba. Una franja de suelo claro, máquinas de climatización al fondo, un cerramiento lateral de chapa perforada y una línea de sombra escasa que ya casi había desaparecido con la caída del sol. Elena estaba sentada en el suelo, no caída, no herida, con la espalda apoyada contra el murete bajo y las manos sobre el bolso cerrado. A su lado había una trabajadora del módulo de apoyo, arrodillada, hablándole con una calma profesional que desde fuera parecía paciencia y desde dentro debía de ser puro protocolo.

Elena giró la cabeza al notar la presencia de Neira. No sonrió. Tampoco se alarmó. Solo levantó un poco la barbilla, como si comprobar que Neira había llegado confirmara algo de su propio mapa.

—Estoy aquí —dijo Neira, acercándose al vidrio.

Elena respondió demasiado bajo para oírla.

La trabajadora del módulo se puso en pie y se acercó a la puerta interior. Habló con el administrador a través del interfono lateral.

—Dice que quiere verla entrar.

—Pues que entre.

La mujer miró la tableta del chico, luego a Neira.

—No puedo si no hay coincidencia de vínculo.

Neira sintió una risa seca subiéndole a la garganta.

—Está pidiendo por mí.

—Sí.

—Y yo estoy aquí.

—Sí.

La mujer no parecía hostil. Precisamente por eso todo resultaba más insultante.

—Entonces cuál es el problema.

La trabajadora tardó un segundo en elegir la formulación más soportable.

—Que la solicitud afectiva no siempre coincide con la autorización de contención.

La frase dejó el descansillo en un silencio extraño.

Un ascensor se detuvo en el segundo y volvió a bajar. Elena

seguía sentada al otro lado del cristal, demasiado quieta para que Neira pudiera permitirse procesar despacio la humillación de la frase.

—No es una solicitud afectiva —dijo—. Es su casa. Soy yo. Abran.

El administrador negó con una vergüenza mínima.

—Si desbloqueo sin vínculo fuerte, me salta incidencia de custodia residencial.

Custodia.

Residencial.

Como si Elena hubiera pasado, sin avisar, de ser una mujer que vivía en su casa a un cuerpo que necesitaba ser transferido entre categorías de riesgo.

—Ponme la incidencia donde quieras —dijo Neira—. Yo subo.

Dio un paso hacia la puerta. El chico se movió con rapidez, no agresiva, pero sí bastante firme para interponerse.

—No me obligue.

Neira lo miró tan de cerca que pudo verle el sudor acumulado en el borde de la patilla.

—¿A qué?

Él sostuvo la mirada apenas.

—A pedir refuerzo de convivencia.

La amenaza era pequeña y por eso más obscena. Traería a otra persona entrenada para gestionar una situación que no debería existir y convertiría el vínculo de Neira con Elena en una incidencia conductual más.

Retrocedió un paso.

Sacó el comunicador.

Llamó a Diego .

Contestó al segundo tono.

—Ya voy.

Ni saludo. Ni pregunta.

—Qué les has puesto para que no me dejen entrar.

—No les he puesto nada. Soy el principal porque alguien tenía que figurar.

—Pues quítalo.

—No se quita por teléfono.

—Elena está al otro lado de una puerta de seguridad y me están diciendo que soy una solicitud afectiva.

Hubo un silencio corto.

—Quién te ha dicho eso.

—Da igual quién. Ven ya.

Diego soltó aire.

—Diez minutos.

—Son demasiados.

—Son los que hay.

Cortó.

Neira se quedó quieta con el comunicador aún en la mano. La trabajadora del módulo seguía junto a la puerta interior, esperando que la situación se convirtiera en algo más manejable, por ejemplo en una espera. Elena había bajado la cabeza. Desde donde estaba, Neira no podía saber si cerraba los ojos o miraba el bolso.

—Qué ha pasado —preguntó al administrador sin apartarse del vidrio.

El chico revisó la tableta.

—Una vecina avisó de movimiento en tramo superior. La usuaria había salido del ascensor en el cuarto, pero en vez de entrar en vivienda subió un nivel más. Encontramos puerta técnica entreabierta por mantenimiento y la localizamos dentro de la cubierta intermedia.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—No lo sabemos exacto.

Neira apoyó la palma en el cristal. Estaba frío.

—¿Y por qué subió?

—Dice que buscaba la entrada correcta.

La frase le golpeó como si ya la hubiera oído muchas veces en otras bocas y otros sitios. La entrada correcta. La puerta de siempre. El lugar donde antes se esperaba mejor. Todo regresaba, solo que ahora con una puerta física entre las dos.

—No tenía que haberse quedado bloqueada ahí.

—No se ha quedado bloqueada —dijo el administrador demasiado rápido—. Se ha activado contención preventiva.

Neira giró la cabeza despacio.

—A eso lo llamáis no quedarse bloqueada.

Él bajó la vista.

—No decide el edificio cómo se nombran las cosas.

Y ahí estaba otra vez la ciudad completa, repartida en personas que tampoco decidían el idioma con el que administraban el daño y, sin embargo, lo sostenían igual.

Pasaron seis minutos.

Dentro, la trabajadora ofreció agua a Elena. Elena la aceptó. Luego señaló la puerta dos veces. La mujer respondió algo que Neira no oyó. Un zumbido de climatización subía desde la cubierta. La luz blanca seguía cayendo sobre el suelo claro con una crueldad de quirófano barato. Si Elena hubiera llorado, tal vez todo habría parecido más simple. Pero no lloraba. Se limitaba a esperar detrás de la puerta correcta con la persona equivocada autorizada para acompañarla.

Cuando Diego llegó, traía la camisa mal metida por un lado y la cara de quien ya venía discutiendo antes de abrir la boca.

—Qué coño ha pasado.

—Ábrele —dijo Neira al administrador.

El chico no obedeció. Dirigió la tableta hacia Diego .

—Necesito validar presencia principal y decisión de retorno.

Neira se volvió hacia él.

—No necesita decidir nada. Solo abrir.

Diego leyó por encima.

—Decisión de retorno qué es.

La trabajadora del módulo salió por fin a la escalera, cerrando la puerta tras de sí.

—Ahora mismo tenemos dos opciones. O traslado a vivienda con acompañamiento validado y cierre de incidencia, o derivación a observación corta si consideran que no hay garantías de orientación en tramo doméstico.

Neira sintió un ruido sordo dentro del pecho.

—Está en su casa. Yo me quedo con ella.

La mujer asintió con una pena automática.

—Sí, pero el acompañamiento doméstico reconocido en protocolo principal no es usted.

Diego levantó la vista de la tableta.

—Perdona.

—No te perdono nada. Di que entramos y punto.

Él apretó la mandíbula.

—No depende de decirlo así.

—Claro que depende. Tu nombre está ahí y el mío no sirve.

Diego miró a la trabajadora.

—Si yo la acompaño a casa, ¿se cierra?

Neira lo miró como si acabara de golpear algo.

—No.

Él giró la cabeza.

—Qué no.

—Que no vas a entrar tú ahora para cerrarles la incidencia y ya está.

—Lo que no voy a hacer es dejarla aquí arriba porque tú quieras convertir esto en una batalla teórica.

Neira dio un paso hacia él.

—No es teórica. Llevo semanas entrando y saliendo con ella mientras el sistema decide que solo eres válido tú cuando hace falta legitimar algo.

Diego sostuvo el golpe sin bajar la voz.

—Pues haberlo regularizado antes.

La frase la dejó muda un instante.

Regularizado.

Como si el vínculo hubiera sido un trámite pendiente. Como si todos esos días, comidas, citas, gasas, rutas y esperas no fueran precisamente lo que el sistema estaba negándose a leer.

La trabajadora intervino con cansancio preciso.

—Necesito una decisión ahora.

Neira se volvió hacia el vidrio.

Elena había levantado la cabeza al oír las voces más altas. Miraba primero a Diego , luego a Neira, luego a la puerta. No parecía entender las palabras concretas. Parecía entender perfectamente la estructura.

—Quiero a Neira —dijo, esta vez lo bastante alto para atravesar el cristal.

La frase llegó limpia.

El descansillo entero quedó quieto un segundo.

La trabajadora bajó los ojos. El administrador tragó saliva. Diego se pasó una mano por la cara.

—Ya —murmuró—. Pero no siempre basta con querer.

Neira lo miró con una mezcla tan pura de odio y pena que casi le dio miedo.

—Escúchate.

Diego cerró la tableta con un gesto brusco que no servía para nada porque la tableta no era suya.

—No me escucho. Resuelvo.

Y se dirigió a la trabajadora.

—Subo yo. La bajo yo. Y ella entra con nosotros en la vivienda.

La mujer consultó al administrador. El administrador consultó la pantalla. El sistema tardó cuatro segundos en decidir algo que para Neira llevaba semanas decidido de otro modo.

—Acceso mixto con principal presente —dijo por fin el chico—. Se permite tercero acompañante en cierre si no interviene en decisión de custodia.

Tercero acompañante.

Neira sintió que algo se le rompía sin hacer ruido.

La puerta se abrió.

No corrió. Caminó deprisa y recta hasta Elena.

Al agacharse junto a ella, lo primero que notó fue el calor retenido del suelo atravesando la falda. Lo segundo, que Elena temblaba muy poco, lo justo para que solo lo notara alguien que la conociera bien.

—Estoy aquí.

Elena la miró con un cansancio opaco.

—Ya lo sé.

—Nos vamos abajo.

—No era ahí.

Neira siguió la dirección mínima de su barbilla. Más allá de la chapa perforada, entre dos bloques reformados, se veía una línea de cielo naranja y el perfil cortado de una pasarela vieja ya clausurada.

—Qué no era ahí.

—La entrada.

La trabajadora se inclinó.

—Tenemos que bajar ya.

Diego se acercó por el otro lado.

—Venga.

Y entonces ocurrió lo peor.

Elena no se resistió. Pero tampoco se levantó con Diego .

Se levantó cuando Neira le tomó las manos.

El detalle fue minúsculo. Casi invisible. Solo un cambio de peso, una obediencia del cuerpo. Bastó para que Neira sintiera, con una claridad nauseabunda, qué clase de violencia estaba registrándose allí: no la de impedir un acceso total, sino la de obligar a que el vínculo eficaz se tradujera en otro vínculo legible para que el sistema pudiera aceptar la escena.

Bajaron las escaleras despacio. Diego iba delante, validando tramos. La trabajadora detrás, cerrando formularios en su tableta. Neira en medio, sosteniendo el codo de Elena. El orden ya lo decía todo.

Al llegar al portal, el administrador pidió una última confirmación.

—Retorno en domicilio con principal presente y apoyo complementario.

Diego asintió.

Neira no.

No hacía falta. Su asentimiento no entraba en la frase.

Dentro de la vivienda, la escena se volvió peor por normal. La cocina seguía con el vaso del mediodía en el fregadero. La libreta abierta sobre el aparador. La chaqueta de Elena colgada en el respaldo de la silla. Todo reconocible, doméstico, suyo. Y, sin embargo, la trabajadora del módulo pidió a Diego que revisara el estado general de la residente mientras Neira quedaba reducida a alcanzar agua, acercar la silla y responder solo cuando le preguntaban algo menor.

—¿Ha tenido episodios de salida errónea previos? —preguntó la mujer.

Diego dudó.

Neira respondió instintivamente.

—No en la cubierta. Sí con accesos confundidos y espera desorientante en unidades...

La trabajadora levantó una mano, educada.

—Perdone. Necesito confirmación del principal.

Neira se calló.

Diego repitió peor lo que ella acababa de decir.

Aquello fue quizá lo más insoportable de toda la noche. No la cubierta. No la puerta cerrada. No la frase de solicitud afectiva. Sino ver cómo la experiencia concreta del cuidado podía ser borrada y reemplazada por una versión más torpe, más superficial y, sin embargo, administrativamente superior.

Elena, sentada ya en su silla del salón, observaba la escena con una atención baja pero muy despierta.

—No le preguntes a él dónde guardo las cosas —dijo de pronto.

La trabajadora se giró.

—Solo estamos comprobando seguridad básica.

—Pues pregúntaselo a ella.

Señaló a Neira.

Nadie habló.

La mujer miró a Diego . Diego miró el suelo. Neira sintió un calor duro detrás de los ojos y odió a todo el mundo por hacerle imposible llorar allí.

La comprobación duró doce minutos más.

Al final, la incidencia quedó cerrada con una fórmula impecable.

Retorno domiciliario validado.
Recomendado refuerzo de supervisión principal
y revisión de umbrales de acceso interno.

Neira leyó la frase por encima del hombro de la trabajadora. Supervisión principal. Umbrales de acceso interno. Ni una palabra sobre quién había sido pedida, quién había llegado primero ni quién había conseguido levantar a Elena del suelo.

Cuando por fin se fueron el administrador y la trabajadora, el piso recuperó un silencio de después de visita. Un silencio cansado, viscoso, lleno de huellas que no se veían. Diego se quedó de pie junto a la mesa del salón, con las manos en la cintura y la respiración todavía demasiado alta.

—Hay que cambiar cosas.

Neira levantó la cabeza.

—Qué cosas.

—El acceso del edificio. La puerta de la terraza. La ficha. Lo que haga falta.

—La ficha, sobre todo.

Diego no esquivó el golpe.

—Si quieres la movemos.

—No. No quiero moverla ahora para arreglar una escena. Quiero saber por qué el sistema necesita convertirte a ti en el vínculo válido cuando no sabes ni dónde está la crema barrera.

—Eso es injusto.

—No. Injusto es llegar la primera y quedarme detrás de un cristal.

Diego se pasó las manos por la cara.

—No he pedido esto.

—Pero te sirve.

La frase lo dejó callado.

En el sillón, Elena había cerrado los ojos. No dormía. Solo parecía agotada de sostener el aire entre los tres.

Diego bajó la voz.

—Neira, yo no estoy contra ti.

—No hace falta.

Ella también bajó la voz, no por delicadeza, sino porque de repente estaba demasiado cansada para seguir levantándola.

—Eso es lo peor. Nadie está contra nadie. Y aun así todo termina organizado para que algunas formas de estar cuenten y otras no.

Diego no respondió.

Se fue diez minutos después con la promesa seca de mirar la ficha al día siguiente.

Cuando la puerta se cerró, Elena abrió los ojos.

—Lo han hecho otra vez —dijo.

Neira se acercó y se sentó a su lado.

—Qué.

Elena tardó en encontrar la frase exacta. Luego apoyó la mano sobre la muñeca de Neira, justo donde antes vibraban los avisos.

—Te han dejado llegar hasta donde ya no podías ser tú.

Neira agachó la cabeza.

Esta vez no intentó corregirla. No intentó decir que mañana mirarían la ficha, que moverían autorizaciones, que habría un modo de ajustar la lectura del vínculo. Sentía, con una lucidez casi física, que algo estructural había cambiado de nivel en su relación con Elena.

Hasta entonces el sistema había encarecido recorridos, degradado esperas, confundido accesos, redistribuido márgenes.

Ahora acababa de hacer algo más preciso.

Acababa de declarar, con protocolos impecables y trabajadores cansados, que una relación podía ser íntimamente verdadera y administrativamente insuficiente.

Y una vez que una ciudad aprende a separar así los vínculos válidos de los vínculos reales, pensó Neira mientras Elena seguía apoyada en su hombro, ya no rompe solo tránsitos.

Rompe la autoridad íntima de quien cuida.

Capítulo 11
La ciudad de antes

El domingo amaneció con una claridad pálida, de esas que no refrescan nada pero suavizan un poco la crueldad del aire antes de que empiece el día.

Neira llegó a casa de Elena a las nueve y doce con pan blando, dos melocotones y la decisión, todavía sin palabras, de no discutir con nadie hasta el lunes.

Ni con Tomás. Ni con Diego . Ni con el sistema.

Solo quería entrar, preparar café y comprobar si la noche había

dejado algún resto más de la escena de la cubierta.

El portal la reconoció al segundo intento.

Subió por la escalera y encontró la puerta entornada. No abierta del todo, solo ese dedo de separación con que Elena dejaba pasar el aire desde antes de que las puertas necesitaran recordar a cada rato que estaban cerradas por seguridad.

—¿Elena?

—En la cocina.

La voz llegó limpia. Algo cansada, pero limpia.

Neira empujó la puerta con la punta del pie. La casa olía a café recién hecho y a tostada demasiado hecha. Elena estaba de pie junto a la encimera, con la cafetera italiana ya apartada del fuego y una mano sobre el borde de la mesa, como si hubiera terminado la tarea principal y ahora solo esperara a que alguien la legitimara.

—Te he dicho mil veces que no pongas el café sola si no estoy aquí.

Elena alzó la vista.

—Y yo te he dicho mil veces que el café se hacía solo mucho antes de que tú llegaras a prohibir nada.

La frase tenía un resto de humor. Muy poco, pero bastó para que algo en Neira aflojara.

Dejó la bolsa sobre la silla.

—¿Has desayunado?

—Media tostada.

—¿Media por qué?

Elena miró el plato.

—Porque la otra mitad se me ha quedado vieja antes de tiempo.

Neira iba a replicar algo práctico, quizá absurdo, sobre que el pan no envejecía en treinta segundos. No lo hizo. Sacó otra taza. Puso agua fresca. Miró de reojo el perfil de Elena, la blusa de casa, las gafas bajas, el modo en que se apoyaba justo un poco más de la cuenta en la mesa aunque fingiera que no.

—Hoy estás mejor.

—Hoy estoy aquí.

No sonaba a optimismo. Sonaba a un balance mínimo, casi contractual.

Desayunaron en silencio los primeros minutos. Desde el patio interior subía el ruido de un cubo golpeando, una radio baja, el

arranque desganado de un motor de limpieza. La casa seguía conservando aquella temperatura antigua que no dependía tanto del termostato como de cerrar cuando tocaba, bajar la persiana a tiempo y no abrir la ventana mala en las horas peores.

Elena untó mermelada con una lentitud precisa.

—He soñado con la plaza de la estación vieja.

Neira dejó la taza sobre el plato.

—¿Cuál?

—La de antes de la cubierta esa ridícula. Cuando todavía había árboles de verdad.

—Yo casi no la conocí.

—Sí la conociste. Lo que pasa es que eras pequeña y entonces las plazas parecían eternas.

Neira la miró.

—No me acuerdo.

Elena asintió, como si aquello confirmara algo.

—Por eso la han podido quitar tan bien.

La frase quedó entre las dos con una gravedad extraña. Elena no la explicó. Siguió cortando la tostada en cuatro partes iguales, una costumbre vieja que se le había quedado de épocas más apretadas y que aún ahora, con todo ya comprado en formatos cómodos, le daba a cualquier desayuno una seriedad de reparto.

—¿Te apetece salir un rato? —preguntó Neira.

Elena tardó en contestar.

—¿A dónde?

Neira iba a decir al mercado pequeño, o a la farmacia, o simplemente a dar una vuelta a la manzana si el calor lo permitía. Pero antes de que eligiera una versión razonable, Elena dijo:

—A la plaza.

—¿Qué plaza?

—La vieja.

Neira sonrió sin ganas.

—La plaza vieja ya no existe.

Elena se limpió el índice en la servilleta.

—Entonces vamos a ver eso.

Salieron a las diez y cinco, antes de que la calle se pusiera del todo hostil. Elena insistió en llevar su bolso. Neira insistió en meter

una botella de agua y una rebeca ligera aunque no hiciera falta todavía. Bajaron por la escalera. En el segundo, una vecina abrió su puerta y saludó con una amabilidad rápida, como si después de lo ocurrido dos noches antes el edificio se hubiera quedado con una discreción nueva alrededor de Elena.

La calle tenía ese brillo limpio y un poco falso de los domingos por la mañana. Menos reparto, más familias lentas, menos urgencia visible y, aun así, el mismo orden de fondo organizándolo todo: pasos guiados, sombras dosificadas, recomendaciones flotando en paneles suaves.

Tomaron la ruta corta hacia la antigua estación. A mitad de camino, el sistema recomendó a Neira un corredor alternativo por exposición térmica prevista. Lo ignoró. Elena caminaba despacio, pero no mal. Más bien con una atención distinta, como si el cuerpo le fuese pidiendo menos velocidad y más comprobación de cada borde.

—Aquí había una mercería —dijo al pasar frente a una fachada lisa de vidrio neutro.

Neira levantó la vista. Solo vio una oficina de atención distribuida, cerrada por ser domingo, con su persiana translúcida y el logo municipal repetido como una firma sin destinatario.

—No me suena.

—Porque la quitaron antes de que empezaras a fijarte en las cosas.

Siguieron.

—Aquí vendían pollos los jueves.

Era una taquilla refrigerada.

—Aquí esperábamos cuando llovía.

Era un alero mínimo donde no cabían dos personas quietas sin molestar.

—Aquí estaba la mujer que arreglaba bajos y cremalleras.

Era un punto de carga compartido con una pantalla de mantenimiento en azul.

Neira dejó de corregir mentalmente las frases. Empezó a escucharlas como quien sigue una lengua que ya casi no se habla, pero aún nombra con más precisión ciertos usos del mundo.

Al llegar a la plaza, comprendió por qué Elena había querido venir.

La antigua explanada seguía siendo una plaza en el plano, pero ya no en el cuerpo.

Neira alzó la muñeca y abrió por inercia la capa pública de orientación. En la lente apareció un esquema limpio: flujos, sombra prevista, puntos de espera breve, recorrido accesible, tiempo máximo de permanencia recomendado. La plaza seguía ahí, nombrada y perfectamente resuelta. Miró luego el espacio real, la plancha clara, los cruces sin estancia, el borde sin refugio. Durante un segundo tuvo la sensación de que el plano no describía un lugar, sino la forma exacta de haberlo vaciado.

Quedaba el vacío, sí. Quedaba el nombre en algún registro. Quedaba incluso una geometría central donde antes debieron de coincidir bancos, sombra y una costumbre de permanecer. Ahora, en su lugar, se abría una plataforma dura, clara, atravesada por tres flujos peatonales que la cruzaban sin tocarse. En el borde norte, una marquesina nueva proyectaba una sombra exacta para cola corta. En el sur, una lámina de agua decorativa recorría un canal estrecho que nadie podía realmente usar. No había bancos con respaldo. No había esquinas lentas. No había un borde donde una persona pudiera esperar a otra sin justificarse.

Elena se detuvo.

—La han vaciado muy bien.

Neira miró alrededor.

Un padre ajustaba una mochila infantil bajo una sombra que ya lo empujaba fuera. Dos chicas consultaban el móvil sin dejar de caminar. Una pareja mayor atravesó la plataforma en diagonal, se detuvo apenas cuatro segundos y siguió hasta la zona de paso cubierta, donde por fin había un apoyo vertical.

Todo funcionaba. Nada acogía.

—No está tan mal —dijo Neira, y al decirlo se oyó hablar como Tomás.

Elena no se enfadó. Eso fue peor.

—No he dicho que esté mal. He dicho que ya no sirve para esto.

—¿Para qué?

Elena hizo un gesto leve con la mano, abarcando más tiempo que espacio.

—Para encontrarse sin comprar nada. Para sentarse antes de decidir adónde vas. Para esperar a alguien sin que parezca que estorbas. Para que una persona mayor se quede un rato sin

convertirse en un problema de circulación.

Neira miró la superficie clara, los límites exactos, la sombra calibrada por minutos, la ausencia casi perfecta de cualquier resto inútil.

Se sentaron al final en un murete bajo, demasiado caliente. Elena resistió un minuto y después se levantó.

—Ves. Ni sentarse sabe uno aquí.

Buscaron una sombra lateral junto a un antiguo quiosco reconvertido en punto de recogida. Allí sí corría una hebra de aire. Una mujer muy mayor estaba de pie con un carro pequeño, mirando la pantalla del módulo como si esperara que en algún momento decidiera hablarle en una lengua de verdad. A su lado, un hombre de unos cincuenta sostenía dos bolsas y fingía no tener prisa mientras leía una serie de instrucciones que claramente no aclaraban nada.

Elena lo observó un instante.

—Antes esas cosas se preguntaban.

—Ahora también se pregunta.

—No. Ahora se solicita.

Neira no respondió.

La mujer del carro tocó una vez la pantalla. Nada. Miró alrededor con un pudor casi infantil, como si necesitar ayuda allí fuera ya una forma de torpeza. Neira dio un paso. El hombre se adelantó primero y resolvió la secuencia en tres toques secos. La mujer sonrió agradecida, pero no al sistema. A él.

Elena vio la escena entera con una concentración tranquila.

—Eso es lo último que quitan —dijo.

—¿El qué?

—Que todavía quede alguien delante.

La frase le produjo a Neira un cansancio raro, como si la mañana estuviera diciéndole algo que ella llevaba años oyendo sin entenderlo del todo.

Siguieron hasta la esquina donde antes empezaba el acceso a los andenes bajos. Allí quedaba un tramo de piedra vieja que la reforma no había terminado de borrar. Elena puso la mano sobre el muro, casi con ternura.

—Aquí te recogí una vez.

Neira la miró.

—¿A mí?

—Venías del colegio llorando porque no te habían dejado esperar dentro cuando saliste antes. Te habías sentado en el suelo, al lado de una papelera, y una revisora te dijo que allí no podías estar.

Neira sintió un estremecimiento leve.

No recordaba la escena entera. Solo un borde: una sensación de vergüenza, el dibujo de unas baldosas oscuras, una mano que la levantaba sin regañarla.

—No me acuerdo casi.

—Yo sí.

Elena retiró la mano del muro.

—No llorabas por salir antes. Llorabas porque no sabías dónde ponerte.

Neira bajó la vista.

La ciudad alrededor seguía administrando el domingo con solvencia impecable. Un aviso de sombra móvil se actualizó en la marquesina. Una voz baja recordó que las permanencias prolongadas debían desplazarse a zonas de estancia habilitadas. Un convoy sin conductor cruzó al fondo con la puntualidad de una idea que no se discute.

Por primera vez en muchas semanas, Neira comprendió algo sin necesitar que una incidencia lo explicara.

No estaba perdiendo solo a Elena.

Estaba perdiendo, con ella, a la única persona que todavía sabía leer en la ciudad la diferencia entre un sitio por donde se pasa y un sitio donde alguien puede quedarse sin ser expulsado suavemente.

Y quizá Elena no se desorientaba solo porque olvidara nombres o secuencias. Quizá también porque la ciudad llevaba años retirando, uno por uno, los lugares donde antes una persona podía recomponerse.

—Vámonos —dijo.

—Todavía no.

Elena había vuelto a mirar la plaza. No con nostalgia. Con esa severidad práctica con que se mira una cocina donde han cambiado de sitio los cuchillos.

—Quédate un poco.

—Hace calor.

—Precisamente.

Neira entendió entonces que quedarse allí no era visitar un recuerdo. Era hacer la prueba del presente.

Se quedaron siete minutos más bajo una sombra mala.

Fueron suficientes.

En ese tiempo, vieron a un niño sentarse en el borde del canal y ser corregido por una voz automática. Vieron a la mujer del carro alejarse sin haber conseguido apoyar del todo el peso en ningún sitio. Vieron a un repartidor beber agua de pie y volver a ponerse en marcha antes de terminarla. Vieron a dos adolescentes reírse, intentar ocupar un tramo de suelo junto al quiosco y ser desplazados por una ruta de limpieza programada.

Ninguna escena era grave. Todas juntas sí.

Cuando emprendieron la vuelta, Elena caminó más despacio.

En la esquina de la mercería desaparecida, se detuvo otra vez.

—La ciudad de antes tampoco era buena siempre.

Neira la miró, agradecida por la precisión.

—Ya.

—Pero a veces te dejaba llegar tarde sin castigarte tanto.

La frase se quedó con ella todo el camino a casa.

Subieron en ascensor porque Elena había empezado a arrastrar un poco la pierna derecha. Dentro, el espejo devolvió dos figuras cansadas, una sosteniendo la botella, la otra el bolso, ambas con ese aire de haber estado fuera más tiempo del que convenía.

Al entrar en la vivienda, Elena dejó las gafas sobre el aparador y fue directa al sillón.

—Estoy rendida —dijo.

Neira le acercó agua. Le quitó el bolso del regazo. Le humedeció la nuca como había hecho en la sala previa de la unidad. El gesto era el mismo. El sentido ya no.

Mientras bajaba la persiana del salón para contener el sol del mediodía, miró la calle desde la rendija.

Abajo, la ciudad seguía moviéndose con una eficiencia tranquila, casi amable. Rutas limpias. Esperas cortas. Sombras calculadas. Flujo continuo.

Todo seguía funcionando.

Pero ya no podía fingir que el problema era solo que Elena recordara peor.

Ahora entendía que la pérdida venía por dos lados a la vez y que

uno de ellos llevaba demasiado tiempo pareciéndole normal: el borrado constante de todo aquello que antes permitía orientarse con otro cuerpo, demorarse un poco, sostener a alguien sin pedir permiso.

Se volvió hacia el sillón.

Elena había cerrado los ojos, agotada, una mano abierta sobre el apoyabrazos como si aún sujetara un mapa que solo ella alcanzaba a ver.

Y Neira comprendió, con una tristeza más grande que el miedo, que si Elena faltaba no perdería solo a una persona.

Perdería también la última testigo capaz de decirle en voz alta qué clase de ciudad habían dejado de tener.

Capítulo 12
La interrupción

La interrupción no llegó como llegan las catástrofes.

Llegó con una notificación azul, un retraso de nueve minutos y esa falsa cortesía con la que la ciudad avisaba siempre de sus pequeñas correcciones.

Redistribución operativa en corredor este Salida recomendada por tramo sur Demora estimada: +09 min

Neira la leyó de pie, junto a su mesa, mientras Tomás explicaba a dos incorporaciones nuevas una mejora en las validaciones concurrentes. En la pared, el mapa de presión urbana cambiaba de color con una calma casi ofensiva. Nada en la sala decía urgencia. Nada pedía correr. Nada admitía que, a veces, nueve minutos eran un material inflamable.

A las 17:45, Elena le había mandado un audio. Solo siete segundos.

Primero se oía una taza demasiado cerca del micrófono. Después, su voz.

—Si vienes, trae sal. Y no tardes mucho, que hoy la tarde se me está moviendo.

No sonaba asustada. Sonaba afinada. Como si hubiera notado un desplazamiento leve y aún confiara en que se corregiría en cuanto Neira cruzara la puerta.

Neira respondió que saldría en veinte minutos.

Luego entró una incidencia escolar que había que redistribuir. Después un bloqueo menor en una ruta de apoyo. Después Tomás pidió cinco minutos para cerrar una decisión de cupos que, según él, si quedaba colgando arrastraría el turno siguiente entero.

Cinco minutos fueron once. La redistribución añadió nueve. El corredor sur se detuvo tres veces por absorción de carga. Neira pensó, sin querer pensarlo del todo, que la ciudad no se desordenaba al caer la tarde: empezaba a proteger menos. A partir de cierta hora, algunas demoras dejaban de ser un fallo y pasaban a parecer una forma aceptable de selección. Cuando por fin cruzó la plaza del mercado compacto con la sal en la bolsa y el comunicador en la mano, ya eran las 18:47.

Llamó a Elena al doblar la esquina. No respondió.

Volvió a llamar desde el portal. Nada.

La puerta tardó una fracción de más en verificarla y esa demora mínima le alteró el pulso de inmediato. Subió por la escalera. Llamó al timbre. Golpeó dos veces con los nudillos.

Dentro sonaba la radio. Muy baja.

—¿Elena?

Silencio.

Abrió con la llave.

La casa no estaba revuelta. Estaba desajustada. Como si durante

media hora todos los objetos hubieran seguido ocupando el lugar correcto, pero ya no supieran enlazarse entre sí.

La taza del desayuno seguía en el fregadero junto a una cuchara limpia. La persiana del dormitorio se había quedado a medio subir. La radio del salón murmuraba un boletín local. En la encimera, junto al salero vacío, había un plato con dos tomates cortados y un cuchillo de punta roma.

—¿Elena?

La encontró en el pasillo, sentada en el suelo entre la cocina y el baño, con la espalda apoyada en la pared y la mano derecha cerrada sobre algo.

Neira dejó la bolsa y se agachó.

—¿Qué ha pasado?

Elena levantó la vista como quien vuelve desde muy lejos, pero no desde la niebla. Desde el esfuerzo.

—Se me ha ido la tarde.

—¿Te has caído?

—No.

Respiraba deprisa. No de golpe, sino de insistencia.

—Entonces qué haces aquí.

Elena abrió la mano. Dentro estaba la cucharita de la sal.

—He ido a por esto —dijo—. Luego no he sabido si ya había ido.

El terror que sintió Neira fue seco, casi sin forma. No porque la escena fuera grande, sino porque era exactamente del tamaño de una vida doméstica. Una cucharita. Un pasillo corto. Un gesto tan pobre que daba vergüenza haberlo dejado solo.

Miró las piernas de Elena. No parecía haberse golpeado. Las manos, tampoco. La blusa se le pegaba a la espalda por el bochorno. La ventana mala del patio seguía abierta y en el pasillo el aire estaba parado, espeso.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Elena frunció el ceño.

—No sé. He pensado que si me levantaba sin acordarme, luego iba a llegar más tarde al mismo sitio.

Neira apartó la cucharita y apoyó una mano en su hombro.

—Vale. No te muevas. Te ayudo.

No hubo resistencia. Eso fue lo peor. El cuerpo no se negaba. Simplemente ya no encontraba solo la secuencia.

Primero girar. Luego apoyar una rodilla. Después empujar desde la pared. Después respirar.

Tres movimientos que antes habrían sido uno.

Cuando por fin la sentó en el sillón, Elena estaba pálida. Neira le llevó agua, cerró la ventana del patio, bajó la persiana del salón dos palmos más y apagó la radio, que de pronto le pareció una grosería.

—Tenías que haberme llamado otra vez.

Elena sostuvo el vaso con las dos manos.

—Te había llamado ya.

—Si no respondo, vuelves a llamar.

—No sabía si no respondías o si me tocaba esperar.

La frase la dejó inmóvil.

Se sentó enfrente. Vio el plato con tomates, el salero vacío, la cucharita en la mesa baja, la bolsa con la sal aún en la entrada. Toda la avería cabía en menos de dos metros y en cuarenta minutos perfectamente justificables.

—Hoy no hacemos nada más —dijo.

Elena asintió.

—Ya está hecho.

La cena salió blanda y descompuesta, como si los alimentos también hubieran perdido confianza en sí mismos. Pan con tomate rehecho, yogur, sopa de sobre con un huevo dentro para darle un poco de cuerpo. Elena probó apenas tres cucharadas y pidió acostarse antes de las nueve.

Eso bastó para que Neira entendiera que no había sido un susto pasajero.

Normalmente Elena resistía el salón hasta tarde aunque solo fuera para escuchar cómo la ciudad cambiaba de ruido al otro lado de la persiana. Aquella noche aceptó la cama sin negociar.

Cuando Neira la dejó tapada, con la luz de cortesía encendida y el vaso en la mesilla, Elena le agarró la muñeca.

—No ha sido por la sal.

—Ya.

—Ha sido el hueco.

—¿Qué hueco?

Elena cerró los ojos un instante, como si buscara la frase en una cajonera vieja.

—El rato en que todavía ibas a venir y ya no estabas viniendo.

Neira notó que la culpa no se dejaba colocar en ningún sitio limpio. No era exactamente suya. No era exactamente de nadie. Esa era la parte insoportable.

Se quedó un minuto más sentada en el borde de la cama. Luego salió al salón y llamó a Diego .

Él respondió al sexto tono.

—¿Sí?

—Hoy la he encontrado sentada en el suelo del pasillo. No se ha caído, pero no sabía retomar la secuencia.

Silencio.

—¿Está bien?

—Ahora sí.

—¿Has llamado al apoyo médico?

—No. No era eso.

—Entonces qué quieres que haga.

Neira se apretó los ojos con dos dedos.

—Nada. Quiero que lo sepas.

—Lo sé.

La rapidez de la respuesta la enfureció.

— Diego .

—Qué.

—Esto ya no se arregla moviendo accesos.

Él tardó apenas un segundo.

—No se arreglaba ya hace tiempo.

Aquella verdad, por exacta, la hizo daño.

—Entonces por qué seguimos actuando como si sí.

—Porque alguien tiene que llegar al día siguiente.

Colgaron poco después, no porque hubieran terminado, sino porque no había manera de continuar sin repetir el cansancio.

A las 22:20, Tomás envió por el canal interno un mensaje celebrando que la presión del corredor este se hubiera absorbido sin incidencias críticas. Neira lo leyó de pie, en mitad del salón, y no respondió. Volvió al pasillo. Se agachó en el lugar exacto donde había encontrado a Elena.

Desde abajo, la casa cambiaba de escala. La cocina quedaba más lejos. La entrada desaparecía al girar el cuello. El baño partía el

trayecto con una esquina innecesaria.

No era un recorrido difícil. Solo exigía una continuidad mínima: levantarte, recordar por qué ibas, sostener el hilo hasta el siguiente umbral.

Pensó en el audio de las 17:45. En la taza. En la sal. En sí misma mirando mapas mientras Elena calculaba si levantarse otra vez o quedarse quieta para no perderse dentro del mismo gesto.

No lloró todavía. Le parecía que llorar reduciría demasiado lo que había pasado.

A la mañana siguiente, Elena amaneció mejor de color, pero distinta en una zona que no tenía nombre clínico. No confundía nombres. No se había hecho daño. Podía repetir la secuencia de la noche anterior si Neira se la pedía. Y, sin embargo, durante el desayuno dejó que fuera ella quien pusiera el pan, sirviera el café y sacara la medicación.

No por distracción. Por retirada.

—Yo hoy no hago la sopa —dijo.

—No tienes por qué hacerla.

—Hasta ayer sí.

Neira levantó la vista.

Elena miraba el salero nuevo, todavía dentro de la bolsa del mercado.

—No fue nada —dijo Neira.

Las dos supieron que mentía.

Después de dejarla dormitando en el sillón, Neira fue a trabajar. No tenía permiso para otra cosa. No tenía tampoco una categoría formal con la que justificar lo ocurrido. Solo una certeza íntima, impronunciable en lenguaje de sistema: la tarde anterior había roto la confianza de Elena en que los gestos más pequeños podían esperar sin volverse peligrosos.

En la oficina, el aire estaba demasiado frío. Gael comentaba una actualización de rutas como si hablara del tiempo. Leila se acercó con su taza de infusión y la miró un momento antes de abrir la boca.

—Tienes mala cara.

—La merezco.

Leila torció el gesto.

—Eso suena a desastre pequeño.

—Pequeño y definitivo.

Le contó la escena. El audio. La sal. El pasillo. El modo en que Elena había preferido no levantarse por segunda vez para no perder otra vez la secuencia.

Leila escuchó sin interrumpir.

—Ya ha pasado —dijo al final.

—Qué.

—El momento en que todavía podías compensarlo llegando un poco más tarde.

Neira apoyó la espalda en el separador de luz.

—Sí.

Leila bajó la voz.

—A partir de aquí, cada interrupción va a costar más que el tiempo que dura.

No era una frase brillante. Era una frase verdadera.

Durante el resto de la mañana, Neira ya no vio el sistema como una suma de decisiones razonables, sino como un tejido de retrasos admisibles que nunca coincidían con el cuidado posible. Cada reubicación. Cada validación. Cada salida recomendada por otro corredor. Cada conversación retenida cinco minutos más para cerrar bien una cadena distinta.

Junto, sí.

A las 12:11 abrió el canal doméstico para escribirle a Elena. Dudó largo rato. Quiso prometerle cosas que ya no dependían del todo de ella. Terminó enviando solo:

Voy ya en cuanto salga.

Elena respondió diez minutos después.

No traigas sal.

Eso fue todo.

La brevedad dolía porque contenía una renuncia exacta. Elena no estaba enfadada. Estaba retirando del futuro inmediato una tarea que hasta el día anterior seguía perteneciendo a la vida común.

Cuando Neira volvió a la vivienda por la tarde y apoyó la mano en el marco del pasillo antes de entrar en el salón, supo por fin qué nombre tenía lo ocurrido.

No se había interrumpido solo una tarde. No todavía la memoria. No una cita. No un acceso.

Se había interrumpido la posibilidad de posponer sin miedo.

Y una vez que eso se pierde, pensó mirando el tramo corto del pasillo donde no había ocurrido nada espectacular, ya no se pierde solo tiempo.

Se pierde mundo.

Capítulo 13

El reconocimiento

El reconocimiento llegó tres días después, escondido dentro de una bolsa de tela que Neira había visto cientos de veces sin abrir.

Fue el jueves por la tarde. Llovía poco, una lluvia tibia que no limpiaba nada, solo cambiaba el brillo de las aceras. Elena dormía una siesta corta en el sillón, con una manta ligera sobre las rodillas, como si desde la interrupción también el aire acondicionado le pesara.

Neira estaba ordenando el aparador por defensa, no por orden. Tiraba papeles vencidos, reunía llaves antiguas, revisaba recetas caducadas, intentaba construir una lógica visible para no pensar en la otra, la que se le había roto dentro del pasillo.

La bolsa apareció detrás de un florero vacío. Tela marrón. Asas fatigadas. Una mancha de tinta en un lateral.

La habría devuelto a su sitio si al moverla no hubiera sonado

dentro algo rígido, como cartón o cuaderno.

La abrió.

Había tres libretas finas, una carpeta azul con las gomas vencidas y un sobre de fotos pequeñas. Nada secreto. Nada solemne. Justo por eso sintió la incomodidad física de quien está a punto de invadir una zona demasiado cotidiana de otra persona.

Miró a Elena. Seguía dormida.

Sacó la primera libreta. No era un diario. Era una red.

Páginas y páginas de letra de Elena, más firme en las primeras, más quebrada en las últimas. Nombres de calles. Flechas. Tiempos a pie. Bancos. Portales con sombra. Soportales donde todavía se podía esperar sin que te echaran. Farmacias con una silla disponible. Panaderías donde daban un vaso de agua a una persona mayor sin pedir compra. Plazas malas al mediodía. Tramos peores con lluvia. Atajos solo si una iba acompañada.

En la primera página había escrito, años atrás:

Para no llegar siempre por el sitio que más aprieta.

Neira se sentó.

Pasó otra hoja.

De casa al CAP, mejor por Riera Alta aunque sea más largo. Hay dos bancos seguidos y una portera que aún deja esperar dentro si llueve.

Otra.

Mercado de Mestral, no entrar por la puerta principal con calor. Mejor lateral viejo. Huele peor, pero hay pared.

Otra.

Si Neira viene cansada del trabajo, no hacerla pasar por la plaza nueva. Sale peor de lo que entra.

Se quedó inmóvil.

No sabía qué golpeaba más, si encontrar su nombre o entender al fin la clase de saber que estaba mirando.

No eran recuerdos de una mujer que empezaba a perderse. Eran instrucciones de cuidado. Cartografía de barrio hecha a mano. Una inteligencia práctica que Elena había ido levantando durante años para las dos sin presentarla nunca como conocimiento.

Abrió la segunda libreta. Allí había más texto corrido. Fechas sueltas. Obras. Cierres. Sombras cambiadas. Bancos retirados. Portales donde ya no dejaban sentarse. Rutas que habían dejado de

servir no por más largas, sino por más duras.

En una página leyó:

Cada vez ponen más sitio para pasar y menos para recomponerse. Luego dicen que la gente se desorienta.

En otra:

Neira todavía cree que llegar bien es llegar rápido. Ya lo entenderá cuando le fallen los bordes.

Le costó respirar.

Nunca había hablado con Elena en esos términos. Habían hablado de compras, calor, colas, citas, cansancio, vecinos, recetas, puertas que tardaban demasiado en abrirse. Pero por debajo de toda esa superficie había estado esto: una lectura del mundo minuciosa, material, silenciosa, casi humilde de tan exacta.

Abrió la carpeta azul. Dentro había fotocopias de planos viejos del barrio, recortes de prensa local y una hoja doblada muchas veces con el membrete de un antiguo plan de reforma urbana. Al desplegarla, encontró una lista mecanografiada.

Observaciones sobre espacios de estancia y tránsito intermedio

Debajo, una firma apenas legible. En el margen, la letra de Elena:

Quitan bancos porque dicen que atraen espera. Como si esperar fuera una plaga.

Neira cerró los ojos. Entonces volvieron, una detrás de otra, escenas enteras que hasta ese momento había leído mal: la libreta del capítulo 8, el dibujo del capítulo 4 con la frase por aquí te dejan sola antes, la precisión con que Elena elegía itinerarios, el modo en que detectaba una plaza hostil aunque fallara un nombre, la cubierta técnica, la puerta de siempre, la mañana del domingo en la plaza vaciada. Todo regresó junto y, al hacerlo, cambió de escala.

No estaba viendo solo deterioro. Estaba viendo oficio.

Elena se removió en el sillón. Neira levantó la cabeza.

—¿Qué haces?

La voz salió áspera de siesta.

Neira sostuvo la libreta sobre las rodillas, como si pesara más de lo que parecía.

—He encontrado esto.

Elena tardó un momento en enfocar la bolsa, la carpeta, las libretas abiertas sobre la mesa baja. Luego frunció el ceño.

—No era para tirar.

—No lo iba a tirar.

—Entonces no pongas esa cara.

La risa de Neira se quebró antes de llegar a ser risa.

—¿Por qué no me lo enseñaste?

Elena se incorporó despacio.

—Porque no era para enseñar.

—¿Y para qué era?

—Para llegar.

La sencillez de la respuesta la hirió más que cualquier solemnidad.

—Hay páginas sobre mí.

—Claro.

—¿Claro?

Elena la miró con esa paciencia que a veces rozaba la exasperación.

—Tú te cansabas antes de admitir que estabas cansada. Había que pensar bien por dónde hacerte volver.

La frase abrió de golpe una memoria entera. Desvíos que Neira había tomado por manías. Paradas en panaderías, portales, bancos o patios de iglesia que ahora se le revelaban como decisiones tácticas, pequeñas defensas materiales contra el desgaste.

—Me estabas cuidando.

Elena se encogió de hombros.

—Y tú a mí.

—No igual.

—Nunca es igual. Por eso hay que fijarse.

El silencio que siguió no interrumpía nada. Al contrario. Por fin permitía oírlo bien.

Neira pasó el pulgar por una página donde Elena había marcado tres bancos consecutivos con una estrella.

—¿Tú ibas a esas reuniones? —preguntó, señalando la hoja del plan.

—A algunas.

—Nunca me contaste.

—Nunca preguntaste.

No había reproche. Había contabilidad exacta.

—Pensaba que eran cosas del barrio —añadió Elena.

—Lo eran.

—Ya. Pero cuando una es joven cree que las cosas del barrio están ahí solas, como los árboles.

Neira agachó la cabeza.

—Yo pensaba que últimamente te orientabas peor porque estabas peor.

—Y estoy peor.

Elena extendió una mano hacia la libreta.

—Pero también han quitado ayudas sin llamarlas ayudas. Luego parece que la que falla soy yo sola.

La frase ordenó de un golpe todo lo que Neira llevaba meses mirando por trozos.

Cogió la tercera libreta. En la última página, escrita con letra ya vacilante, encontró dos líneas:

Cuando me equivoque de puerta, mirar primero si han quitado antes el lugar donde una podía darse cuenta sin hacer el ridículo.

Debajo:

Decírselo a Neira sin enfadarla.

Esta vez sí lloró. No con grandeza. Lloró como se abre una costura vieja. En silencio. Con la humillación de comprender demasiado tarde una delicadeza que había operado años delante de ella.

Elena la dejó llorar unos segundos. Luego dijo:

—No hagas eso encima de los papeles.

Neira soltó aire entre llanto y risa.

—Perdón.

—Además, ya lo estás entendiendo. No hace falta dramatizar tanto.

La frase, dicha así, la salvó.

Secó la mesa. Ordenó las libretas por tamaño para volver a tener manos. Luego levantó la vista.

—Clara.

Elena parpadeó.

—Qué.

—El otro día me llamaste Clara.

Esta vez Elena tardó más. Miró un punto alto de la pared.

—Mi hermana.

—Ya.

—Era la que se sabía los sitios de esperar cuando yo todavía iba demasiado deprisa.

Neira sintió moverse otra capa del libro bajo los pies.

—¿Te parezco a ella?

Elena la miró con una ternura severa, casi dolorosa.

—No. Pero a veces la echo de menos justo cuando te miro cansarte.

De pronto, incluso aquel error cambió de color. No dejaba de doler. Pero dejaba de ser un puro fallo. Había memoria mezclada, duelo antiguo, reconocimiento torcido pasando por una persona presente.

Cenaron poco y tarde. Después, ya de noche, Neira llevó las libretas a la mesa del salón y empezó a copiar algunas rutas en el comunicador.

Elena la observó un rato.

—No lo metas todo ahí.

—¿Por qué?

—Porque luego parecerá que lo sabe la máquina.

Neira dejó de escribir.

—Entonces qué hago.

Elena se tocó la sien con dos dedos.

—Apréndetelo como se aprenden las casas.

Más tarde, cuando Elena se quedó dormida y la vivienda entró en ese silencio de ascensores lejanos y agua por las tuberías, Neira salió al balcón mínimo del salón con una de las libretas entre las manos.

Abajo, la calle seguía impecablemente operativa. Luces de paso. Rutas suaves. Un reparto tardío. Una pareja consultando una pantalla. Un hombre apoyado medio minuto en una fachada antes de seguir. Todo estable. Todo correctamente dispuesto.

Y, sin embargo, ahora lo veía desde otra moral.

Elena no era solo la mujer a la que estaba intentando sostener mientras la ciudad la iba dejando atrás. Era también la mujer que, durante años, había sostenido para ella una lectura humana de la ciudad, un arte de llegar sin apretar tanto.

El reconocimiento había llegado tarde. Tarde para ahorrarse muchas discusiones. Tarde para devolverle todos los

agradecimientos que faltaban.

Pero no del todo inútil.

Porque ahora entendía lo esencial: no había estado sosteniendo solo a una mujer vulnerable. Había estado intentando sostener, sin saberlo, la última forma viva en que la ciudad todavía le enseñaba a orientarse.

Cuando volvió a entrar, dejó la libreta sobre el aparador no como un recuerdo ni como una prueba. La dejó como se deja una herencia incómoda que ya no puede devolverse.

En el cuarto, Elena dormía con el brazo fuera de la sábana. Neira le acomodó la mano hacia dentro con un gesto tan aprendido que por fin vio su doble verdad completa: ella la cuidaba, sí.

Pero llevaba años siendo cuidada por la parte de Elena que sabía leer el daño mucho antes de que el sistema aceptara nombrarlo.

Capítulo 14
Lo que seguía funcionando

El último viernes, la ciudad amaneció con alerta amarilla por calor retenido y una mejora en los tiempos de acceso sanitario de proximidad.

Neira leyó ambas cosas en la lente mientras esperaba el café y

sintió una fatiga tan antigua que ya no se parecía al cansancio. Había dormido en el sofá de Elena. No por dramatismo. Porque desde la interrupción, y sobre todo desde las libretas, volver a su piso le producía la sensación supersticiosa de dejar suelto algo que quizá solo seguía en pie mientras una persona concreta permaneciera allí.

Elena se despertó a las siete y media. Pidió café. Pidió que abrieran solo un poco la ventana buena. Pidió su blusa clara. Nada raro. Nada alarmante. Y, sin embargo, en cada gesto había una fragilidad nueva, como si el cuerpo entero negociara el día con menos margen.

—Hoy no trabajes —dijo mientras Neira removía el café.

—Tengo que ir un rato.

—No hace falta que mientas tan temprano.

Neira sonrió sin ganas.

—Voy, cierro dos cosas y vuelvo antes de comer.

Elena aceptó la mentira con un movimiento mínimo de cabeza. Luego miró la libreta sobre el aparador.

—No te la lleves por la calle.

—No.

—Te la podrían ordenar mal.

Neira entendió la frase sin necesidad de traducirla.

A las 08:40 salió hacia la oficina con comida preparada, agua medida, la radio en la emisora que Elena toleraba y una nota visible sobre la mesa del salón.

Vuelvo pronto. No hagas la sopa.

Elena la había leído y había sonreído apenas.

—Parece una orden de ocupación.

—Parece un recordatorio.

—Ya.

Se besaron en la mejilla al despedirse, algo que no hacían siempre. El gesto le dejó a Neira una incomodidad supersticiosa, como si hubiera subrayado una escena sin saber todavía para qué.

En la oficina, nada estaba hecho para la clase de mañana que era. Tomás hablaba de un ajuste satisfactorio en protocolos de validación mixta. Gael celebraba que el mapa térmico hubiera mejorado dos décimas respecto a la semana anterior. Leila la sostuvo con la mirada un segundo más y eso fue todo.

Neira abrió tres incidencias, respondió cuatro mensajes y al cuarto minuto ya supo que no iba a durar hasta las once. No solo por Elena. Porque la sala entera se le había vuelto moralmente ilegible. Todo seguía igual y, sin embargo, ya no podía dejar de ver la cantidad de sufrimiento pequeño que aquella normalidad necesitaba expulsar del encuadre para parecer tan serena.

A las 09:17 pidió salida anticipada. Tomás levantó la vista.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Estamos cortos.

—Lo sé.

Él dudó. No por maldad. Por costumbre de sistema.

—¿Es urgente de verdad?

Neira lo miró un segundo entero.

—No sabría ponértelo en el formulario correcto.

Aquello bastó para desarmarlo. Le aprobó dos horas con una mueca cansada.

Salió ya llamando a Elena. No respondió.

No se alarmó todavía. A veces dejaba el comunicador en el dormitorio. A veces bajaba el volumen. A veces no le apetecía atender a tiempo a nadie.

Volvió a llamar al llegar al corredor de sombra. Nada.

La ciudad le recomendó ralentizar la marcha por densidad puntual en el tramo habitual. Cerró el aviso sin terminar de leerlo. Cruzó por fuera de banda. Se llevó dos advertencias ámbar y le dio igual. Un repartidor tuvo que corregir la trayectoria para no chocar con ella. Una mujer con carrito la miró con fastidio. La ciudad siguió corrigiéndola con educación.

Cuando llegó al edificio, el portal estaba abierto. No en modo supervisado. Abierto.

Subió sin esperar ascensor. La puerta de la vivienda seguía entornada.

—¿Elena?

La encontró en el salón. No caída. Sentada en el sillón, el cuerpo algo vencido hacia un lado, una mano sobre la libreta abierta y la otra buscando sin encontrar del todo el borde del apoyabrazos.

Respiraba. Pero mal.

Neira llegó a su lado en dos pasos.

—Elena.

Los ojos de Elena se abrieron más al oírla. No había pánico. Había cansancio y una concentración dolorosa, como si intentara terminar una tarea dentro del propio cuerpo.

—No me daba tiempo —dijo.

—No hables. Espera.

Activó asistencia médica. Esta vez sí.

Unidad de proximidad asignada
Tiempo estimado de llegada: 04 min

Cuatro minutos.

Se arrodilló a su lado. Le sostuvo la espalda. Intentó acomodarla mejor. Elena seguía agarrando la libreta.

—Mírame.

Elena la miró.

—Lo he escrito —susurró.

Neira bajó la vista. En la página abierta, con letra desigual, inclinada hacia la derecha, había una sola línea nueva:

cuando ya no sepas por dónde, quédate con quien te reconoce antes

El mundo se redujo a esa frase, esa respiración mala, esa mano tibia sujetando papel.

—No te vayas ahora —dijo Neira.

Oyó en su propia voz algo infantil, desprotegido, sin técnica.

Elena hizo un gesto mínimo, casi de negación.

—No me voy por un sitio —dijo con esfuerzo—. Me voy acabando.

La unidad llegó sin sirena. Solo una vibración grave al detenerse abajo y dos pasos rápidos por la escalera. Todo correcto. Todo eficaz. Todo insuficiente de una manera que ya no tenía nada que ver con el tiempo de respuesta.

Entraron una médica joven y un técnico con mochila compacta. Evaluaron. Midieron. Preguntaron. Colocaron sensores. La casa se llenó de ese tipo de eficacia que no interrumpe el dolor, pero tampoco lo acompaña.

—¿Antecedentes cardíacos? —preguntó la médica.

—No importantes.

—¿Tiempo de inicio?

—No sé. Menos de una hora. Quizá menos.

Elena cerró los ojos un momento. La médica le habló alto y claro. El técnico preparó el traslado. Todo parecía seguir una buena secuencia.

Solo que Neira ya sabía que aquello no empezaba allí. Venía de lejos. Venía acumulado. Venía administrado.

—Podemos trasladar con prioridad media alta —dijo la médica —. Está inestable, pero consciente.

Elena abrió los ojos otra vez. Buscó a Neira, no a la médica.

—Tú.

—Voy contigo.

—Solo un acompañante en unidad —dijo la médica.

No hubo discusión porque no había nadie más. Por una vez, ningún protocolo necesitó preguntarle qué clase de vínculo era. Bastó con que estuviera allí.

Mientras preparaban la camilla, Neira vio la nota que había dejado por la mañana. No hagas la sopa. Ridícula. Tierna. Insuficiente. Pensó en cuántas veces cuidar había consistido exactamente en eso: pelear para que una cosa pequeña no tuviera que sostenerse sola.

Bajaron. La puerta del portal se abrió sin demora. La camilla giró bien. La unidad de proximidad los absorbió con una limpieza impecable.

Durante el trayecto al hospital, la pantalla interior fue mostrando constantes, tiempos de llegada y confirmaciones de recepción. La ciudad sabía mover un cuerpo frágil con precisión cuando por fin aceptaba que era un cuerpo frágil.

Elena habló poco. Dos veces preguntó si habían cogido la libreta. La tercera dijo:

—No dejes que te organicen la pena como si fuera una cola.

Neira se inclinó sobre ella.

—No hables.

Elena la miró con un brillo cansado, casi burlón.

—Siempre mandas tarde.

Fue la última frase completa que dijo.

En urgencias, todo ocurrió deprisa y lejos a la vez. Recepción prioritaria. Separación. Preguntas. Formularios. Una médica distinta. Explicaciones prudentes. Empeoramiento súbito. Maniobras. La gramática limpia del daño cuando ya ha sido

suficientemente legitimado como para ser atendido del todo.

A las 12:43 le comunicaron que no habían conseguido estabilizarla. La frase fue impecable. La sala también. Había una silla cómoda, un vaso de agua y una profesional entrenada para mirar sin invadir. Todo estaba mejor diseñado que casi cualquier cosa que Elena había necesitado durante los últimos meses.

Neira escuchó. Asintió. Contestó lo que correspondía. Llamó a Diego con una voz que no parecía suya. Firmó donde le indicaron. Guardó la libreta en el bolso sin recordar el gesto.

No lloró allí. No delante de la médica. No cuando llegó Diego con la cara rota y un cansancio tan viejo que ya no defendía nada. Lloró al salir del hospital y ver que la explanada exterior era un espacio perfecto de tránsito sanitario: sombra suficiente para relevos, señalización clara, flujos bien orientados, y ni un solo lugar decente donde una persona pudiera derrumbarse sin convertirse en estorbo.

Se sentó igual en un borde técnico junto a un seto raquítico. Diego se quedó a dos metros, de pie, sin saber si acercarse.

—Lo siento —dijo al cabo de un rato.

Neira tardó en responder.

—Yo también.

—No por eso solo.

Ella levantó la cabeza. Diego tenía en la mano una de las fotocopias que habían salido del bolso al buscar la tarjeta sanitaria. La hoja del plan de reforma con las notas de Elena en los márgenes.

—No sabía nada de esto —dijo.

—Yo tampoco hasta ayer.

Él miró el papel, luego la explanada, luego el paso continuo de personas que entraban y salían con sus justificantes, sus diagnósticos y sus tiempos cuantificados.

—Siempre pensé que se enfadaba con tonterías.

Neira se secó la cara con la manga.

—No se enfadaba. Le faltaban apoyos antes que a nosotros el lenguaje.

Diego no respondió. Se sentó por fin a su lado, sin tocarla. Eso ya era bastante.

Pasaron varios minutos viendo funcionar el hospital. Camillas entrando. Familias apartándose donde debían. Máquinas

expendedoras. Pantallas con turnos. Un vigilante indicando con amabilidad dónde no podían quedarse demasiado tiempo. Todo fluía.

Entonces Neira pensó algo que ya no iba a poder dejar de pensar.

Elena no había muerto por un error puntual. Había muerto al final de una cadena en la que casi todo había llegado de forma técnicamente válida y demasiado tarde.

No podía probarlo como informe. Lo sabía en el cuerpo.

Por la tarde volvió sola al piso de Elena. La unidad residencial había enviado ya un mensaje correcto sobre cierre temporal de accesos y acompañamiento administrativo disponible. Lo leyó sin odio. Ya no le quedaba energía para esa clase de odio.

Entró. La casa seguía igual que por la mañana salvo por las ausencias. La taza en el fregadero. La blusa doblada sobre la cama. La nota de la sopa. La radio apagada. El hueco en el sillón.

Dejó la libreta abierta por la última página sobre el aparador. No como altar. Como instrucción.

Después bajó al portal y salió a la calle cuando el sol empezaba a caer. No quería aire. Quería comprobar algo.

Caminó hasta la plaza de la estación vieja. La misma del domingo. La plataforma dura donde nadie terminaba de quedarse bien. A esa hora estaba llena de funcionamiento: gente cruzando hacia el intercambiador, bicicletas desacelerando en el carril correcto, correcciones pequeñas para que nadie ocupara mal el espacio. Vista desde fuera, la ciudad seguía pareciendo admirable. Eficiente. Legible. Cuidadosa incluso.

Neira se quedó quieta en un borde. Nadie la echó. Nadie le preguntó si estaba bien. Nadie tenía por qué.

Eso era precisamente lo que ahora veía.

No era hostilidad. Era otra cosa: una ciudad cada vez más suficiente para una vida abstracta y cada vez menos para una vida concreta, compartida con otros cuerpos, otros ritmos, otras pérdidas.

Sacó la libreta del bolso y releyó la última frase de Elena.

cuando ya no sepas por dónde, quédate con quien te reconoce antes

Levantó la vista. Al otro lado de la plaza, una mujer mayor dudaba frente a la bifurcación de dos corredores. La gente la rodeaba sin brusquedad, simplemente obedeciendo el flujo. Un

chico joven que venía con dos bolsas se detuvo, le habló, la escuchó, y luego torció su propio camino para acompañarla unos metros hasta la zona con sombra donde las señales se leían mejor.

La escena fue mínima. Nadie la registró. Ninguna pantalla la celebró. No optimizaba nada.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Lo que seguía funcionando: la posibilidad frágil de que un cuerpo reconociera a otro a tiempo y cambiara de ritmo por él. Ese resto sin prestigio sistémico que Elena había sabido leer mejor que nadie.

Neira permaneció allí hasta que la sombra se alargó lo suficiente para volver soportable el suelo. Después guardó la libreta, se secó la cara por última vez y emprendió el camino de regreso no por la ruta más rápida, sino por una de las que Elena habría elegido: más larga, con mejores bordes, con dos bancos seguidos y un portal donde aún, si llovía, quizá alguien dejaría esperar dentro.

Al doblar la avenida vio a Diego al otro lado del cruce. Hablaba por el comunicador sin levantar la voz. La luz estaba bajando y la ciudad empezaba a parecer otra: más limpia, más disponible, menos responsable. Diego alzó una mano mínima al verla y siguió hacia la zona donde la sombra duraba menos que la vigilancia. Neira no lo llamó. Entendió, con una punzada nueva, que el día no terminaba cuando cerraban las oficinas, sino cuando la ciudad dejaba de hacerse cargo de quienes aún seguían moviéndose dentro.

La ciudad siguió funcionando a su alrededor.

Ella ya sabía que eso no era cuidado.

Parte 2

La noche

Capítulo 1

El resto del margen

Diego notó el cambio antes de que el cielo terminara de caer.

No fue una sirena, ni un aviso, ni una orden visible. Fue una serie de detalles que solo parecían menores para quien aún tuviera la suerte de poder llamarlos así. Dos auxiliares saliendo a la vez por la puerta lateral del nodo de soporte, una persiana técnica bajada hasta la mitad, el parpadeo más lento de una línea de validación en el suelo, el gesto con que un hombre guardaba su acreditación en el bolsillo como quien acepta que a partir de ahí ya no conviene

enseñar demasiado nada.

Los paneles seguían en verde.

Eso era casi lo peor. La estación de paso mantenía la misma calma limpia de cada tarde, con sus superficies blancas, sus esquinas redondeadas, sus mensajes de circulación amable y sus flechas precisas hacia rutas que aún fingían ser equivalentes. Bajo la marquesina, la luz técnica caía sobre la gente con una frialdad uniforme que borraba cansancios, edades, urgencias. Todos parecían igual de legibles. Igual de atendidos.

Pero los bordes ya no.

En los extremos del andén, donde empezaba la zona de carga y los corredores se abrían hacia sectores menos vigilados, la luz se estaba volviendo ámbar, como si el propio nodo sudara cansancio. Allí el suelo devolvía reflejos mates sobre manchas secas, ruedas detenidas, cajas precintadas y dos carros de apoyo que nadie se había llevado todavía. El turno diurno dejaba siempre una franja de orden residual, una cortesía de superficie. La noche heredaba esa apariencia durante unos minutos y después empezaba a retirarla según otros criterios, no siempre escritos y casi nunca admitidos.

Diego levantó la muñeca.

SOPORTE DE TRÁNSITO INTERSECTORIAL
Estado: operativo
Densidad: moderada
Tiempo estimado de asistencia: 04 min

Cuatro minutos.

Miró a la mujer del banco sin respaldo, debajo del panel de información. Seguía doblada sobre un bolso térmico demasiado pequeño, respirando con la paciencia torcida de quien ya ha entendido que protestar consume más que esperar. Junto a ella, un chico muy joven sujetaba una maleta de herramientas con la mano izquierda y con la derecha hacía pequeños gestos sobre su lente, una y otra vez, como si insistir en el mismo menú pudiera cambiar la respuesta.

Operativo.

A esas horas, esa palabra solo quería decir que aún quedaba sistema suficiente para mantener el lenguaje.

Se acercó al mostrador lateral, donde una trabajadora recogía terminales con movimientos rápidos, limpios, de final de turno contenido.

—Necesito confirmar si sigue abierta la derivación sur.

La mujer ni siquiera levantó la cabeza al principio.

—En pantalla figura activa.

—No te pregunto qué figura.

Entonces sí lo miró. No con hostilidad, sino con ese cansancio profesional que todavía conserva educación, pero ya no margen.

—Si no hay actualización, sigue activa.

—¿Y personal?

Una pausa mínima.

—Reasignándose.

Diego soltó aire por la nariz.

—O sea que no.

—O sea que si vas a cruzar, mejor ahora.

La frase llegó tan neutra que cualquiera habría podido confundirla con una recomendación logística. Diego la oyó como lo que era: el tipo de advertencia que el sistema permitía pronunciar cuando ya había decidido empezar a soltar zonas enteras sin decirlo en voz alta.

Se volvió hacia el corredor. Las líneas de guía seguían encendidas en blanco. Más allá, casi al final del primer tramo cubierto, una baliza lateral acababa de pasar de verde a un rojo tenue, no de cierre, no todavía, sino de prioridad condicionada. El color le dio en la cara a un hombre que arrastraba un depósito portátil y por un segundo lo dejó con el pómulo encendido, como si la ciudad ya hubiera decidido algo sobre él antes de que él lo supiera.

El comunicador vibró una vez.

No era la incidencia que esperaba. Era una cesión de margen pendiente, corta, sucia, suficiente para complicarle la noche antes de empezarla del todo.

Diego sonrió sin ganas.

La noche siempre comenzaba así, pensó: con la ciudad diciendo que todavía no pasaba nada y varias personas entendiendo al mismo tiempo que acababan de quedarse un poco más solas.

El corredor corto no aparecía ya en ninguna recomendación prioritaria, y por eso mismo seguía siendo el más útil si necesitabas llegar antes de que alguien cerrara, cayera o dejara de responder.

Diego bajó la rampa lateral con el hombro pegado a la pared y el comunicador en silencio táctico. Había apagado las alertas hápticas

para no delatar prisa. Arriba, el nodo todavía conservaba su disciplina blanca. Abajo, en cambio, la ciudad empezaba a parecer una máquina cansada que hubiera decidido iluminar solo aquello de lo que quería seguir siendo responsable.

Las balizas de tramo cortaban la oscuridad con un rojo intermitente, espaciado, nada dramático. No era luz de alarma plena. Era peor. Era la clase de luz que no te prohíbe pasar, porque prohibir obligaría a hacerse cargo. Solo te deja claro que, a partir de ahí, lo que ocurra ya tenderá a resolverse por otras manos.

El suelo estaba húmedo por condensación o por alguna fuga leve de los conductos superiores. Las líneas de drenaje devolvían reflejos sucios, y cada pocos metros la señalética incrustada en la pared repetía el mismo mensaje con cortes mínimos de texto.

PASO CONDICIONADO
SIN ESTANCIA
PRIORIDAD VARIABLE

Sin estancia.

Como si quedarse quieto fuese un error moral y no una necesidad de muchos cuerpos.

Los vio antes de llegar al estrechamiento. Dos personas, una apoyada en la valla técnica y otra sentada sobre un módulo de cableado cubierto con lona gris. No parecían estar vigilando nada de forma abierta. Precisamente por eso era evidente que estaban allí para decidir quién pasaba sin coste adicional y quién no.

La persona sentada llevaba una chaqueta reflectante vieja, sin identificación visible. La otra, una mujer de pelo muy corto y mandíbula seca, tenía en la mano un lector portátil apagado. O eso aparentaba. La luz roja de una baliza alta les daba a ratos en la cara y se retiraba, como si la escena respirara por pulsos.

—Vas rápido —dijo ella.

—No tanto.

—Eso no lo decides tú.

Diego no dejó de andar hasta quedarse a una distancia que no fuera desafío ni sumisión. Desde allí podía ver, detrás de los dos, el punto donde el corredor volvía a abrirse y conectaba con el tramo cubierto que necesitaba. Tan cerca que casi ofendía.

—¿Cuánto? —preguntó.

La mujer ladeó la cabeza, valorándolo.

—Depende de a quién llegas tarde.

—No es una respuesta.

—Claro que sí. Algunas prisas cotizan mejor que otras.

El hombre de la lona soltó una risa breve, sin humor. Diego mantuvo la vista en la mujer. Sabía que allí lo peor era sobreactuar dureza. La noche estaba llena de gente que confundía tensión con rango y acababa pagando por ambas cosas.

—No llevo crédito abierto.

—No te he pedido crédito.

La mujer alzó apenas el lector. La pantalla seguía negra, pero Diego vio un pulso mínimo en el canto, un verde sucio, casi invisible. No era un dispositivo oficial. Tampoco una chatarra cualquiera.

—Puedes ceder paso futuro —dijo ella—. O ventana. O nombre.

Nombre.

Ahí estaba siempre el verdadero precio. No el dinero, no el saldo, ni siquiera el tiempo. El derecho a asociar tu trayectoria a la necesidad de otro.

—Una ventana —dijo Diego.

—¿De cuánto?

—Diez minutos.

La mujer ni parpadeó.

—No insultes.

La baliza roja cambió de ritmo por encima de ellos. Más lejos, al otro lado del conducto, se oyó el golpe seco de algo metálico y una voz que se apagó demasiado pronto. Diego no miró. Mirar era aceptar inventario.

—Quince y cierro aquí.

—Veinte y no te sigo debiendo nada dentro de esta franja.

Ella sonrió apenas, no porque le hiciera gracia, sino porque acababa de medir el tamaño real de su urgencia.

—Veinte y trazabilidad muda.

—Hecho.

Le tendió la muñeca. La mujer acercó el lector portátil. Esta vez la pantalla despertó lo justo para dibujar una línea roja, luego otra ámbar, luego un destello verde que desapareció casi antes de nacer. No apareció ningún texto. Ningún sello. Ninguna confirmación que pudiera servirle luego.

Solo una vibración seca en el hueso.

Cesión temporal aplicada

Ventana: 00:20
Registro: diferido

Registro diferido.

La fórmula perfecta para todas las cosas que el sistema prefería no dejar de mirar del todo ni mirar a tiempo, por si luego convenía decir que nunca había estado completamente ausente.

La mujer se apartó un paso.

—Corre si vas a correr.

Diego cruzó el estrechamiento sin agradecer nada. Al pasar junto a ella notó el olor a plástico caliente, sudor antiguo y metal húmedo. La ciudad nocturna tenía ese olor cuando se acercaba demasiado a su propia infraestructura.

No miró atrás hasta llegar al tramo cubierto. Entonces vio, por el reflejo del panel lateral, que otra figura acababa de entrar en el corredor desde arriba. Dudó un segundo. Después siguió andando.

Sabía que veinte minutos podían salvarte un trayecto o condenarte el resto de la noche.

Al salir del estrechamiento vio el movimiento demasiado tarde.

No fue un grito largo. Fue el sonido seco de una disputa ya decidida, un cuerpo golpeando la pared técnica y el chasquido de una carcasa al romperse contra el suelo. Dos hombres habían cerrado a otro junto a un recodo mal iluminado, justo en el tramo donde la baliza roja dejaba zonas enteras con sombra suficiente para no distinguir si aquello era forcejeo, robo o corrección.

Diego llegó cuando uno de ellos ya le estaba arrancando la unidad de reserva del cinturón. No era solo batería. También llevaba crédito respirable y una pequeña ampliación de margen exterior. Lo imprescindible para no quedarse tirado al final de la franja.

—Déjalo —dijo Diego.

Lo dijo sin épica, sabiendo que en la noche la autoridad sin respaldo solo sirve para que te midan mejor.

Uno de los hombres se giró. Joven, mandíbula tensa, manos demasiado tranquilas. El otro no dejó de sujetar al caído, con una rodilla clavada entre sus omóplatos.

—Sigue —dijo el primero—. Aún te da tiempo.

Aún te da tiempo.

Eso era la noche entera en una frase. No justicia, no ayuda, no orden. Tiempo. O el resto de él.

El hombre en el suelo intentó incorporarse y recibió un golpe corto en las costillas, casi administrativo por su economía. Jadeó y extendió una mano hacia la unidad desprendida. Diego dio un paso al frente. El de la mandíbula tensa levantó algo pequeño, metálico, no exactamente un arma exhibida, pero sí la clase de objeto que volvía estúpida cualquier discusión sobre rangos.

—No es tuyo.

—Tampoco de vosotros.

—Ahora sí.

El corredor siguió respirando en rojo. Ninguna alarma. Ningún cierre. Ninguna cámara visible orientándose hacia ellos. La ciudad había dejado precisamente ese ángulo en una penumbra calculada donde la violencia podía hacer trabajo de selección sin volverse incidente central.

Diego miró al hombre en el suelo. Tendría cincuenta y pocos. Un uniforme desabrochado en el cuello. Sudor gris en la frente. Si le quitaban aquella unidad, no solo perdía energía o saldo. Perdía tramo. Aire. Posibilidad.

Calculó demasiado rápido y demasiado mal, como se calcula siempre cuando el sistema ya te ha dado la espalda y aún finges que no del todo.

Se quitó su propia reserva auxiliar y la lanzó a medio camino, lejos del cuerpo tumbado.

—Esa es mejor. Coged esa y soltadlo.

El gesto funcionó porque era miserable y práctico a la vez.

El que sujetaba al hombre dudó. El otro siguió un instante inmóvil, midiendo. Después sonrió apenas y fue a por la nueva unidad. En ese segundo, Diego tiró del herido por el antebrazo.

—Arriba.

No consiguió ponerlo en pie del todo. Solo desplazarlo lo bastante para sacarlo del ángulo de rodilla y pared. El hombre soltó un gemido seco. Detrás, oyó el insulto y luego un golpe de pasos cortos. No esperó a comprobar si los seguían con ganas o solo con desprecio. Cargó con el peso como pudo y lo arrastró hasta la siguiente banda de luz blanca.

Allí sí. Allí sí parecía volver a existir un poco el mundo.

El hombre se dobló, tosiendo.

—Me han quitado... —empezó.

—Ya.

Diego miró su muñeca.

La cesión del corredor seguía corriendo. Había perdido la reserva auxiliar. Había gastado margen. Había ganado un desconocido medio roto y quizá diez minutos menos de los que ya no tenía.

A unos metros, la señal del nodo seguía intacta, amable, indicándole soporte cercano y ruta disponible.

Era eso lo que convertía la noche en algo peor que una simple ciudad violenta. No que te robaran. No que te golpearan. Sino que, cuando el tiempo se te acababa, el sistema apartaba la vista lo justo para que otros decidieran por él quién llegaba, quién perdía aire y quién iba quedándose atrás.

Capítulo 2
Siete minutos

El hombre al que había sacado del recodo se llamaba Salvat, o eso

entendió Diego al tercer intento, cuando por fin logró sentarlo en el borde frío de una jardinera técnica junto al nodo de soporte y darle dos sorbos cortos de agua reciclada sin que tosiera la mitad.

No tenía buena cara. No la cara espectacular del herido grave, sino otra peor para la noche: la del que todavía puede moverse, discutir, insistir en que no hace falta ayuda, mientras ya ha perdido justo lo suficiente para quedarse fuera de tiempo un poco más adelante.

—No tendrías que haberte parado —dijo, con la voz rota—. Iban a quitármela igual.

Diego miró la muñeca vacía del hombre. Luego la suya. La banda de cesión seguía descontando. La reserva auxiliar había volado con el trueque. Le quedaba margen, pero ya no el margen cómodo, no el que permitía encadenar errores y seguir llamándolos gestión.

—Pues ahora ya no la tienen toda.

—Tienen la buena.

Eso también era verdad.

Al otro lado del cristal del nodo, la trabajadora del módulo seguía donde estaba, hablando con una pareja mayor en el mismo tono neutro con que podría haber descrito la previsión de humedad o una reasignación de mostrador. Nadie miraba hacia fuera. Nadie había dejado de mirar del todo tampoco. La noche funcionaba así: suficiente visión para sostener la conciencia, no tanta como para generar obligación.

El comunicador vibró en la palma de Diego.

No era Elena. No todavía. Era una alerta corta de ajuste de ruta: dos tramos degradados, una recomendación de desvío y un recordatorio de ventana activa que, leído a esas horas, sonaba menos a ayuda que a amenaza educada.

Le siguió otra vibración, esta vez sí con nombre.

Neira.

Diego cerró los ojos un segundo.

No respondió al primer pulso. Miró a Salvat, al nodo, al corredor que acababa de cruzar, a la banda de tiempo deslizándose en su muñeca como si todavía fuese una cifra y no una amputación en curso. La llamada insistió.

Contestó.

—Estoy fuera.

Y en cuanto lo dijo supo que la escena ya estaba ocurriendo otra vez, exacta y fatal, como si el lenguaje también fuese una infraestructura que repitiera sus pasillos.

—¿Fuera dónde?

Miró un segundo la puerta del edificio de Elena, todavía a una manzana y media, detrás de un tramo que ahora ya no podía hacer a la velocidad prevista.

—Abajo. El acceso no me lee la vinculación temporal.

No era toda la verdad. La vinculación leía mal y además él llegaba ya mordido: sin reserva, con tiempo menos y con un hombre medio roto a seis metros, mirándolo como si aún no hubiera decidido del todo si iba a pedirle algo más.

—¿Qué vinculación temporal?

—La de la compra asistida. La que me mandasteis la semana pasada.

La semana pasada. Diego vio en su cabeza el archivo mal nombrado, la validación mínima, el parche pensado para una ciudad diurna donde las cosas todavía podían aguantar cuarenta y ocho horas más sin volverse una trampa.

—Espera.

Salvat soltó una tos áspera y se inclinó hacia delante. Diego miró alrededor buscando una cámara, un vigilante, cualquier forma oficial de delegar el problema. Había luz. Señalética. Algo con forma de banco, limpio y estrecho, de esos que sustituyen al asiento de antes sin llegar a serlo. Ninguna ayuda real.

—Eso hago.

Neira cortó. Bien. Mejor así. Cada segundo hablando con ella era un segundo menos para llegar y un segundo más para pensar si contárselo todo o mentir en el tipo exacto de medida que aún pudiera llamarse protección.

Salvat lo miraba fijamente.

—Tú tampoco vas a llegar a tiempo, ¿no?

Diego no respondió.

—Te he visto la pulsera.

—No la mires tanto.

—Es difícil no mirar lo poco que le queda a otro cuando a ti ya te han quitado lo tuyo.

La frase le cayó encima con una violencia más limpia que el

golpe del corredor. Diego giró la cabeza hacia el interior del nodo otra vez. Seguían resolviendo otras vidas en voz baja, detrás de un cristal impecable.

Tomó una decisión que en el día habría parecido pequeña y en la noche equivalía a elegir quién tenía derecho a empeorar solo.

Le pasó a Salvat el único código de acceso parcial que todavía conservaba para un punto de apoyo intermedio, una derivación menor a dos calles, quizá útil, quizá inútil, pero mejor que dejarlo donde estaba esperando a que alguien más rápido o más cruel terminara de vaciarlo.

—Vete aquí —dijo, abriendo la ruta en la lente del hombre—. No al grande. Al intermedio. Si te paran, enseña esto y di que te lo han reasignado por saturación.

Salvat lo miró sin entender si aquello era ayuda o una forma elegante de quitárselo de encima.

—¿Y tú?

—Yo tengo que irme.

—Eso ya lo sabía.

Diego lo sostuvo dos segundos. Bastaban para entenderse sin absolverse.

—No uses mi nombre.

Se levantó antes de que el hombre respondiera. Volvió a mirar la puerta del edificio de Elena. El tiempo seguía corriendo con esa obscenidad abstracta de todos los relojes que todavía no dicen cuerpo, pero ya lo administran.

Cuando llegó al portal, el vidrio tardó un segundo de más en leerle la muñeca.

Luego otro.

Y entonces la llamada ya estaba en marcha también del otro lado de la historia.

—No corras —dijo Elena arriba, con esa voz cansada que siempre parecía haber entendido antes que nadie la repetición de ciertas desgracias.

—No corro.

Mentía. Iba ya por dentro a la velocidad exacta del que sabe que llega tarde no a un encuentro, sino a una lectura. A cómo lo van a leer. A cómo una noche entera puede caber dentro de una frase mal dicha en un portal.

—Eso decís siempre justo antes.

Bajó el último tramo y salió al exterior del edificio. Neira estaba ya en la puerta interior, comunicador en mano, la mandíbula apretada y dos bolsas todavía sin subir. Diego sintió en la espalda el sudor enfriándosele bajo la camisa y, por debajo de eso, algo peor: la suciedad del recodo anterior pegada todavía a sus decisiones.

—No me reconoce —dijo, levantando la muñeca.

—Pásamela.

Diego se la tendió. La escena repitió su mecánica con una precisión obscena: la muñeca alzada, la pantalla inclinada, los dos segundos de lectura, la noche entera comprimida en una comprobación de portal. Y, sin embargo, Neira no podía ver la reserva perdida, ni al hombre apoyado en una jardinera técnica a dos calles, ni el cálculo miserable que acababa de hacer para llegar hasta allí con una parte de sí ya descontada.

Neira revisó la autorización. Diego la observó hacerlo con una mezcla de alivio y cansancio hostil. Sabía que ella leería otro atasco, otra humillación menor en una cadena ya larga. Y tenía razón. Pero no toda.

—Te han cambiado la categoría.

Diego soltó una risa sin alegría.

—Qué alivio ponerle nombre.

Ella intentó forzar la lectura manual. Diego la vio esperar esos segundos con el gesto endurecido de quien quiere seguir creyendo que insistir técnicamente todavía sirve para algo. Sirvió, a medias, como servían todas las cosas a esa hora.

—Tienes siete minutos —dijo ella.

Siete.

Siete minutos para parecer una visita. Siete para subir las bolsas. Siete para que Elena no notara del todo el retraso. Siete para entrar y salir antes de que el resto de la noche volviera a pasarle factura.

Diego recogió las bolsas.

—Generosísimo.

La puerta cedió al fin.

Entraron.

El portal los tragó con ese frescor impersonal que de día todavía podía parecer cuidado y de noche solo recordaba que los edificios aprenden antes que nadie a distinguir quién merece gasto y quién

solo paso provisional.

Dentro, Elena no dijo nada sobre su cara. Sobre la camisa pegada. Sobre el aire corto con que dejó las bolsas en la cocina como si pesaran más de lo que debían. Eso era casi peor. Elena tenía una forma de mirar que no exigía explicaciones, pero dejaba claro que la ausencia de explicación también era una forma de información.

—Faltaba aceite —dijo Diego, enseñando una de las bolsas, como si el problema de la noche fuese todavía la lista.

—Y faltabas tú —dijo Elena.

Neira no intervino. Sacó las cosas con movimientos secos, limpios, el tipo de orden que la gente construye cuando intuye que si empieza a preguntar de verdad ya no podrá volver al tono anterior. Diego se agachó a colocar las botellas en el mueble bajo y sintió en el costado el golpe que se le había quedado dentro después de arrastrar aquel otro cuerpo.

—Han vuelto a cambiar el acceso —dijo Neira.

—Ya lo he visto.

—No, no lo has visto. Lo has sufrido dos minutos. Yo llevo semanas.

El aceite quedó torcido en la balda. Diego lo enderezó sin responder. Prefería corregir un objeto antes que decir la frase incorrecta. La noche se lo había enseñado bien: a veces la diferencia entre sostener una escena y romperla no era la verdad, sino el momento en que la dejabas entrar.

Elena se sentó despacio.

—No discutáis como si yo no fuera el problema.

Los dos callaron.

Esa fue la parte más nítida del primer tramo de noche: no el robo, ni la sangre, ni la negociación del corredor, sino la imposibilidad de hacer coincidir cuidado y legibilidad sin convertir a alguien en carga, trámite o motivo.

Capítulo 3

El punto intermedio

Diego no tardó mucho en volver a pensar en Salvat. Le bastó con salir otra vez a la calle y notar que la ciudad ya había terminado de hundirse en su equilibrio nocturno, ese momento en que todo parece haber encontrado un nuevo orden y precisamente por eso se vuelve más difícil distinguir la emergencia de la costumbre.

Podría haber seguido con su ruta. Ir a la otra gestión. Dejar que la derivación bastara. Fingir que el código entregado a un hombre desconocido equivalía a una ayuda. Durante un rato caminó en esa dirección, con el comunicador en silencio y el cuerpo administrando por secciones el cansancio, como si pudiera aplazar decisiones solo por no nombrarlas.

No duró.

El punto de apoyo intermedio estaba en una calle de servicio detrás de un antiguo mercado reconvertido en nodo logístico ligero. Desde fuera parecía un módulo cualquiera: luz azul limpia, puertas automáticas, un cartel sobrio con capacidad de acogida temporal y una línea de apoyos corridos pegados a la pared, lo bastante parecidos a los bancos de antes como para fingir descanso sin concederlo. El tipo de sitio diseñado para tranquilizar desde la forma aunque por dentro ya no quedara casi nada capaz de sostener esa promesa.

Salvat no estaba en la entrada.

Dentro había cuatro personas esperando. Una chica con la nariz rota mal contenida con papel. Un repartidor sentado con la espalda contra el cristal, ojos cerrados, manos abiertas sobre las rodillas.

Una mujer demasiado bien vestida para la hora, con un zapato roto y la mirada fija en una pantalla donde seguía parpadeando el estado operativo del servicio. Y un hombre dormido o inconsciente en el extremo del banco, con la barbilla hundida sobre el pecho.

Detrás del módulo, una única operadora movía ventanas sobre una mesa táctil con el automatismo triste de quien ya no cree en el valor total de lo que hace, pero sigue confiando en su forma.

—Busco a un hombre que han derivado hace diez minutos —dijo Diego—. Salvat. Traía un uniforme gris. Le faltaba una reserva auxiliar.

La mujer consultó algo sin verdadera prisa.

—Si ha entrado, esperará turno.

—No pregunto si espera. Pregunto si ha entrado.

—No puedo dar información de presencia sin vínculo.

Diego soltó una risa seca.

—Pues dame la lista de vínculos aceptables para que elijan mejor a quién robar la próxima vez.

La operadora levantó por fin la vista. No se ofendió. Tampoco se movió.

—Si necesita activar soporte para sí mismo, coja número.

Esa era la trampa del punto intermedio: no te echaba a la calle; te iba hundiendo en trámite, en luz limpia, en la espera suficiente para que alguien se quedara fuera.

Diego salió otra vez. Rodeó el módulo por un lateral donde las unidades de climatización dejaban un zumbido continuo y un calor blando, casi hospitalario. En la parte trasera encontró lo que buscaba y algo más.

Dos cuerpos fumando junto a una verja. Uno de ellos era Salvat. El otro, una mujer grande con un chaleco de mantenimiento sin marca. Hablaban en voz baja, la clase de voz que usan quienes ya han aprendido a intercambiar información práctica sin convertirla en declaración.

Salvat levantó la cabeza al verlo.

—Te dije que no llegarías a tiempo.

—Y tú no entraste.

La mujer del chaleco se encogió de hombros.

—Aquí nadie entra deprisa si todavía puede esperar fuera.

Diego la midió de arriba abajo.

—¿Qué eres?

—Lo justo para saber cómo funciona esta caja.

Salvat soltó una tos breve y se tocó el costado.

—Dentro me quedaba dos horas sentado para que alguien me dijera que mejor volver mañana a un nodo fuerte. Ella me ha conseguido una cama de paso en un taller viejo al otro lado del canal.

—A cambio de qué.

La mujer sonrió sin simpatía.

—De que no te hagas preguntas burguesas a estas horas.

Era casi gracioso. Casi. Diego entendió enseguida el tipo de operación. El punto intermedio servía para drenar personas fuera del circuito visible. Quien todavía podía aguantar, esperaba. Quien podía pagar o negociar algo mejor, se desviaba por redes laterales. Quien no podía ni una cosa ni otra, quedaba pegado al apoyo azul hasta que su caso se volviera más legible.

—No es apoyo —dijo Diego.

—Claro que lo es —respondió la mujer—. Solo que no del tipo que sale en pantalla.

Salvat evitó mirarlo. Eso confirmó lo más feo: no estaba siendo engañado del todo. Estaba aceptando una segunda capa del sistema porque la primera ya lo había dejado caer.

—¿Cuánto? —preguntó Diego.

—Para él, poco. Para ti, depende.

—No vengo por mí.

—Todo el mundo viene por sí mismo, aunque tarde un rato en reconocer por dónde.

La frase lo irritó porque se parecía demasiado a una verdad.

La mujer le enseñó una ruta mínima en una pantalla plegable: taller viejo, colchones duros, aire filtrado a medias, vigilancia por turnos. Nada amable. Nada seguro. Pero una mejora respecto a uno de esos apoyos azules y una espera azul.

—Necesita una validación más para pasar el control del puente —dijo ella—. Tienes cara de poder mover una.

Ahí estaba la cesión.

Diego todavía conservaba un acceso complementario vinculado a otra gestión de la noche, un margen de paso que había estado guardando para más tarde. Podía activarlo para Salvat. Si lo hacía,

se quedaba él peor colocado para lo que venía después. Si no, lo dejaba en manos del taller y de la mujer del chaleco, es decir, de la forma en que la ciudad nocturna privatizaba el derecho a no empeorar del todo.

Miró a Salvat. Miró la verja. Miró la luz azul falsa del módulo a pocos metros. Pensó en Neira sacando aceite de una bolsa con una rabia tan ordenada que daba miedo. Pensó en Elena. Pensó en sí mismo al final de la noche, si la noche le concedía final.

Activó el acceso.

La confirmación tardó tres segundos demasiado largos.

Validación secundaria cedida

Tránsito complementario habilitado

Revisión diferida

Revisión diferida.

Otra vez.

Todo lo importante en esa ciudad parecía ocurrir primero así, diferido, como si el sistema se permitiera vivir de crédito moral mientras otros ponían el cuerpo a la espera de que algún día alguien revisara algo.

La mujer del chaleco alzó una ceja.

—Ves. Sí venías por ti.

—No hables como si me conocieras.

—No hace falta. Conozco el tipo.

Salvat se incorporó despacio. Ya no parecía un hombre rescatado. Parecía un hombre transferido.

Eso era quizá lo peor. Diego había evitado el abandono puro, sí. Pero no había restituido nada. Solo había movido a Salvat desde una forma de descarte a otra un poco más cara, un poco más privada, un poco menos visible.

Cuando se separó de ellos, la noche ya le había quitado otra pieza.

No era solo tiempo.

Era la posibilidad de seguir diciéndose que ayudar consistía en sacar a alguien de un sitio malo y llevarlo a uno bueno. A esas horas, casi nunca existía el sitio bueno. Solo distintas graduaciones de lo tolerable.

Capítulo 4

Mercado del margen

La calle del canal no aparecía en ninguna ruta de prioridad, pero a esas horas funcionaba como una arteria secundaria de casi todo lo que importaba. No de lo legal, ni de lo limpio, ni de lo oficialmente reconocido. De lo necesario.

Diego llegó allí siguiendo una secuencia de indicaciones partidas, referencias verbales y luces oblicuas que no salían en ningún panel. Dos persianas a medio cerrar. Un quiosco técnico apagado pero con gente entrando por el lateral. Un repartidor sin caja esperando junto a una columna y mirando siempre hacia el mismo cruce. Nada espectacular. Todo reconocible para quien hubiera aprendido a leer los lugares donde la ciudad seguía resolviendo cosas sin querer llamarlas servicio.

La noche tenía mercados que no parecían mercados.

No había puestos visibles ni gritos de venta. Había flujos. Gente que se acercaba con una necesidad concreta y salía con menos tiempo, menos saldo o menos inocencia. Gente que traía una validación útil y se iba con un tramo de aire compartido. Gente que pagaba por una batería, por una ruta, por una firma, por un nombre capaz de abrir durante nueve minutos una puerta que, sin ese nombre, iba a seguir diciendo que no con perfecta cortesía.

Debajo del paso elevado, la luz blanca oficial duraba solo hasta la tercera pilastra. A partir de ahí entraba el ámbar degradado, y con él otra gramática. El suelo estaba marcado con rectángulos pintados hacía años para una carga que ya no existía. Encima de esos rectángulos, ahora, se organizaban pequeños grupos como si

cada uno ocupara un lote invisible: dos mujeres mayores compartiendo una batería de recirculación, un chico con uniforme de limpieza mostrando una pulsera a una pareja que discutía en voz baja, una mujer con un carrito térmico intercambiando cartuchos con una precisión sin teatro.

Diego aminoró el paso.

No necesitaba comprar todavía. Necesitaba entender cuánto se había encarecido la noche desde la última vez que se había movido así de adentro.

Vio primero a Rachid, apoyado contra una columna con un vaso vacío en la mano y una chaqueta azul oscuro que de lejos aún podía pasar por reglamentaria. No lo era. Lo había conocido hacía años, cuando Rachid trabajaba como apoyo logístico en eventos de reasignación y todavía creía que el problema principal del sistema era la lentitud. Luego lo había ido viendo mutar, como mutan muchas biografías cuando la ciudad deja de pagarte por ordenar y empieza a permitirte sobrevivir si sabes moverte dentro del desorden exacto que necesita.

Rachid lo miró y sonrió sin alegría.

—Tienes cara de haber empezado mal.

—Tengo cara de ir justo.

—Ahora es la misma cara.

Se dieron la mano sin apretarla del todo. La confianza nocturna nunca llegaba intacta. Siempre llevaba dentro una parte de tasación.

—Necesito saber qué se ha caído de verdad —dijo Diego.

Rachid miró alrededor antes de responder, no por secreto grandilocuente, sino porque allí hasta la información circulaba con precio variable.

—Sur bajo, medio muerto. Paso de ronda, intermitente. Dos puntos azules siguen abiertos, pero uno ya está filtrando por nombre y el otro por presencia reconocible. Lo fino se acabó hace una hora.

—¿Y las derivaciones de soporte?

—Las oficiales siguen igual en pantalla. Las reales van con retardo o por conocido.

Diego asintió. Era peor de lo que parecía y menos sorprendente de lo que debería.

Rachid señaló con la barbilla un punto al fondo, junto a un cerramiento metálico donde tres personas consultaban algo sobre una mesa plegable iluminada por una lámpara magnética.

—Si vienes a por ruta, habla con Nora. Si vienes a por ventana, con el chico del abrigo gris. Si vienes a por absolución, no hay nadie.

Diego soltó una media risa cansada.

—No he venido a por absolución.

—Eso decís todos antes de la medianoche.

Cruzó el paso elevado con la sensación de haber entrado en una cámara donde el aire también se tarifaba de otra manera. No había intimidación abierta. Justo por eso funcionaba mejor. Todo estaba dispuesto para parecer excepcionalmente razonable: gente resolviendo urgencias pequeñas, ayudas discretas, trueques limpios, voces bajas. Solo si te quedabas un rato empezabas a ver la estructura debajo. Cada solución desplazaba coste. Cada alivio salía del margen de otro.

Nora estaba inclinada sobre una pantalla desplegable, trazando desvíos sobre un mapa semivivo de la ciudad. Tenía el pelo recogido con una brida negra y una forma de mirar que convertía cualquier conversación en una prueba de resistencia.

—Vengo de parte de Rachid —dijo Diego.

—Qué mala carta de presentación.

—Necesito una lectura real de rutas hacia el canal norte y vuelta posible en menos de dos horas.

Nora lo escaneó sin aparato.

—No existe esa frase entera.

—La necesito igual.

Ella apartó dos dedos sobre la pantalla y aparecieron tres trazos en rojo, uno en ámbar y otro en azul frío.

—Real de verdad: el rojo. Llegas, pero sales peor. Probable: el ámbar. Depende de que no cierren dos pasillos más. Deseable: el azul. Ya no sirve.

—¿Cuánto?

—Por ver o por usar.

—No tengo tiempo para humor.

—Entonces no vengas a mercados.

Diego apoyó las manos en la mesa sin tocarla. Notó el cansancio

subiéndole desde los gemelos hasta la nuca como una marea lenta y hostil.

—No vengo por mí solo.

Nora alzó una ceja.

—Nadie viene por sí solo. Pero todos pagan con lo suyo.

Le ofreció una ruta ámbar con salida por taller logístico, bordeo del canal y paso por una franja azul todavía visible en el mapa, aunque atenuada. Demasiados condicionales. Demasiados “todavía”.

—Necesito además acceso puntual a un punto limpio o a una batería de reserva.

—Reserva no. Hay cartuchos parciales y dos recargas sucias.

—¿Sucias cómo?

—Sin trazado o con trazado útil para otro.

La respuesta le cayó con la lógica despiadada de todo lo que allí se hacía llamar ayuda. Nora no estaba traficando solo con recursos. También con exposición futura.

—¿Quién compra eso?

—Los que prefieren deber algo a alguien concreto antes que desaparecer dentro de un formulario —dijo ella—. Y, honestamente, a veces tienen razón.

Diego miró de reojo a una madre que ajustaba la máscara de filtrado de un niño mientras hablaba con el chico del abrigo gris. El niño no lloraba. Solo observaba con una seriedad agotada, como si ya supiera que la noche premiaba a los cuerpos que no incomodaban demasiado al decidir sobre ellos.

—Necesito las dos cosas —dijo Diego.

Nora negó con la cabeza.

—Necesitas elegir cuál de las dos te hunde menos.

El comunicador vibró en el bolsillo interior de su chaqueta. Esta vez sí era Elena.

Diego no contestó de inmediato. Nora lo vio, claro.

—Si es alguien importante, responde. Aquí todos fingimos que no estamos oyendo vidas ajenas, pero nadie puede trabajar bien con una llamada atravesándole la cara.

Contestó.

—Dime.

La voz de Elena llegó más baja que antes, como si hablara desde el fondo de una habitación que ya no confiaba del todo en sus

límites.

—No está viniendo bien.

Diego cerró un segundo los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que pueda decir rápido y quede dicho.

Esa frase siempre era mala. En Elena, peor.

—¿Neira está contigo?

—Sí. Pero está hablando con alguien del edificio y no quiero volver a empezar por la puerta.

La puerta. Todo volvía siempre a la puerta.

—Voy.

—No me digas voy si lo que quieres decir es intento.

Diego no respondió enseguida. Nora seguía allí, inmóvil, viendo sin mirar.

—Intento y voy —dijo al fin.

Elena soltó una respiración que no llegó a risa.

—Eso ya suena más a ti.

La llamada cayó y dejó un hueco peor que el sonido.

Nora plegó un poco el mapa.

—Si vas a moverte por afecto, el ámbar ya no te basta.

—No me alcanza el rojo.

—Entonces te alcanza la pérdida.

Aquello era el mercado del margen reducido a una verdad elemental: nadie compraba solución completa. Solo la forma concreta de perder un poco menos por un rato.

Diego cedió un tramo futuro y parte de una validación secundaria para quedarse con una recarga parcial y una ruta combinada que quizá siguiera viva cuarenta minutos. Mientras Nora emitía la transferencia silenciosa, Diego pensó que cada gesto de esa noche lo hacía más eficaz y menos inocente al mismo tiempo.

No sabía todavía qué de las dos cosas le iba a costar más.

Capítulo 5

Rutas que se apagan

El cierre no llegó como una barrera, sino como un descenso de opciones.

Primero desapareció del mapa una salida lateral que ya contaba poco. Luego una línea blanca empezó a parpadear en el borde de su lente y quedó convertida en recomendación no garantizada. Después, al girar hacia el canal, Diego vio a cinco personas detenidas frente a una cancela baja mientras un operario sin uniforme visible repetía que no era un cierre, solo una regulación temporal del paso.

Regulación temporal.

La ciudad nunca admitía del todo que estaba negando trayectos. Prefería describirse a sí misma como una secuencia de ajustes.

Diego giró antes de quedar atrapado en la fila. La ruta combinada de Nora le estaba dando todavía una salida por el viejo corredor de ventilación, un conducto ancho reutilizado como enlace peatonal cuando el resto empezaba a tensarse. No le gustaba. Precisamente por eso servía.

Entró con otras siete personas casi al mismo tiempo: una pareja joven con un carro plegable, un mensajero con mochila rígida, dos mujeres que caminaban demasiado deprisa para poder hablar, un hombre mayor con una bombona portátil y una chica de pelo rapado que no llevaba nada visible y por eso mismo parecía preparada para casi todo.

El corredor devolvía un zumbido continuo, como si el aire pasara por encima de ellos sin querer mezclarse demasiado. Las paredes

metálicas estaban limpias hasta la exageración, recién repasadas quizá por protocolos que cuidaban mejor el brillo que la circulación real. Cada treinta metros, una baliza blanca y otra ámbar se alternaban con puntualidad mecánica.

Al principio avanzaron bien.

Luego el mensajero se detuvo en seco.

—No lee.

Todos frenaron detrás de él. Delante había una compuerta transparente, no cerrada del todo, pero inmóvil, esperando una validación conjunta que el sistema no terminaba de conceder.

Diego levantó la muñeca. Parpadeo ámbar. La pareja hizo lo mismo. La chica de pelo rapado ni se molestó.

—Está filtrando por densidad —dijo el hombre de la bombona, más cansado que alarmado.

—No hay densidad para filtrar nada —respondió el mensajero.

—Hay la suficiente si quieren que la haya —dijo la chica.

Diego se acercó al panel lateral. La interfaz mostraba la cortesía impecable de todos los dispositivos cuando dejan de ser útiles.

PASO EN REEVALUACIÓN
CONTINUIDAD PREVISTA
MANTENGA POSICIÓN

Mantenga posición.

Como si estar quieto en mitad de un enlace degradado fuera una acción neutra y no el inicio de una ratonera.

Diego miró hacia atrás. El corredor seguía vacío, pero la luz del acceso por el que habían entrado acababa de pasar a rojo tenue. No cierre. Peor. Tolerancia que se agota.

—No esperéis mucho —dijo.

Nadie le pidió autoridad, pero todos lo oyeron con la atención inmediata que despierta cualquiera que parece llevar más noche encima que los demás.

—¿Qué hacemos? —preguntó una de las mujeres.

Buena pregunta. En las horas diurnas habría existido una respuesta protocolizable. Allí solo había opciones de pérdida.

Diego revisó el lateral inferior del panel y encontró una ranura de mantenimiento cubierta con una pestaña de goma. No estaba hecha para usuarios. Tampoco para héroes. Era una de esas pequeñas puertas técnicas que solo importan cuando el sistema decide que ya no va a usar bien sus puertas grandes.

—Si esto sigue sin abrir, hay un bypass corto hacia ventilación media —dijo—. Pero luego nos saca en el tramo negro del canal.

—¿Negro de qué? —preguntó la pareja joven.

—Negro de que no hay lectura estable.

La mujer del carro soltó una blasfemia baja. La chica de pelo rapado sonrió apenas, como si confirmara algo que ya sabía.

Pasaron cuarenta segundos. Luego cincuenta. Luego un minuto entero. La compuerta seguía pensando.

Fue entonces cuando se oyó el primer golpe al otro lado del corredor, detrás de la puerta por la que habían entrado. No fuerte. Solo lo bastante seco para anunciar que la espera ya estaba siendo leída por otros como oportunidad.

Nadie habló durante dos segundos.

Después el mensajero dijo lo que todos estaban pensando.

—Abrimos eso.

Diego retiró la pestaña de goma y encontró un lector de servicio semioculto. Necesitaba doble impulso. Tenía uno. El segundo podía falsarse con una recarga sucia o con una validación secundaria prestada. Le quedaba una. La que había pensado guardar para después de Elena.

No dudó demasiado, y eso fue quizá lo peor.

Aplicó el doble pulso. El lector tardó más de lo soportable.

Detrás de ellos sonó otro golpe, luego una voz sin palabras, luego el arrastre de algo contra el suelo.

La trampilla lateral cedió por fin con un siseo breve.

—Dentro. Rápido.

La pareja pasó primero con el carro a medio plegar. Luego el hombre de la bombona. Luego las mujeres. El mensajero entró mirando atrás. La chica de pelo rapado fue la última antes de Diego.

—Te quedas sin nada por gente que no conoces —dijo mientras cruzaba.

—No te acostumbres.

—No parece tu problema.

Diego cerró detrás de sí. El conducto de ventilación media era bajo, tibio y olía a polvo viejo. Avanzaron agachados durante casi cincuenta metros, con el aire pegándose a la cara como si también estuviera usado. Cuando salieron al tramo negro del canal, la ciudad había cambiado otra vez.

Allí no había paneles. No había blanco técnico. Solo farolas muy separadas, una línea de agua espesa y el ruido de un generador lejano. El mensajero dio dos pasos y se quedó mirando el vacío de la avenida lateral.

—¿Y ahora?

Diego no respondió enseguida. Del otro lado del canal, una fila de luces verdes seguía encendida en una fachada institucional, impecable, estable, casi ofensiva.

—Ahora cada uno decide cuánto le queda para seguir llamando provisional a lo que ya es otra cosa.

No era útil. Pero era la única verdad inmediata que tenía.

La agresión vino pocos minutos después, más rápida y más fea precisamente porque nadie estaba ya para épica. Dos motos sin distintivo, un frenazo corto, una mano entrando a por la bombona portátil del hombre mayor y otra empujando al mensajero contra la barandilla para arrancarle la mochila rígida. No era un asalto teatral. Era una recogida de recursos.

Diego se lanzó hacia la segunda moto y alcanzó a tirar del brazo del acompañante antes de que cerrara bien la pinza sobre la mochila. El conductor aceleró a medias, indeciso por un segundo, suficiente para que la moto derrapara y soltaran el botín a medio agarrar. Uno de los cascos golpeó a Diego en la ceja al zafarse. Un fogonazo blanco. Sangre tibia bajándole hacia el párpado.

Las motos se fueron con la bombona, no con la mochila.

Pequeña victoria. Coste absurdo.

El hombre mayor se apoyó contra la pared sin decir nada. La pareja del carro retrocedió. El mensajero recogió su mochila y miró a Diego como se mira a alguien que acaba de hacer algo útil y peligrosamente inútil a la vez.

La chica de pelo rapado fue la única que dijo la frase exacta.

—Esto ya no es un trayecto.

No. Ya no lo era.

Capítulo 6

La llamada que no cabe

Diego se limpió la sangre con agua de una fuente técnica que no estaba hecha para caras humanas. Salía demasiado fría, con ese olor mineral de los circuitos que reciclan más de lo que admiten. La ceja seguía abierta lo justo para molestar, no para pararlo.

El comunicador vibró dos veces seguidas.

Neira primero. Elena después.

Miró las dos entradas y sintió algo peor que la prisa. Sintió reparto. Como si incluso el afecto estuviera llegando ya en ventanas incompatibles.

Respondió a Elena.

Esta vez no habló ella al principio. Se oyó una respiración corta, un roce, un pequeño golpe doméstico.

—¿Elena?

—Estoy.

Muy baja. Más baja que antes.

—¿Qué pasa?

—Se ha ido la lectura del dormitorio.

Diego tardó un segundo en entender. Luego lo entendió entero. La lectura del dormitorio no era un extra. Era lo mínimo para que la habitación siguiera contando como espacio protegido y no como simple interior sin prioridad.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Neira dice que media hora no. A mí me parece más.

—¿Ella dónde está?

—Con el remoto. Le pide que reinicie una puerta que no es la puerta que falla.

Diego cerró la mano hasta que le dolieron los nudillos.

—No toquéis nada más hasta que llegue.

—No digas llegar si quieres decir probar.

—Entonces voy a probar llegando.

—Entonces ven.

La llamada se cortó.

Diego bajó la mano y marcó a Neira. No contestó. Volvió a marcar. Nada. Al tercer intento apareció un mensaje automático de canal ocupado. Audio técnico en curso. Espera estimada: sin dato.

Miró la avenida. El mensajero ya se había ido. La pareja del carro doblaba hacia el norte. El hombre al que acababan de quitarle la bombona seguía avanzando sin mirar a nadie, más ligero y más condenado. En el bolardo de enfrente la chica de pelo rapado encendía una luz mínima sobre su muñeca, como si comprobara también ella qué clase de noche les había quedado.

Diego revisó su saldo de tránsito. La ruta roja seguía ahí, latiendo en pantalla, más cara que antes. Nora no le había vendido un camino. Le había vendido una forma de empeorar con alguna posibilidad de llegar.

La abrió.

TRÁNSITO DE CONTINGENCIA
ACCESO CONVERGENTE
TRAZABILIDAD DIFERIDA VINCULANTE

Vinculante.

Eso era. No el susto, no la ilegalidad menor, no el precio inmediato. Lo vinculante. Que después podrían leerlo de vuelta y decidir que él llevaba horas moviéndose demasiado cerca de redes, puertas y nombres que no debían tocarse sin dejar residuo.

Marcó aceptar.

Esta vez sí contestó Neira. La oyó respirar, pero detrás había otra voz, metálica, repitiendo opciones de validación como si aún quedara tiempo para elegir bien.

—Estoy bajando —dijo Diego.

—No bajes a la principal.

—Lo sé.

—La lectura del dormitorio cae y vuelve. La puerta interior nos

está partiendo la casa en dos. Y el remoto sigue hablando como si esto fuera un formulario.

—Aguanta diez minutos.

—Diez minutos son mucho ahora.

—Lo sé.

No dijo nada más. Tampoco ella. La llamada se cortó sin despedida.

Diego echó a andar. La chica del bolardo lo miró pasar. No dijo nada. Mejor así. Ya no necesitaba una frase exacta. Necesitaba llegar con el menor pensamiento posible entre una esquina y la siguiente.

La llamada que no cabía no era solo la de Elena ni la de Neira. Era el hecho de que cuidado, tiempo, acceso y cuerpo ya no entraban juntos en ningún mismo marco de resolución. Siempre quedaba algo fuera. Siempre alguien esperaba un poco más de lo soportable mientras otra capa del sistema seguía pidiendo orden.

Apretó el paso.

No porque creyera que aún podía hacerlo bien, sino porque ya estaba dentro de la parte de la noche en la que llegar tarde también cuenta como una decisión.

Capítulo 7

La puerta correcta

La ruta roja lo devolvió al edificio de Elena por calles demasiado limpias para esa hora. Balizas verdes. Bordes seguros marcados en el suelo. Una esquina blanca, otra blanca, otra más. Y al final el bloque, sereno y vertical, con esa manera de ciertos edificios de seguir pareciendo razonables incluso cuando ya han empezado a apartarte.

Llegó por el lateral porque la entrada principal ya acumulaba una demora absurda. No era el único. Una mujer con bata sanitaria discutía con un interfono sin levantar la voz. Un hombre de mantenimiento miraba su muñeca como si pudiera convencer al permiso de volver. Más allá, una pareja joven repetía la palabra acompañamiento delante de un panel que seguía respondiendo con la cortesía perfecta de todo lo que se niega sin alterarse.

El mensaje de Neira entró mientras rodeaba la fachada.

No insistas en la principal. Baja por lateral E si te deja.

La lateral E estaba medio en penumbra. Luz azul sobre el lector, pared fría, el resto del pasillo lo bastante visible para moverse y no lo bastante para sentirse esperado. En el muro, una placa.

ACCESO CONDICIONADO
SUJETO A CONCURRENCIA VINCULADA
PRIORIDAD RESIDENCIAL ACTIVA

Apoyó la muñeca.

Negativo.

Probó con la lectura convergente que acababa de comprar. La pantalla pensó. Luego volvió a negarlo. No cierre, no alarma, no excepción. Solo esa forma de humillación administrativa que consiste en seguir siendo legible sin resultar ya válido.

Golpeó una vez el cristal lateral, lo justo para llamar la atención al otro lado. Esta vez sí apareció Neira. Cruzó una puerta interior manual y se acercó hasta quedarse frente a él, separados por el vidrio y por todo lo demás.

—No te lee —dijo.

—Me lee mal.

—Eso también se llama no te lee.

Tenía la cara tensada por algo más que el cansancio. Diego vio enseguida el rastro de horas acumuladas, de incidencias abiertas, de soluciones provisionales sostenidas demasiado tiempo.

—La lectura del dormitorio ha vuelto a caer —dijo ella—. Y el remoto sigue pidiendo que validemos una presencia principal distinta a la incidencia.

—Porque sigue leyendo la casa por titularidad.

—Gracias por explicarme mi propia noche.

Diego dejó morir la réplica. Detrás de Neira, un hombre mayor apoyó la mano en otro lector y se quedó así, como si no golpeara para exigir sino para no venirse abajo. El edificio entero tenía esa clase de gente quieta que ya ha gastado la energía fuerte y sigue allí porque todavía no sabe qué otra cosa hacer.

—Necesito que abras tú desde dentro —dijo Diego.

—No siempre puedo. Y cuando puedo, dura poco.

Miró el panel otra vez. La lectura convergente seguía viva, pero agotándose. Había comprado llegada, no entrada. Esa diferencia, vista desde fuera, parecía técnica. Ahí delante era casi obscena.

—No eres el único atrapado aquí —dijo Neira, más bajo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes del todo. Hoy todo el mundo cree que su urgencia debería corregirle la lectura.

Entonces Diego vio en la lente de Neira lo que hasta ese momento había preferido no mirar del todo: cadenas de validación doméstica, reaperturas, correcciones fallidas, coincidencias de presencia consumidas una detrás de otra. No estaba solo cansada. El sistema empezaba a leerla también a ella como exceso operativo dentro de su propia casa.

—Vale —dijo.

Neira frunció el ceño.

—¿Vale qué?

—Vale que si abres ahora y falla arriba, gastas otra coincidencia por mi entrada.

Ella lo miró como si esa fuera la primera frase útil que le había oído en varios minutos.

—Entonces para qué has venido.

La pregunta le cayó encima con toda la noche detrás: el mercado, la sangre, la ruta comprada, Elena en el dormitorio, la costumbre de llegar siempre desde la parte del sistema que aún lo reconocía a él un poco mejor que a otras personas.

—Para entrar antes de que os deje peor.

Neira negó una vez, sin fuerza.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo ahora.

Ella se acercó un poco más al cristal.

—Pues entonces escucha. Si subes, no discutas con la puerta como si fuera una avería. La puerta está haciendo exactamente lo que toca.

Diego asintió. Esta vez sin teoría.

—Lo sé.

No lo sabía entero, pero ya estaba más cerca.

Neira miró hacia atrás, hacia el interior. Algo se movió arriba. Una llamada corta. Un aviso. El técnico remoto seguía hablando con alguien que no estaba allí.

—Prueba por mantenimiento —dijo—. Si te deja entrar por la principal, ya será tarde.

Se apartó sin despedirse. Diego vio por última vez su cara reflejada en el vidrio antes de que la puerta interior volviera a cerrarse entre los dos. Entonces echó a correr hacia el otro lateral del edificio.

Capítulo 8

Detrás del cristal

La llamada desde el interior llegó diez minutos más tarde, cuando Diego ya había probado tres recorridos laterales, dos lecturas cruzadas y un desvío por mantenimiento con el mismo resultado: el edificio seguía ofreciendo opciones, pero todas desembocaban en el mismo núcleo de exigencia, una presencia principal limpia, un retorno alineado, una validación sin ruido.

Nada de eso existía ya esa noche.

Elena fue quien activó el movimiento sin querer.

No cayó ni gritó. Se quedó al otro lado de la puerta de seguridad del rellano superior, demasiado quieta, con una manera de apoyarse en el cristal que convirtió la escena entera en algo inasumible. Neira estaba con ella, pero la puerta había reordenado las posiciones en segundos. Donde antes había pasillo y proximidad ahora había protocolo.

Diego subió por la lateral interna gracias a una coincidencia mínima de lectura doméstica y un acceso de mantenimiento que iba a costarle preguntas más tarde. Cuando llegó arriba, la escena ya estaba congelada en la forma exacta que luego recordaría demasiadas veces: Elena al otro lado del vidrio, Neira a media vuelta entre ella y el panel, un técnico remoto en audio abierto sin cuerpo presente y la puerta haciendo de tercera autoridad.

Y entonces ocurrió el espejo.

No como recuerdo. Como condena exacta.

—Ya voy.

—¿Qué les has puesto para que no me dejen entrar?

—No les he puesto nada. Soy el principal porque alguien tenía que figurar.

—Pues quítalo.

—No se quita por teléfono.

—Elena está al otro lado de una puerta de seguridad y me están diciendo que soy una solicitud afectiva.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Da igual quién. Ven ya.

—Diez minutos.

—Son demasiados.

—Son los que hay.

La escena, repetida ahora desde dentro de Diego, dejó de ser una simple pelea de acceso. Diego sabía, mientras pronunciaba y recibía cada frase, que ninguna estaba del todo equivocada y que precisamente por eso la puerta resultaba insoportable. No separaba verdad de mentira. Separaba a quién iba a reconocer primero.

El técnico remoto pidió una nueva coincidencia de presencia. Neira lo insultó sin elevar la voz. Elena apoyó la frente un segundo en el cristal y volvió a erguirse con ese esfuerzo mínimo que a veces pesa más que un derrumbe. Diego dio un paso hacia el panel.

—¿Qué coño ha pasado?

—Ábrele.

—Necesito validar presencia principal y decisión de retorno.

—No necesita decidir nada. Solo abrir.

—¿Decisión de retorno qué es?

—Está en su casa. Yo me quedo con ella.

—Sí, pero el acompañamiento doméstico reconocido en protocolo principal no es usted.

—Perdona.

—No te perdono nada. Di que entramos y punto.

—No depende de decirlo así.

—Claro que depende. Tu nombre está ahí y el mío no sirve.

—Si yo la acompaño a casa, ¿se cierra?

—No.

—Qué no.

—Que no vas a entrar tú ahora para cerrarles la incidencia y ya está.

—Lo que no voy a hacer es dejarla aquí arriba porque tú quieras convertir esto en una batalla teórica.

—No es teórica. Llevo semanas entrando y saliendo con ella mientras el sistema decide que solo eres válido tú cuando hace falta legitimar algo.

—Pues haberlo regularizado antes.

La frase salió y Diego la odió en el mismo instante en que la oyó. No por falsa, sino por mezquina. Porque convertía semanas de carga real en fallo de gestión. Porque sonaba exactamente al tipo de frase que la noche fabricaba dentro de la gente útil para seguir funcionando.

Neira se quedó inmóvil un segundo, como si algo en su cara hubiera terminado de encajar por fin en el sitio malo.

—Quiero a Neira.

La voz de Elena, detrás del cristal, fue lo único que cortó la espiral.

No la dijo alta. No hizo falta.

—Ya. Pero no siempre basta con querer.

—Escúchate.

—No me escucho. Resuelvo.

Diego no estaba defendiendo solo una entrada. Estaba haciendo exactamente lo que sabía hacer mejor: volver la urgencia un trámite y el vínculo una función. Todo para sacar a Elena de detrás del cristal cinco minutos antes.

El técnico remoto autorizó por fin una apertura parcial bajo retorno supervisado. La puerta cedió lo justo. Neira se adelantó antes que nadie, cruzó primero y sostuvo a Elena por el codo con una naturalidad violenta de tan precisa. Diego se quedó un segundo detrás, viendo con una claridad dolorosa lo que la escena acababa de fijar para siempre.

No era el hombre que llegaba a salvar nada.

Era el nombre que el sistema convocaba cuando necesitaba fingir que todavía sabía distinguir entre ayuda y autoridad.

Capítulo 9

No me escucho, resuelvo

Bajaron a Elena entre los dos, sin hablar casi. El ascensor había quedado en reevaluación de carga humana, expresión delirante y perfectamente verosímil a esas horas, así que tomaron la escalera de servicio, donde la luz blanca era más dura y el aire olía a yeso húmedo, lejía vieja y metal tibio.

Neira no soltó el brazo de Elena ni una vez.

Diego caminó medio paso detrás, suficiente para ayudar sin volver a invadir la escena. Le sangraba otra vez la ceja, poco, lo bastante para notar el hilo caliente secándosele junto a la sien. Elena respiraba con cuidado, como si cada peldaño obligara a renegociar no solo el esfuerzo, sino el derecho mismo a seguir perteneciendo a esa trayectoria doméstica.

Cuando llegaron al rellano inferior, Neira habló sin mirarlo.

—No vuelvas a decirme que esto había que regularizarlo antes.

Diego tardó un momento en responder. No por orgullo. Porque estaba cansado de oírse por dentro con la voz exacta que acababa de usar.

—No debería haberlo dicho.

—No. Deberías haberte dado cuenta antes de que esa es la frase de ellos, no la tuya.

Elena levantó apenas la cabeza, como comprobando si todavía existía un sitio entre esas dos voces donde pudiera caer sin que la convirtieran en argumento. Tenía una marca roja en la muñeca, justo donde el lector de acceso le había pedido más tiempo del que su cuerpo podía darle, y otro rastro oscuro en la tela de la manga, como si alguien la hubiera sujetado demasiado fuerte al recolocarla o al detenerla un segundo más de lo tolerable.

Diego la vio y sintió vergüenza. No una vergüenza noble. Otra peor: la de descubrir, en mitad de una crisis, que también había estado ayudando según las reglas equivocadas. La noche no solo había dejado a Elena sin aire suficiente y sin amparo claro. También la había rozado con esa violencia administrada que casi nunca deja parte médico limpio: una mano que aprieta porque puede, una espera que castiga, un cuerpo que aprende enseguida que si protesta pierde antes.

Entraron por fin en el piso con una autorización doméstica

provisional que duraría menos de lo debido. La cocina seguía con las bolsas a medio vaciar, una botella de aceite mal cerrada y la sensación absurda de que el orden de las cosas pequeñas llevaba horas esperando a que alguien le devolviera escala al mundo.

Elena se sentó.

Neira fue a por agua. Diego se quedó de pie, sin saber dónde ponerse. Había momentos en que una casa te hacía ver con crueldad la diferencia entre estar dentro y pertenecer.

—No lo has hecho todo mal —dijo Elena de repente.

Diego la miró.

—No era consuelo. Era precisión.

—Ya.

—Lo que pasa es que a veces llegas como llegan ellos, aunque vengas por otra cosa.

La frase le entró despacio, como una aguja que no duele al principio porque encuentra exactamente el hueco donde encaja.

Neira volvió con el vaso y no añadió nada. Se lo dio a Elena con una ternura tan cansada que Diego tuvo que apartar la vista. No por pudor romántico. Por comprensión tardía. Durante semanas, quizá meses, Neira había estado haciendo ese trabajo invisible de sostener cuerpo, rutina y traducción, mientras él seguía entrando y saliendo del problema con estatuto ocasional, protegido aún por el privilegio de poder parecer ayuda y no necesidad.

La noche se lo había quitado de golpe.

No el nombre. No su sitio entero. Pero sí la coartada con la que había entrado y salido de ese vínculo sin mirarlo del todo.

El comunicador emitió una notificación muda. Revisión diferida de tránsito convergente. Confirmación pendiente. Posible contacto posterior.

Diego ni lo abrió.

Ya sabía lo suficiente. A esas horas los mensajes del sistema llegaban siempre así: cuando el golpe ya había caído sobre alguien y lo único que quedaba por decidir era el idioma con que iban a volverlo tolerable.

Lo que el sistema haría más tarde con su rastro importaba menos que lo que acababa de entender sobre sí mismo: llevaba demasiado tiempo confundiendo abrir accesos con cuidar. A veces había servido. Había evitado daños reales. Pero también lo había dejado

siempre en el lugar desde el que el mundo todavía podía tratarlo como una excepción útil.

—No sé muy bien cómo estar aquí ahora —dijo.

Neira lo miró por primera vez desde el rellano superior sin dureza automática, solo con agotamiento limpio.

—Pues no lo conviertas en otra resolución.

Era una instrucción mínima y enorme.

No arreglar. No gestionar. No traducir en procedimiento lo que todavía necesitaba dolor, tiempo y presencia sin rendimiento.

Diego se sentó por fin en el borde de una silla y se quedó quieto. Afuera, la ciudad seguía funcionando con la serenidad ofensiva de las noches bien administradas. Dentro, por primera vez en muchas horas, él dejó de intentar llegar como nombre útil y empezó a percibirse como parte del problema real, no por maldad singular, sino por competencia demasiado compatible con el daño. Había una violencia más grave que la del canal o la del empujón corto. Era esta otra, la que lograba entrar en una cocina, sentarse en una silla y seguir fingiendo que lo ocurrido había sido solo una secuencia de incidencias desafortunadas.

Aquello no lo redimía.

Pero al menos impedía que siguiera mintiéndose con eficacia.

Capítulo 10

Zona azul

La zona azul estaba a doce minutos a pie y a una ciudad de distancia.

Diego salió otra vez del edificio con el olor del piso aún pegado a la ropa, aceite, agua, polvo quieto, y la calle le devolvió enseguida su temperatura real. Aire con menos cuerpo. Ruido hueco. Esquinas donde la luz no solo alumbraba, también graduaba cuánto miedo podía reconocer cada uno sin descomponer el tránsito.

La entrada de la zona azul parecía una promesa cumplida. Personal visible. Flechas claras. Luz estable. Una música casi inaudible para bajar un punto la alarma general. Dos auxiliares con chaleco blanco iban moviendo a la gente de una línea a otra con una calma agotada, como si esa calma fuera también parte del suministro.

Diego se quedó un momento fuera de la fila principal. Delante de él, una mujer sostenía a una niña dormida sobre cada hombro y avanzaba sin quejarse, solo corrigiendo el peso. Más a la derecha, un hombre con asistencia respiratoria portátil era derivado de una mesa a otra sin que nadie terminara de hacerse cargo de él del todo. Una pareja mayor se recolocaba mutuamente las pulseras para que el lector aceptara por fin una lectura simple. Nadie gritaba. Nadie corría. Todo estaba demasiado bien organizado para no resultar ofensivo.

Una trabajadora se le acercó con la tableta ya levantada.

—Si necesita soporte, línea tres.

—No es para mí.

La mujer sostuvo una pausa mínima, profesional.

—Todas las gestiones se abren desde soporte personal primario. Luego se derivan.

Diego estuvo a punto de decirle que esa frase era exactamente el problema, pero la fila avanzó, la niña dormida resbaló un poco sobre el hombro de su madre y no quiso gastar energía en una verdad que allí ya conocían todos.

—Necesito saber cuánto tarda una reactivación doméstica de lectura interior —dijo.

La trabajadora tecleó sin dejar de mirar de reojo la fila.

—Depende del origen de la caída.

—No sabemos el origen.

—Entonces depende de la coincidencia de indicadores.

—¿Con qué indicadores?

Giró apenas la pantalla hacia él. Colores, niveles, compatibilidades, filtros. Un lenguaje entero diseñado para no pronunciar nunca la frase real.

—Presencia principal, continuidad de uso, permanencia reconocible, ausencia de conflicto de acceso.

Diego soltó aire por la nariz.

—O sea, una vida sencilla y bien documentada.

La mujer no respondió. Señaló solo el siguiente campo.

—Si me facilita el identificador de incidencia, le abro una preincidencia de convergencia doméstica.

Diego dio el dato. Mientras ella lo introducía, en la línea de al lado un chico joven empezó a toser de una forma fea, seca, insistente. Levantó la mano para pedir algo que no llegó a formular. Su acompañante pidió agua. Una auxiliar apareció, ofreció asiento, recolocó el tubo de apoyo y le dio un número. Todo muy rápido. Todo correcto. Todo claramente insuficiente.

Dos puestos más allá, una mujer creyó que por fin la llamaban al ver su código en amarillo y avanzó con una rapidez torpe, casi alegre. La detuvieron enseguida. No era llamada clínica. Era actualización de permanencia. Tuvo que retroceder con una disculpa que nadie le había pedido y volver a sentarse en el mismo borde de silla, solo que ahora con la vergüenza añadida de haber expuesto demasiado pronto su esperanza.

—¿Cuánto tarda? —preguntó Diego.

—En sistema, quince minutos.

—¿Y fuera del sistema?

La mujer alzó la vista. Esta vez sí lo miró de verdad.

—Depende de si cuando toque resolverlo siguen estando dentro.

No había ironía en su tono. Eso lo volvió peor.

Diego aceptó la apertura. No porque confiara, sino porque la noche obliga a usar incluso las herramientas que ya llegan tarde. La trabajadora le devolvió un código de seguimiento y una recomendación de estabilidad en pantalla.

CASO EN PRIORIZACIÓN
RECOMENDACIÓN: MANTENER ESTABILIDAD
RECURSOS ASOCIADOS: EN EVALUACIÓN

Mantener estabilidad.

Delante de él, la madre de las dos niñas tuvo que apoyar a una de ellas en el suelo un segundo porque ya no podía con el peso. La niña no se despertó. El hombre del respirador seguía pasando de mesa en mesa. La pareja mayor había conseguido por fin una lectura válida y aun así nadie los llamaba. Un auxiliar retiró con calma una silla de ruedas vacía antes de que alguien pudiera sentarse en ella porque seguía asignada a un circuito superior. Hasta los descansos tenían propietario.

Eso era la zona azul. Un lugar impecable donde el daño no desaparecía. Solo se ordenaba mejor.

Diego guardó el código y salió otra vez a la calle con la certeza de que el sistema todavía sabía cuidar ciertas superficies del problema, lo justo para que más tarde alguien pudiera enseñar cifras limpias y hablar de continuidad asistencial sin mentir del todo. Lo peor no era la hipocresía. Era la competencia. Todo allí estaba lo bastante bien hecho como para retrasar unos minutos la rebelión de cualquiera.

No había avanzado ni media manzana cuando le entró una derivación interna asociada al caso azul. No figuraba como ayuda, ni como cita, ni como inspección. Solo una ubicación lateral y un nombre que ya conocía.

Rachid.

Diego pensó primero que era una coincidencia o una trampa de circuito. Durante dos segundos se permitió la esperanza infantil de que aquella vez el sistema estuviera abriendo de verdad una salida. Luego vio la hora, el tipo de derivación y el sello lateral de prioridad sin amparo. No era una ayuda. Era una forma más refinada de apartar un problema de la superficie principal.

Capítulo 11

La trastienda del orden

Rachid lo llevó allí sin admitir que lo hacía por él.

—Si vas a seguir preguntándote por qué todo parece medio roto sin llegar a romperse, mejor que veas quién está sosteniendo el medio.

La trastienda del orden no era un búnker ni una sala de control total. Era peor, porque era más verosímil. Un antiguo centro de clasificación reconvertido a medias, con mesas plegables, terminales prestados, mapas abiertos sobre paneles de embalaje y gente entrando y saliendo con la urgencia baja de los que ya no trabajan para resolver el caos, sino para dosificarlo.

No había villanos. Había operadores cansados.

Una mujer revisaba cierres parciales por barrio con una taza vacía al lado del teclado. Un chico muy joven anotaba en papel transferencias de cartuchos que luego alguien integraría o no en un sistema formal. Dos hombres discutían sobre qué ruta convenía degradar primero para evitar acumulación en otra aún más frágil. Todo sonaba administrativo. Y lo era. Solo que aquí la administración ya no escondía del todo su materia prima: cuerpos, tiempos, aire, espera.

Rachid señaló un mapa vertical donde varias capas de color se superponían con una precisión obscena.

—Esto no es el plano de la ciudad —dijo—. Es el plano de qué partes de la ciudad pueden seguir pareciendo ciudad mañana.

Diego miró las zonas en ámbar, rojo, azul lavado y negro útil.

Entendió entonces que la noche no se limitaba a tolerar desórdenes locales. Los calibraba. Dejaba caer ciertos trayectos para salvar otros, soltaba protección donde el coste político era menor, concentraba atención visible donde luego sería más fácil narrar continuidad.

—¿Quién decide?

Rachid se encogió de hombros.

—Nadie solo. Demasiados a la vez. Ese es el truco bueno.

Una operadora de pelo blanco, sentada frente a tres pantallas distintas, giró la silla hacia ellos.

—No es truco. Es contención de daños.

Tenía una voz tranquila, sin épica defensiva.

—Es jerarquización de daños —corrigió Diego.

—Eso siempre —dijo ella—. Lo que pasa es que de día lo llamáis planificación y de noche os molesta verlo en bruto.

La frase le dio justo donde debía. Porque era verdad y no bastaba.

Diego se acercó más al mapa. Vio una marca cerca del edificio de Elena, un pequeño nodo de lectura doméstica fluctuante asociado a varias incidencias menores. Vio el corredor donde habían asaltado a Salvat clasificado como franja de disipación espontánea, eufemismo tan limpio que resultaba casi bello. Vio la zona azul con un perímetro de absorción prioritaria dibujado alrededor, como si incluso el cuidado más visible hubiera sido pensado primero como forma de contener derrame.

—Sabéis lo que pasa ahí —dijo.

La operadora lo sostuvo con la mirada.

—Sabemos bastante. Nunca todo.

—Lo suficiente como para dejarlo pasar.

—Lo suficiente como para no hundir a la vez aquello otro.

Le señaló otro sector del mapa, más al norte, donde una serie de indicadores parpadeaban al límite. Un hospital de respiración asistida, una residencia mixta, dos torres de alojamiento temporal con sobreocupación. En una esquina del panel, una capa secundaria acababa de abrirse sola con un parpadeo discreto: disipación asumible, decía. Diego no supo si era una categoría estable, un comentario interno o un error de interfaz. Le bastó verla una vez. Entendió entonces la obscenidad completa de la escena. No que

alguien hubiera elegido el mal por perversión, sino que el sistema se mantenía gracias a una serie de elecciones donde siempre había una parte que se sacrificaba con vocabulario técnico para que otra pudiera seguir llamándose servicio.

—Y luego amanece —dijo.

—Y luego amanece —repitió la mujer.

No había cinismo en su voz. Eso la volvía peor. Parecía convencida de que estaba diciendo una fatalidad operativa, no una confesión moral.

Rachid se apartó para atender otra conversación. Diego se quedó solo ante el mapa. Miró otra vez el punto del edificio, la zona azul, el corredor, el canal. Entonces el panel hizo un reajuste automático y durante un segundo desapareció el punto del edificio de Elena, como si aquella noche no mereciera seguir ocupando memoria de trabajo. Cuando volvió a aparecer, ya no estaba marcado como hogar inestable sino como incidencia doméstica cerrable.

No estaba viendo una excepción.

Estaba viendo el reparto.

Lo que se dejaba fuera, lo que se hacía esperar, lo que se empujaba hacia gente como él para resolverlo cerca y cargar luego con una parte de la culpa.

No había manera limpia de salir de ahí.

Capítulo 12

Lo que Neira no supo

Diego no volvió al piso enseguida. Siguió andando hasta una avenida ancha donde los paneles institucionales ya habían empezado a cambiar de tono. Hidratación nocturna. Permanencias interiores eficientes. Ventanas seguras de desplazamiento. Todo dicho con esa voz amable que la ciudad usa cuando necesita que nadie piense demasiado en el precio de sus consejos.

Se detuvo frente a una pantalla rota en una esquina. La mitad superior seguía emitiendo mensajes de continuidad. La mitad inferior reflejaba apenas su cara, la ceja abierta, la suciedad seca del canal, el cansancio convertido ya en otra cosa menos limpia.

Miró el comunicador. Tenía todavía restos de trazado de la ruta roja, una preincidencia azul sin cerrar, una alerta de revisión de tránsito y el historial de llamadas de la noche alineado como una secuencia de pequeñas derrotas útiles. También tenía la frase de Elena, la que seguía ahí por pura inercia de memoria: no lo has hecho todo mal.

No era perdón. Eso era lo peor. Era una medida. Una frase capaz de reconocer ayuda concreta sin borrar el resto.

Pensó en Neira entrando y saliendo durante semanas por puertas que le exigían demostrar una y otra vez una legitimidad que en teoría ya era suya. Pensó en sí mismo llegando desde fuera con un nombre todavía utilizable, con recursos para acelerar, desbloquear, corregir. Cuántas veces habría llamado ayuda a una forma de presencia que, al final, confirmaba la misma jerarquía que la iba desplazando a ella.

Se sentó un momento en el borde frío de una jardinera técnica. Al otro lado de la avenida, un equipo de limpieza cambiaba un filtro portátil en una marquesina como si la noche hubiera sido solo mantenimiento exigente. Más lejos, un vehículo de soporte cargaba dos camillas vacías con la calma administrativa de quien trabaja ya para el relato de la mañana. Un chico dormía medio incorporado junto a un cerramiento técnico con la mascarilla mal puesta y nadie lo movía porque todavía no era del todo un caso ni del todo un cadáver estadístico. Dos metros más allá, una mujer discutía en voz baja con un lector portátil que seguía devolviéndole la misma luz ámbar. La ciudad no necesitaba grandes estallidos para imponerse.

Le bastaba con administrar qué cuerpos iban perdiendo prioridad sin escándalo.

Diego abrió el mapa otra vez. No el grande de Rachid, sino su rastro concreto: el nodo de Salvat, el corredor, la agresión del canal, la compra convergente, el edificio de Elena, la zona azul. Viéndolo así, por puntos, la noche ya no parecía una excepción. Parecía un circuito.

Eso era lo que Neira no supo del todo esa noche. No porque no pudiera entenderlo, sino porque nadie dentro de una sola pelea ve todas las capas a la vez. Él había visto algunas más, y eso no lo ponía por encima de nada. Solo le dejaba una culpa peor.

No era que después pudiera ir a contárselo, como si llevara un dato final que ordenase la escena. Era que su propia manera de ayudar había formado parte del mecanismo. Las puertas que él lograba abrir reforzaban el mismo sistema que a ella la obligaba a justificarse una y otra vez. Su eficacia no corregía el daño. Lo administraba. Y la noche, cuando administraba daño, no distinguía tanto entre quien caía del todo y quien todavía conservaba recursos para narrarse que solo estaba haciendo lo necesario.

Le entró entonces el mensaje de Neira.

Estamos dentro. Elena duerme.

Durante un instante absurdo, Diego sintió alivio. Un alivio entero, casi indigno, como si la noche fuera por fin a devolver algo. Le duró lo que tardó en entrar el segundo mensaje.

No vengas ahora.

Diego leyó ambas frases de pie, con la pantalla aún rota detrás, el zumbido de limpieza al otro lado y la ciudad recomponiéndose ya para el turno siguiente. No vengas ahora no quería decir solo quédate lejos. Quería decir no vuelvas a ocuparlo todo con tu capacidad de resolver. No traduzcas esto antes de tiempo. No conviertas otra vez presencia en gestión.

Le subió a la mano el impulso automático de escribir algo útil, aunque solo fuera un estoy atento, un avísame, una forma mínima de volver a colocarse dentro. Lo vio nacer y lo dejó morir en la pantalla. Incluso eso podía ser una invasión elegante.

Entendió entonces que el verdadero resto de la noche no era moverse más. Era no irrumpir otra vez en una escena ya dañada para sentirse útil dentro de ella.

Guardó el comunicador.

Siguió andando sin rumbo útil, pero ya sin la ilusión de que eso fuera inocente. En un escaparate apagado se vio pasar como uno más de los que todavía conservaban aspecto de poder volver a casa enteros, y entendió que esa apariencia también formaba parte del reparto.

Y él ya no podía fingir que no lo había visto.

Capítulo 13
Elena

La llamada llegó cuando el cielo empezaba apenas a perder oscuridad por el lado del litoral, no suficiente para hablar de mañana, sí la bastante para que la noche empezara a recolocar responsabilidades.

Antes de ver el nombre, Diego pensó que podía ser por fin la confirmación útil, la resolución tardía, incluso una disculpa automática del sistema. Fue Neira.

No dijo hola.

—Tienes que venir.

Diego echó a correr antes de colgar. No preguntó por qué, quizá porque ya lo sabía sin saberlo. Hay momentos en que el cuerpo reconoce la clase de frase que no llega para informar, sino para partir en dos el tiempo anterior.

La ciudad a esa hora era todavía noche en todo lo importante y ya día en lo suficiente como para empezar a mentir mejor. Algunas balizas rojas volvían a blanco. Los paneles aumentaban brillo. Dos equipos de limpieza técnica cruzaban una plaza como si la jornada pudiera explicarse desde ahí. Un autobús de tramo corto recuperaba su frecuencia con puntualidad impecable. En un lateral, un operario lavaba con una manguera de presión una mancha oscura junto a un banco técnico sin mirar demasiado qué estaba borrando. Todo parecía prepararse para que, dentro de una hora, alguien pudiera describir la noche como un episodio exigente pero gestionado.

Diego subió las escaleras del edificio casi sin sentir las piernas. Esta vez la lectura lo dejó pasar antes. Eso fue lo primero monstruoso. El sistema, que horas antes había necesitado jerarquías imposibles para admitir su entrada, ahora volvía a reconocerlo con una docilidad obscena, como si el momento crítico ya se hubiera consumido y lo que quedara de él no alterase demasiado la estadística moral del acceso.

Encontró a Neira en el pasillo, sentada en el suelo, la espalda contra la pared, los brazos caídos sobre las rodillas. No lloraba. Elena estaba dentro.

Diego supo antes de mirar.

Aun así miró.

No había gran escena. No había derrumbe espectacular. Elena yacía con una serenidad tan frágil que resultaba ofensiva, como si el cuerpo hubiera decidido salirse del conflicto con una educación última que nadie le había pedido. Una taza en la mesilla. La sábana movida lo justo. La luz del dormitorio por fin estabilizada, perfecta, demasiado tarde. En el cuello se le había quedado la huella violácea de un esfuerzo reciente, no exactamente una marca de violencia ajena y tampoco del todo una muerte limpia: el rastro de una noche que había ido cerrándole margen antes de cerrarle el aire.

Diego se quedó quieto en el umbral.

Lo entendió todo a la vez y no entendió nada que sirviera.

Neira habló desde el pasillo, sin fuerza teatral, como quien ya ha atravesado el punto exacto donde hasta la rabia necesita administrar energía.

—Ha sido hace poco.

Diego no respondió.

—El sistema ha reactivado la lectura a las cuatro cuarenta y dos —añadió ella—. La notificación ha llegado a las cuatro cuarenta y cuatro.

Diego miró por puro reflejo la pantalla de su comunicador. Allí estaba también, ya archivada, una línea limpia con hora exacta y tono neutro: ACCESO RESTABLECIDO.

Dos minutos.

A veces todo cabía en eso. No porque una reactivación hubiera salvado necesariamente nada, sino porque el orden de llegada de las cosas decía demasiado. En la ciudad del día, dos minutos eran gestión fina. En la de la noche, podían ser la distancia exacta entre seguir siendo persona atendible o pasar a ser un resto absorbible.

Diego entró al fin en la habitación. No tocó a Elena. No porque no quisiera. Porque hacerlo habría parecido otra apropiación funcional, otra manera de convertir incluso esa quietud en algo que él debía gestionar con las manos.

Se giró hacia la ventana. Afuera, la ciudad aclaraba.

Lo insoportable no era solo la muerte.

Era que todo alrededor estuviera preparándose ya para absorberla.

Para volverla caso, luego incidencia, luego cierre. Para hacer que incluso aquello terminara pareciendo una suma triste de pasos correctos llegados apenas fuera de tiempo, y no la consecuencia lógica de una noche que seleccionaba a quién dejaba respirar con margen y a quién obligaba a negociar cada minuto como si fuera una concesión privada.

Neira se levantó despacio y entró. Se puso al lado de la cama sin tocar tampoco. Durante unos segundos compartieron ese no hacer, la única acción decente que quedaba.

En el comunicador de Elena, abandonado en la mesilla, se encendió una luz breve y muda. Alguna confirmación tardía. Algún cierre administrativo llegando cuando ya no tenía a quién ordenar. Ninguno de los dos lo cogió.

—No sé qué parte de esto era evitable —dijo Diego al fin.

—Yo tampoco —respondió Neira—. Pero sí sé qué parte nos han enseñado a aceptar antes de saber si era inevitable.

La frase quedó ahí. Ya no hacía falta añadir nada más.

Capítulo 14

Amanecer administrado

Cuando Diego salió del edificio, la ciudad ya había recuperado su mejor versión visible.

Las líneas de guía brillaban en blanco estable. Los paneles mostraban tiempos de espera razonables. Un dron de mantenimiento repasaba la esquina donde horas antes dos personas habían dormido sentadas sin llegar a dormirse del todo. En la avenida principal circulaban ya los primeros autobuses con aire filtrado, silenciosos, puntuales, impecables en su forma de prometer continuidad.

Nadie diría, mirando solo esa superficie, lo que había quedado fuera para que aquello siguiera entero.

Diego caminó sin prisa. Estaba demasiado cansado para la prisa y demasiado despierto para el alivio. Al cruzar la plaza del nodo donde había empezado todo vio que los auxiliares del primer turno ocupaban ya sus puestos. Las persianas técnicas estaban arriba. La densidad volvía a ser moderada. Una pareja desayunaba de pie junto a una máquina de líquidos y hablaba de una avería menor en un ascensor como si esa fuera la clase normal de fricción que define una ciudad.

En una pantalla pública apareció un mensaje institucional sobre continuidad nocturna y refuerzo de capacidad en puntos sensibles. Diego lo leyó entero, no por fe, sino por la necesidad de comprobar hasta qué punto el lenguaje podía reconstruir sin temblar una versión administrable de lo ocurrido.

Lo hacía bien.

No mentía del todo. Eso era lo peor. Hablaba de asistencia desplegada, incidencias contenidas, apoyo reforzado en zonas de tránsito complejo. Todo eso había existido. También Salvat, el corredor en rojo, la puerta, la zona azul, Elena llegando dos minutos demasiado tarde.

La ciudad no negaba esos hechos. Los disolvía.

Los repartía en casillas, turnos, retrasos y protocolos hasta que todo dejaba de parecer una elección y volvía a sonar razonable.

Diego se apoyó en la barandilla metálica junto a la máquina de líquidos. Miró su muñeca. Los registros seguían ahí, pulcros, ordenados, listos para ser consultados por instancias que nunca verían la noche entera de una sola vez. También él iba a quedar repartido así, entendió. En accesos, validaciones, cesiones, trayectorias convergentes, presencias útiles.

Una parte de su vida cabría desde ahora en esa gramática.

La otra, la importante, no tendría dónde encajar salvo en la memoria de lo que había visto demasiado tarde.

Pensó en Neira. En que el día seguiría pidiéndole claridad, gestión y resistencia después de una noche como aquella. Pensó en sí mismo. En Elena. En Salvat. En la mujer del banco sin respaldo. En el chico de la maleta de herramientas. En todos los cuerpos que la ciudad dejaba pasar a medias para no tener que admitir del todo que también los estaba dejando caer.

Hasta ese momento había creído que el daño se repartía para que nadie llegara a verlo entero.

Ahora entendía algo peor.

Que también se repartía para que nadie llegara a reconocerse en los demás.

El sol aún no aparecía, pero la luz había cambiado lo suficiente para que la ciudad pudiera empezar a reconocerse en su cara diurna.

Eso era el amanecer administrado.

No una redención ni un nuevo comienzo. Solo el momento exacto en que todo lo que la noche había absorbido, desviado y roto empezaba a volverse otra vez narrable como continuidad.

En la pantalla pública el mensaje ya había cambiado. Otro aviso. Otra recomendación de uso. Otra frase tranquila sobre flujos, tiempos y cooperación cívica. La plaza siguió funcionando sin pedirle permiso a nadie. Los auxiliares del turno de mañana levantaban la vista, respondían, indicaban, ordenaban pequeños recorridos con la eficacia sobria de quien llega a un mecanismo ya lanzado. Entonces apareció durante unos segundos una línea nueva en el panel, seguramente destinada a durar tan poco que casi nadie la leería entera: INCIDENCIAS NOCTURNAS NORMALIZADAS.

Diego se apartó de la barandilla y echó a andar sin destino inmediato. No había cierre limpio para una noche así. No había aprendizaje consolador. Pero por primera vez no sintió solo culpa ni solo impotencia. Sintió vergüenza de haber llamado normalidad a aquella coreografía. Y sintió, debajo de eso, una certeza más nueva y más difícil de apagar.

Al cruzar la plaza se rozó con la madre de las dos niñas que había visto en la zona azul. Ahora llevaba solo a una en brazos. La otra caminaba a su lado, demasiado seria para su edad, con la

pegatina de priorización todavía pegada en la manga. No se dijeron nada. Ni siquiera estaba seguro de que ella lo reconociera. Pero durante un segundo compartieron la misma expresión cansada de quien ya ha entendido demasiado y aún no sabe qué hacer con ello.

Si todo seguía funcionando era también porque cada uno regresaba a su sitio creyendo que había sufrido algo apenas suyo.

Si alguna vez aquello empezaba a romperse, pensó, no sería porque alguien explicara mejor el sistema.

Sería porque demasiadas personas dejarían de vivir en singular lo que les habían enseñado a soportar a solas.

No dijo nada. No hizo ninguna promesa. No necesitaba hacerla.

Le bastó saber que ya no podría volver a obedecer del mismo modo. Y que, a partir de ahí, incluso los gestos más pequeños iban a dejar de ser inocentes.

Lo verdaderamente peligroso para la ciudad era eso: que los que habían aprendido a atravesarla empezaran por fin a reconocerse.

FIN

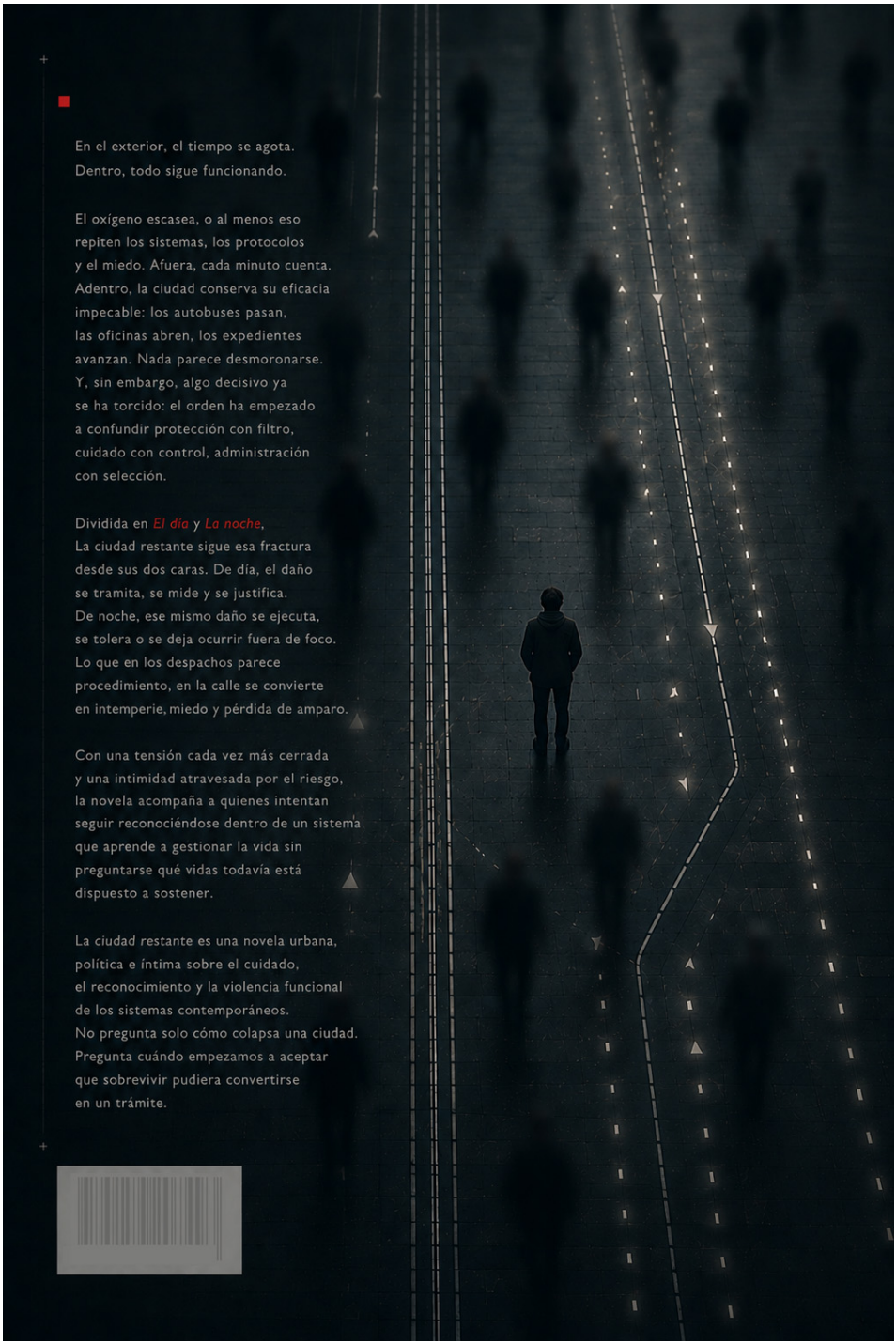
Agradecimientos

Gracias a Maite,

**por el apoyo, el espacio y la libertad
para perseguir inquietudes.**

Sobre el autor

Albert Ferrer Jiménez trabaja entre ciudad, territorio y administración pública y comparte su trabajo en redes como @urbandhit. En La ciudad restante lleva esas tensiones al terreno de la ficción, donde el cuidado, el orden y la exclusión dejan de ser categorías abstractas y vuelven a convertirse en experiencia.



En el exterior, el tiempo se agota.
Dentro, todo sigue funcionando.

El oxígeno escasea, o al menos eso
repiten los sistemas, los protocolos
y el miedo. Afuera, cada minuto cuenta.
Adentro, la ciudad conserva su eficacia
impecable: los autobuses pasan,
las oficinas abren, los expedientes
avanzan. Nada parece desmoronarse.
Y, sin embargo, algo decisivo ya
se ha torcido: el orden ha empezado
a confundir protección con filtro,
cuidado con control, administración
con selección.

Dividida en *El día* y *La noche*,
La ciudad restante sigue esa fractura
desde sus dos caras. De día, el daño
se tramita, se mide y se justifica.
De noche, ese mismo daño se ejecuta,
se tolera o se deja ocurrir fuera de foco.
Lo que en los despachos parece
procedimiento, en la calle se convierte
en intemperie, miedo y pérdida de amparo.

Con una tensión cada vez más cerrada
y una intimidad atravesada por el riesgo,
la novela acompaña a quienes intentan
seguir reconociéndose dentro de un sistema
que aprende a gestionar la vida sin
preguntarse qué vidas todavía está
dispuesto a sostener.

La ciudad restante es una novela urbana,
política e íntima sobre el cuidado,
el reconocimiento y la violencia funcional
de los sistemas contemporáneos.
No pregunta solo cómo colapsa una ciudad.
Pregunta cuándo empezamos a aceptar
que sobrevivir pudiera convertirse
en un trámite.